

cuello, imitando una especie de vestido. En cuanto a los contactos. Dios sabe que es bien fácil simularlos en la obscuridad.» (1)

Lo que Maxwell encontraba fácil y hasta él mismo se encontraba capacitado para realizarlo lo vemos cumplido en otros. «Un espiritista bien conocido en Inglaterra, Mr. Corney, se encontraba solo con un medium en una habitación, cuando a ambos lados de ese medium vió alzarse en el aire una columna de humo que se trocó en mujer, atravesó la habitación, cogió una manzana de sobre la mesa, la comió y desapareció. Mr. Corney refirió en los periódicos ese hecho interesante. Un prestidigitador apostó doscientas libras esterlinas a que, con sólo los recursos de su arte, repetía en público la escena que el espiritista sólo había visto en privado. Mr. Corney aceptó la apuesta. En el día señalado ante una reunión numerosísima que nada pudo comprender de ello, el mágico transformó en un ramo de manzanas una columna de humo.» (2)

La siguiente exposición, de quien prácticamente conocía la materia, es una prueba palmaria de la tesis que venimos sosteniendo.

«De las diferentes maneras que, según la doctrina espiritista, pueden comunicarse los espíritus, es una, ocasionando en el medium un género de síncope, durante el cual habla: lo que habla es la comunicación. De aquí saqué gran partido: unas veces con los rudimentos que alcanzaba del idioma francés a fuerza de paciencia, traducía en esta lengua comunicaciones que antes escribía en castellano, y las aprendía de memoria para después recitarlas en una sesión: como entre los concurrentes había algunos que conocían el francés, y por todos era sabido que yo no entendía de él poco ni mucho, pronto eran las tales comunicaciones traducidas y a la par admiradas! Otras veces las aprendía en castellano, las recitaba precipitadamente para que no pudiesen ser copiadas, y cuando *salía del sueño* oía lamentaciones de todos por no haber podido conseguir la escritura de mis palabras: entonces nos poníamos a rogar al espíritu que se había comunicado, que lo hiciese de nuevo, *yo volvía a dormir* y repetía lo dicho anteriormente con pausas que permitían que fuese escrito.

«Esto les parecía prodigioso.»

1 L. C. p. 118 y sig.

2 Journal des Débats, 19-10-1906 El Sr. Comas en la obra citada nos dice lo fácil que es la fotografía de los *espíritus*, p. 36 y sig.

«Otra causa de asombro para los tales era que yo escribiese *mediánicamente*, se entiende estando sin luz o interponiendo un objeto opaco entre los ojos y la mesa; pero si me hubieran visto en mi casa pasar horas enteras ensayando este juego, a buen seguro que se habrían convencido de que la costumbre puede en estos negocios tanto como sus decantados espíritus. Lo mismo sucedía respecto al hecho de escribir con la mano izquierda, y el pronunciar algunas frases y casi sostener una conversación en tanto tomaba una comunicación escrita.

«Por otra parte, el argumento tan removido de que hombres sin instrucción alguna y rudos tratan materias y cuestiones que están sobre sus alcances, no merece ni ser escuchado...

«En otras noches de sesión tenía yo visiones. *Juro* que nunca vi nada; pero es tan fácil hacer comulgar con ruedas de molino a los hombres! Con sólo quedar inmóvil, fijar la vista en un punto y sin pestañear durante largo rato, estaba terminado el asunto; pasada la primera impresión algo molesta, que ocasiona el contacto del aire con el globo del ojo, podía permanecer ya buen espacio sin mover los párpados. Ahí estaba el secreto, y así creían a pie juntillas cuanto les contaba.

«Si ocurría que alguien pretendiese una comunicación de un individuo que fué de su familia, para mí desconocido, yo procuraba con maña averiguar el nombre del muerto, de tal modo que ni el mismo que pidiese la comunicación lo entendiese; decía o escribía después lo que calculaba que había de complacer más al sujeto y al final lanzaba el nombre de la persona evocada...

«La primera vez que me pidieron que viese a un espíritu determinado y diese detalles de su fisonomía y aspecto para vencerse el interrogante de la verdad de los hechos, me ví en gran apuro; después me fué esto la cosa más fácil... Voy a explicarme.

Nos explica lo fácil que es ponerse al corriente del nombre, persona, sexo y condiciones del sujeto evocado y termina con el siguiente episodio que tanto nos dice. «Recuerdo que estando en una sesión en Madrid... uno de los concurrentes pidió se apareciese Carmencita. Al momento quedé extático, y a poco *//se me apareció una niña!* El buen señor se llenó de alvorozo al saber que yo veía a su hija; me hizo una serie de preguntas hasta que llegué a especificar que la niña tenía una pequeña cicatriz en la pierna derecha y un abanico en la mano... Ya el padre ha-

bía dejado escapar lo de la cicatriz; y lo del abanico... ¿qué niña aunque sea de tres años no ha tenido un abanico con que hacía fiestas a su papá cuando él la acariciaba?» (1)

Más evidente que esta, si mayor evidencia cabe, es la revelación que nos hizo antes de morir el renombradísimo medium Daniel Douglas Home. En el diálogo que sostuvo con el Dr. Felipe Davis, médico de cabecera, entre otras cosas decíale a este; «¡Después de todo, la verdad es que esa turba multa de espíritus, ante los que se han arrodillado las almas crédulas y supersticiosas, no han existido jamás! Por lo menos yo, no los he encontrado nunca en mi camino. Me he servido de ellos para dar a mis experimentos esa apariencia de misterio que en todas las edades ha enamorado a las masas y, sobre todo, a las mujeres; pero no he creído, ni una sola vez, en su intervención en los fenómenos que producía por mis solas fuerzas y que los demás atribuían a influencias del más allá. ¿Cómo podía creer? Siempre hice decir a los objetos que influenciaba con mi fluido, todo aquello que me plugo! ¡No; un medium no puede creer en los espíritus!»

Pronunciadas estas palabras sufrió un desvanecimiento y al volver en sí añadió al doctor: «No imprima Ud. esto, hasta que yo haya dejado de existir». (2)

El nombre del P. C. Heredia es hoy día familiar en todo el mundo, antiespiritista y espiritista; tanto lo es en éste que el más famoso periódico de la secta, en los Estados Unidos, «The Banner of Life» (Boston), publicó un artículo cuyo título era «HEREDIANOLOGIA. Ei ha conseguido realizar todos los fenómenos espiritistas. De una interesante y larga relación que dirigió al P. E. Ugarte de Ercilla vamos a entresacar algunos párrafos.

«En la obscuridad, dice, o semi-obscuridad o (como se practica más en la actualidad) usando la luz roja, se pueden llevar a cabo con seguridad increíble «fenómenos» los más prodigiosos. Las condiciones generalmente puestas por los mediums para obrar tienden a facilitar el fraude. «La disposición de los adeptos y la habilidad del medium «como actor» hacen que «las personas más inteligentes, las más incrédulas, salgan sin la menor

1 J. Huertas Lozano, *Yo he sido impío*, 1892, p. 76 y sig.

2 *El fin del mundo de los espíritus*, p. 172, Dr. F. Davis.

duda de la *real existencia* de fenómenos extraordinarios que han presenciado...

«Por esta razón, yo me he propuesto demostrar «prácticamente» con cuánta facilidad aun las gentes más inteligentes, pueden ser engañadas, haciéndolas dudar en su fe, no porque comuniquen con las almas o el diablo, sino con embusteros mediums que les quitan la fe juntamente con el dinero. Y aquí viene la parte principal de mis experiencias, que es la demostración del engaño, engañándolos yo. Les aviso repetidas veces que les voy a engañar, les digo que no crean ni una sola palabra de lo que voy a decirles; les recuerdo que no sólo soy sacerdote y religioso, sino que voy vestido como tal, y que, por consiguiente, me crean que lo que van a presenciar no es si no puro engaño. Con esta preparación empieza la «reproducción» de los fenómenos llamados espiritistas, y no he hablado diez minutos cuando la gente, a pesar de estar así preparada, no sabe ya si creerme o no creerme; tan «extraordinarias» son las «manifestaciones» que en plena luz hago.

«Empiezo por los fenómenos más elementales; los toques misteriosos (raps en inglés), que sin saber cómo se empiezan a oír en diferentes partes del *hall*. Con objeto de no impresionar demasiado al auditorio, y de desacreditar a los espiritistas, repito algunas de las conversaciones chuscas tenidas con los espiritistas, tal cual se ven impresas en sus libros, en especial en el famoso *Raymond* de Sir Oliver Lodge. Hago luego que una silla empiece a bailar, sin que les sea posible adivinar cómo se produce semejante movimiento.

«Reproduzco luego, rodeado por personas del auditorio, varios fenómenos de repulsión y atracción, cuya producción les es imposible atender, y como «climax» de esta primera parte hago en plena luz que seis u ocho espectadores vengan a rodearme, poniendo las manos sobre una mesa muy pesada, la cual a los pocos segundos empieza a moverse, y finalmente se levanta a más de cincuenta centímetros del suelo, bajo las manos de los espectadores, algunos de los cuales tratan con todas sus fuerzas de hacerla bajar. Esto produce una impresión increíble, y con razón. Muchas veces he visto a hombres muy inteligentes bajar del tablado santiguándose; tan fuerte es la impresión que han recibido al sentir la mesa moverse y levantarse «al contacto de sus manos».

«Sigue después una «séance» a oscuras por sólo breves segundos. Ocho o diez espectadores se sientan conmigo al rededor de una mesa, teniéndome dos de ellos fuertemente asidas mis manos, y formando entre sí la cadena mística. Se apagan las luces por tres segundos, y en este cortísimo tiempo todos los que están sentados a mi al rededor sienten que los espíritus les tocan en la cara, cabeza etc.; se encienden de nuevo las luces, y con grandísimo pasmo de los espectadores y más de los interesados ven que los sombreros que tenían en la cabeza se han pasado del uno al otro lado, o han volado a más de treinta o cuarenta metros de distancia, yendo a caer, muchas veces en el mismo asiento que ellos ocupaban. Todos testifican que mis manos están perfectamente sujetas, y que es imposible que yo, en tan corto tiempo, y en dichas circunstancias hubiera podido realizar semejante «prodigio». Vienen después en la obscuridad, las *materializaciones* de caras, manos y cuerpos enteros que flotan en el espacio oscuro en diferentes direcciones, hablando al mismo tiempo en distintas voces y lenguas con los oyentes, revelándoles hechos de su vida que habían sido completamente desconocidos para mí, pues he llegado aquella misma tarde a la población y nunca en mi vida he visto a las personas aludidas. Muchos encuentran en las caras materializadas perfecta semejanza con sus deudos muertos... Se encienden las luces y me encuentran en medio del auditorio sin saber como...

«Para manifestarse mi poder de materialización uso de fotografía espiritista. Varias personas escriben en tarjetas los nombres de diversos fotógrafos de la población, para mí desconocidos. Una persona toma al acaso cualquiera de esos nombres, y un Com té se encarga de llamar por teléfono al fotógrafo designado casualmente. Viene este con sus propias placas y saca diversos grupos en que estoy yo rodeado de espectadores. Se va a desarrollar las placas y vuelve con negativos y positivos, en los cuales se ven los diversos grupos y a su alrededor o en medio de ellos las líneas psíquicas, materializaciones de manos, caras y cuerpos, según se lo había yo indicado previamente. Al día siguiente los periodistas reproducen dichas psicofotografías, que han llamado la atención de los más notables psicólogos americanos.

«A estos fenómenos se siguen los que acompañan al *trance*. El primero es la invulnerabilidad. Salgo con un puro encendido,

y tan pronto como un *trance* parcial se apodera de mis miembros, pueden ponerme la lumbre del puro sobre las manos, ojos, etc. sin que me cause el menor daño, y la misma cualidad comunico a cualquiera de los asistentes con sólo tocarlo. En el *trance* en otras ocasiones, se aguzan los sentidos, de una manera extraordinaria, y así, sólo con el olfato puedo indicar cualquier objeto tocado por cualquiera persona del auditorio. Sigue a esto la transposición de sentidos, leyendo con la punta de los dedos o con el codo las cartas que me ponen delante, estando vendado. Comienzan después los fenómenos de clarividencia, poniendo en dos cajas cerradas con llave letras o números los cuales leo instantáneamente, sin tener necesidad de abrir las cajas, cuya llave está en poder de los espectadores. Varias veces, y «sin que yo pueda evitarlo», soy arrebatado súbitamente en el *trance*. Entonces veo y oigo cosas extraordinarias, acerca de la vida y hechos de los espectadores a quien jamás he visto. Los llamo por sus nombres, les digo donde viven, cuáles son sus negocios y lo que deben hacer o evitar. Finalmente, los comunico con sus parientes difuntos, cuyos nombres digo, dando señas muy particulares de cada uno de ellos, etc. Después tomo en mis manos una gran esfera de cristal y empiezo a mirar en ella fijamente. La vista se me nubla, y luego voy viendo allí claramente la fisonomía de otros espectadores, a quienes describo, así como la casa donde viven, los negocios, etc.

«Los presentes en sobres cerrados guardan tarjetas en donde han escrito preguntas, de ellos solos conocidas, y yo, usando de mi cristal unas veces y otras sin su ayuda, leo dichas cuestiones, y les doy satisfactoria respuesta. Otras veces haciendo que ellos mismos limpien y aten dos pizarras que se quedan en su poder, después de unos minutos de *trance* empiezan a oír dentro de las dos pizarras un ruido como de quien escribe. Desatan las pizarras, y allí, ante sus ojos, está escrita claramente la respuesta a la pregunta que ellos cuidadosamente guardan en su bolsa sin que yo la haya tocado. Este «fenómeno» que reproduce al señor Delegado Apostólico, sin que nadie más que él supiese lo que había escrito, en una tarjeta encerrada en un sobre que él tenía en su bolsa, causó tal impresión al Delegado mismo, que quiso que, de todas maneras, le dijese cómo lo había hecho, pues no encontraba solución alguna dentro de los límites de las fuerzas naturales. La evocación de los muertos resulta espeluznante,

pues habiendo escrito en diversas tarjetas los nombres de las personas muertas y vivas mezcladas todas, van los espíritus de los difuntos moviendo las manos mismas de los espectadores, quienes por sí mismos, «guiados por el impulso del espíritu» sacan de una canasta los nombres de sus difuntos sin mirar a las tarjetas, mientras yo les digo el nombre del difunto, y les describo la enfermedad de que murió, etc. Calcule V. R. la impresión que esto causará. Para estas horas *toda* la concurrencia, empezando por los más inteligentes, ya creen que de veras soy medium y más que eso.

«Con objeto de demostrar lo extraordinario de mis poderes hago mi propia levitación. Delante de toda la concurrencia (la luz es roja), según los principios científicos (la psiquis), asistido por dos médicos que están sólo a tres pasos de mí, me pongo rígido como un cadáver, y luego, poco a poco, me empiezo a levantar en el aire, tomando ora una posición vertical, ora horizontal, y cambiando de planos mientras con los labios cerrados sigo hablando y manifestando a los presentes las cosas estupendas que estoy presenciando en el otro mundo. Vuelvo a mi posición normal, y andando, aunque con suma debilidad, me dirijo al auditorio, invitando a cuantos quieran subir y examinar por todas partes el escenario, no encontrando nada que les pueda dar idea de cómo me elevé en los aires. Con frecuencia necesito la asistencia de dos doctores después de este *trance* tan crítico, pues mis fuerzas naturales se encuentran agotadas, por lo que, a mí pesar, me desmayo.

«Este fenómeno ha dado que hablar muchísimo a los periódicos, pues los periodistas son los primeros en subir y examinarlo todo a su placer, sin encontrar signo alguno de la trampa, maquinaria, etc. Finalmente, para concluir, siguiendo el ejemplo de los famosos mediums Davenport, hago que me aten las manos entre sí, y estas a una silla donde estoy sentado. Suben una o varias personas, y después de examinarme a satisfacción, estando todos enteramente ciertos de que estoy maniatado fuertísimamente, se queda uno junto a mí. Las luces se apagan por tres segundos, el cabo de los cuales, al encenderse de nuevo, el señor que estaba junto a mí nota que los espíritus le han quitado la chaqueta y arrojado a gran distancia. La cara que ponen estos desgraciados al verse así tratados por los espíritus es sólo para vista. Después de repetir esto varias veces para demostrarles que

son los espíritus los autores de tal fechoría, estando yo perfectamente atado a la silla, vienen los espíritus y me quitan la chaqueta, lo cual es, sencillamente, físicamente imposible. Con esto concluye la demostración, pero no la conferencia; pues entonces en medio del estupor causado por mis «fenómenos», me río en grande del auditorio, al que he hecho «tonto» de una manera tan fácil. Les repito que todo es trampa y de lo más vulgar, y después de reirme de su credulidad a mi gusto, les saco las consecuencias ya apuntadas en la primera parte.

«Con esto termina la función, y la gente sale riéndose, no sólo de su propia credulidad, sino que se desquitan con los espíritus y los espiritistas, burlándose de ellos despiadadamente, que es el objeto de mi conferencia» (1)

A fin de que no se crea que todo lo narrado son fantochadas y cuentos de un hombre muy pagado de sí mismo, sin que la realidad de lo que dice salga garante de sus afirmaciones, vamos a copiar el testimonio ajeno, en el que se detallan algunos «fenómenos», omitidos por el P. Heredia en su relación.

El «The Springfield Republican» decía: «En el salón de la Escuela Superior de Artes tuvo ayer cautiva a numerosa concurrencia de Springfield, el R. P. C. M. Heredia, residente en el Colegio de Holy Cross, con experimentos de espiritismo que podrían competir con los producidos por *mediums* profesionales más distinguidos. Prácticamente reprodujo todos los fenómenos de ilusión que caen bajo el poder de los *mediums* espiritistas e hízolo con tanta naturalidad y tan al vivo que los espectadores están asombrados y desconcertados. Por delicadeza y atención para con respetables ilusionistas profesionales dejó de revelar a los circunstantes las mañas de que se valía para realizar sus fenómenos; pero todos salieron riéndose del espiritismo. Claramente confesó el P. que todo era artimaña.

«Habiendo advertido el P. Heredia, al empezar sus experimentos, que era necesario para los *mediums* el que estuviera obscuro el lugar donde deben actuar, ordenó que se apagaran las luces del salón y empezó a extraer de su cuerpo la «sustancia astral» o «nimbo» que se reflejaba en un fondo obscuro muy subido del escenario a manera de un pequeño resplandor fosfores-

1 Razón y Fe. T. 65, p. 211 y sig. Véase «Ibérica» n.º 758, 28-VII-1928.

cente. Terminado el experimento aparecía el P. Heredia completamente exhausto. Con tal naturalidad supo fingir el efecto aparentemente producido en los *mediums* por tal operación. No dejó de advertir, al fingir tan perfectamente encontrarse exhausto, que tan importante extracción de materia del cuerpo de uno mismo era expuesta a producir aun en los mejores *mediums* algunos trastornos físicos.

«Importante fué el segundo experimento, a saber, la comunicación con el hijo de Sir Oliver Lodge por medio de golpes sobre una mesa. Una vez establecida la comunicación con Raymond Lodg por medio del «interventor-controler» llamado Moonshine, manifestó que iba a tener con el joven Lodge la misma conversación que su padre hubiera tenido con él, y que este dejó consignada en su libro. Las respuestas se obtuvieron por medio de golpes.—«Ola, Raymond, ¿estás ahí?—Sí,«—¿Tenéis también allí casas?—«Sí».—«¿Y cigarros?—«Sí».—«¿Y wiskey?—«Sí».

«Como quiera que Conan Doyle asegura que allá en la región de los muertos existen bibliotecas de referencia, dedujo el conferencista que cuerdamente podía suponerse que no era desconocido ahí el movimiento rítmico designado por la palabra inglés *Shimmy*; y al efecto, valiéndose de su extraordinario poder para comunicarse con los difuntos, indujo a uno de los espíritus a que imprimiera a una mesa un movimiento que bien hubiera podido tomarse como el de un baile bien conocido.

«Tras ese experimento verificó otro para el cual se requería la obscuridad. Este fué el de la evocación de algunos parientes difuntos, los cuales aparecieron en formas vaporosas vestidos de blanco que fueron revoloteando aéreamente por el escenario. Vióse entonces el poder psíquico de una insignificante maquinaria, que consistía en una mano postiza sobre la mesa. Por tres veces movióse la mano en sentido afirmativo y una en sentido negativo en contestación a las preguntas que hicieron algunos de los circunstantes. Hecho esto cayó el P. en perfecto «trance», y en esta condición empezó a caminar entre los circunstantes diciéndoles acerca de sus personas, cosas y particularidades del todo verdaderas y que, al decir de algunas de ellas, no había cómo pudiera saberlas él, indicó con exacta precisión el rincón de un cajón o guardarropa de una determinada joven donde se hallaría un alfiler que se consideraba perdido.

«De especial interés fué el experimento en que el P. realizó la lectura de mensajes, algo así como lo hiciera Mrs. Brandley en unas sesiones de espiritismo que en esa misma ciudad había dado hacía poco bajo los auspicios de la Primera Iglesia Espiritualista. Hubo, sin embargo, esta especial diferencia; que al Padre no le parecía importar nada tocasen el recipiente donde se encontraban las papeletas, y las revolviesen, en tanto que Mrs. Brandley consideraba ese manoseamiento como desconcertador de las «vibraciones». Con una grande esmeralda colocada ante su vista, a manera de telescopio, miraba el padre un gran jarro de cristal que contenía las preguntas que por escrito hicieran los presentes, cuidadosamente envueltas y selladas. Luego empezó a contestar a las preguntas tan oportunamente y con tanta precisión que seguramente hubiera excitado en Mrs. Brandley no poca envidia personal.

«El experimento más notable fué sin duda alguna el alijeramiento y levantamiento de su propio cuerpo. El escenario estaba oscuro. En el fondo del escenario podía muy bien distinguirse su cuerpo levantarse, tomar una posición horizontal, permanecer algún tiempo en el aire en la mencionada posición, y luego descender hasta el suelo completamente rígido pausada y gradualmente. Se necesitó la ayuda de dos médicos para hacer que el P. volviera a su estado normal. Al final de la sesión invitó el P. a los circunstantes a que subieran al escenario y se cercioraran por sí mismos de que no había absolutamente nada ni aparato alguno en virtud del cual hubiera él realizado los experimentos. No dejaron de subir algunos, y tras diligente examen, confesaron que realmente no se podía vislumbrar vestigio alguno para realizar engaño de ninguna clase.

«Y sin embargo, todo fué efecto de arte; todo efecto de ilusión.» (1)

Los deseos de Albert Janet quedan, pues, satisfactoriamente cumplidos. Fenómenos más asombrosos que el mover la aguja del estenómetro de Joire, son los que acabamos de enumerar. Dando las franquicias que el P. Heredia, hasta el momento presente, no ha habido medium alguno que produjera tan extraor-

---

1 Cfr. Rev. Cato. año 49, n.º 4. «Mundo al día» de Bogotá 1928, y otros muchos periódicos americanos.

dinarias maravillas ya con relación a la metapsíquica objetiva, ya a la subjetiva.

El pensamiento del ilustre Grasset, podemos decir que se halla cumplido. Decía el docto escritor: «Las experiencias ideales, que en opinión de todos parecen las más demostrativas, y a las que quisiéramos nosotros que hasta nueva orden se limitasen todos, son las experiencias de *levitación sin contacto* (pesa cartas o mesa) *en plena luz*. Cuando esto se halle resuelto se dará otro paso sobre otro punto». Y explanando más su pensamiento continuaba: «Aconsejamos, por consiguiente, a aquellos que quisieran realizar estas experiencias de una manera modesta pero segura, en buscar en primer término a alguno que sea capaz de mover una mesa, de hacerla girar y levantarla después sin contacto. Puede comenzarse por atraer la mesa con contacto como todo el mundo; pero después debe verse continuar el desplazamiento del mueble o del objeto cuando nadie lo toque. Una vez encontrado este sujeto capaz de mover un objeto a distancia, la partida estará ganada. Se le hará realizar una experiencia sencilla, la del pesa cartas por ejemplo, en plena luz y ante una comisión de la Academia de Ciencias». (1)

Ahora bien; en los experimentos del P. Heredia, en plena luz, la pesada mesa se levanta a cincuenta centímetros del suelo, sintiendo el contacto de los espectadores, algunos de los cuales inútilmente se esfuerzan por hacerla descender; en plena luz, al imperio del P. una silla empieza y sigue un rítmico movimiento y se detiene cuando él lo ordena; y todo esto sin intervención extrahumana. Los fenómenos se efectúan en presencia de inteligentes y expertos. Nada de ocultismo; nada de misterioso en la obra.

A la demostración práctica de que los «fenómenos» espiritistas no son producto de los espíritus, ha procurado añadir el P. Heredia la demostración teórica. Siguiendo el método inductivo ha podido llegar a una conclusión sintética; la misma a que llegó en la práctica: Los fenómenos espiritistas, pueden ser, y son, en casi su totalidad, efecto de la naturaleza del hombre. Por tratarse de una autoridad tan competente vamos a transcribir, si quiera sea compendiosamente, su argumentación.

«No trataremos, dice, del «fraude», sino de esa clase de fe-

---

1 L. C. n.º 88.

nómenos «raros» cuya naturaleza nos es aún desconocida, y veremos que no falta razón para que los pongamos en parangón con los eléctricos. No es nuestro intento entrar aquí en detalles, y así solamente tomaremos al presente un ejemplo que vale por muchos «la levitación de las mesas». Y nótese bien que nos referimos aquí «únicamente a la parte física» del fenómeno prescindiendo del «mensaje» que pudiera venir junto con los movimientos de la mesa.

«El hecho bastante bien comprobado y para nosotros casi cierto, es el siguiente: al rededor de una *mesa de palo* y formando cadena, se sientan cierto número de personas entre las que se encuentra una de «sensibilidad especial», conocida con el nombre de «Medium». Después de poner las manos sobre la mesa se empieza esta a mover y en algunos casos se levanta por *algunos instantes*, sea que las manos estén en contacto con ella, sea (en casos muy extraordinarios) que el contacto haya cesado. No siéndonos conocida la causa de este curiosísimo fenómeno, nos encontramos en circunstancias análogas a las de los que, hace tres siglos para explicar el rayo se lo colgaban al diablo. Esta es la causa por la que muchos atribuyen actualmente estos fenómenos a los espíritus (descarnados o no descarnados).

«Ahora bien, de que este sea un efecto tan físico como el rayo, estoy íntimamente persuadido, y he aquí la razón en que me fundo. Durante muchos años había buscado una prueba convincente de que la «levitación de las mesas, sillas y otros objetos parecidos» era un fenómeno físico. No queriendo ser, ni como los que «por no entender la causa de un fenómeno lo declaran luego PRETERNATURAL», ni como los que «por no querer admitir lo preternatural, sin *fundamento alguno*, lo atribuyen *todo* a fuerzas físicas AUN desconocidas», necesitaba no sólo de una *analogía*, pues esta ya la tenía, sino de una *verdadera prueba* de que ese fenómeno, por lo menos ordinariamente, NO ERA CAUSADO POR FUERZAS PRETERNATURALES. Mi experiencia y raciocinio, así como muchas consultas hechas a personas versadas en la materia, me iban convenciendo más y más de que estaba en camino de descubrir UN ARGUMENTO DEFINITIVO; cuando he aquí que el sábado 5 de junio de 1920 encontré en un artículo furibundo, escrito «contra mí» en el más famoso de los periódicos americanos espiritistas «The Banner of Life» la clave de mi argumento.

«El artículo en cuestión se intitula: «HEREDIANALOGIA», y en él se burlan de las diversas maneras que tengo en mis «Lecturas» de «reproducir» sus fenómenos. Hablando de mi manera de reproducir la adivinación por medio de la esfera de cristal se reían de mí PORQUE USABA UNA ESFERA DE CRISTAL VERDE. «Con un cristal verde os dirá cosas maravillosas.» Por supuesto que para mi intento lo mismo me puedo servir de una bola de cristal verde que DE UN ZAPATO, pues todo es trampa; pero desde el punto de vista «espírita», es imposible producir dicho fenómeno si el cristal no es completamente transparente e incoloro. Esto me hizo reflexionar un buen rato, pero seguí leyendo. Mi satisfacción no pudo ser mayor, cuando leí en la otra columna: «Vamos a presenciar una sesión católico-espírita. Con todo menos el poder. Tienen aún una mesa cubierta con UN MANTEL BLANCO. Admiraos vosotros, mediums, que JAMAS USAIS UNA MESA CON CUBIERTA DE PAÑO! Al leer esto no pude menos de decir con el otro: ¡Eureka, Eureka! Al fin había encontrado mi argumento y me lo habían sugerido los mismos ESPIRITISTAS. Y con actividad extraordinaria empecé a hacer mis investigaciones. Consulté innumerables libros, escribí cartas y hablé con cuanta persona bien informada encontré a mi alcance. Después de dos meses de trabajo e investigación vi al fin coronadas mis esperanzas. He aquí lo que vine a sacar en limpio: «Ningún medio de los conocidos hasta el presente, aun aquellos que pueden (sin fraude) producir la LEVITACION DE UNA PESADA MESA DE MADERA PUEDE PRODUCIR LA LEVITACION DE UNA MESA DE ALUMINIO U OTRO METAL CUALQUIERA, AUNQUE PESE DIEZ VECES MENOS QUE LA DE MADERA.»

«Citaré solamente dos autoridades que dejarán satisfecho a cualquiera que tenga noticia de estos dos grandes psíquicos de la época actual. El primero es W. J. Crawford, uno de los más renombrados «*psychical researchers*» en Inglaterra que ha publicado muchos libros con experimentos «propios» llevados a cabo del modo más científico. En la página 78 de su libro «Hints and observations for those investigating the phenomena of «spiritualim» dice: que para obtener el resultado apetecido. Para empezar, la mesa DEBE SER HECHA DE MADERA, Y DE MADERA DE DENSIDAD NO MUY GRANDE.» Y en la página 79; «Cuerpos pulidos, sean de metal o de madera, parecen

desagradar a estos brazos (de los espíritus), que no pueden agarrarse a tales superficies.» Más: dice que no recomienda que la superficie de la mesa sea redonda.» Y en la página 80: «A ser posible, la mesa DEBE de ser construída SIN CLAVOS, TORNILLOS O GRAPAS DE METAL DE NINGUNA CLASE.» Según lo explica más adelante, y lo dejamos indicado arriba, «las manos de los espíritus no pueden manejar metales ni superficies pulidas.

«El segundo testimonio, que para mí es de mayor precio, es el de mi amigo el doctor Carrington, conocido como el psíquico más eminente de los Estados Unidos, cuyos libros andan en manos de todos, espiritistas y no espiritistas. Habiéndole preguntado primero por carta y después de palabra si en su larguísima experiencia había visto que los mediums pudieran «levitar» mesas que no fueran de madera, me respondió: «En el transcurso de más de veintitres años, habiendo tenido sesiones con más de «trescientos mediums» en los Estados Unidos, y en Europa, no recuerdo que ninguno haya levitado una mesa que no sea de madera; más, Eusápia Palladino me dijo varias veces que no podía producir la levitación con mesas que tuvieran clavos de hierro, y en dos ocasiones viendo que la mesa tenía unas grapas de metal, me mandó que las arrancase, pues con ellas no podía trabajar». Ahora bien, mi argumento procede de esta forma:

«Según los más serios espiritistas y los psíquicos más afamados, los mediums que pueden producir la levitación de una mesa de madera, no la pueden producir si la mesa es de metal, o siendo de madera, está muy pulimentada o tiene adornos metálicos, clavos, etc. Pero si fueran los espíritus (descarnados o no descarnados) podrían mover las mesas, lo mismo las de metal que las de madera, pulimentadas o no. Luego si los mediums pueden «levitar» una mesa no es en virtud de los espíritus, sino de una fuerza natural desconocida que mientras puede obrar sobre la madera o substancias esponjosas, no lo puede hacer sobre metales o substancias pulidas... Si el poder que hace mover una mesa de madera que pesa veinticinco libras es un poder preternatural; no hay razón ninguna para que ese poder no pueda mover un bote de hojalata o aluminio, que pesa mucho menos.

«Creo que mi argumento es bastante claro para que cualquiera pueda entenderlo. Yo no le veo solución, pero si algunos de

los lectores la encuentra; le ruego tenga la bondad de comunicármelo para ver cómo resuelve la dificultad.

«Los autores Espiritistas sin ver, o sin querer ver, la fuerza de nuestro argumento, tienen una salida «de pie de banco» Como el lector habrá podido notar, Mr. Crawford lo insinúa al decir que «las manos de los espíritus no pueden agarrarse a superficies pulimentadas», o en otras palabras, que «se resbalan» (ii), como los muchachos que tratan de subir al Palo Ensebado. A lo cual podríamos responder que «si los espíritus se resbalan, pero tienen un poco de entendimiento», en lugar de coger la mesa «por la parte resbaladiza», harían muy bien en meterse debajo y «empujarla para arriba» con «los hombros», si es que tienen; esto les daría mucho mejor resultado.

«Nuestro raciocinio, *salvo meliori iudicio*, da por tierra con el argumento Aquiles de los que al ver que una mesa se levanta en el aire, con o sin el contacto del medium, claman: «Los espíritus (descarnados o no), los espíritus deben ser quienes la levantan, «PUES NO PUEDE EXPLICARSE DE OTRO MODO» (1)

«Estudiemos ahora, continúa el docto P., otro fenómeno espírita (?): «Los golpes o raps». Hay dos clases de «raps» perfec-

1 Relacionado con la imposibilidad de obrar en que se encuentran los mediums cuando los objetos no reúnen las condiciones que ellos desean, y confirmando lo que acabamos de oír al P. Heredia, ha ocurrido recientemente un hecho muy curioso en los Estados Unidos.

Mrs Le Roi G. Crandon, de Boston, esposa del distinguido profesor de la Escuela de Medicina de la Universidad de Harvard, es la medium, que, como Nino Pecoraro, intentaba ganar el premio de los dos mil quinientos dólares. Los peritos que investigan la verdad de esos fenómenos son el Dr. W. F. Pierce, de la Sociedad Americana de Estudios Psíquicos, y el conocido psicólogo Dr. Hereward Carrington.

«El «control» de Mrs. Crandon, es un hermano suyo, Walter, que murió hace doce años, cuyo espíritu desencarnado se presenta con otro nombre: «Chester» Ella se llama Margery, y cuando se halla bajo la influencia del «Control», no sólo vuelca mesas sin tocarlas, y hace que suenen campanas invisibles, etc. sino que produce el «ectoplasma». En algunas de las sesiones «Chester» parece estar inspirado por el Diablo, y obliga a Mrs. Crandon a actos extravagantes y hasta a decir desvergüenzas, a veces dirigidas a los graves profesionales que integran la comisión investigadora.

«Uno de los comisionados, por cuanto además de sus calificaciones científicas, es un hábil jugador de manos, ha inventado y ha mandado construir unos aparatos que ponen a prueba los poderes de un medium. Entre ellos hay un cajón de roble muy grueso, y cuando Mrs. Crandon está encerrada dentro de él, de nada vale que invoque el espíritu de «Chester» El Camagüeyano, n.º 266, 22-9-1924.

tamente determinadas; primero, los producidos por «el medio», POR CONTACTO; y, segundo, los que se producen sin contacto aparente». Esta segunda clase de «raps» es *rarísima*, siendo la primera la más común.

«Los golpes o «raps, producidos por contacto, tienen, a nuestro parecer, un origen «mecánico» que nada tiene de particular, si bien son, «de ordinario», producidos de una manera «inconsciente»

«Hay ciertos movimientos en el cuerpo humano que son «incontrolables a voluntad», entre estos se encuentra una especie de vibraciones imperceptibles de nuestras manos... Baste por ahora decir que «inconscientemente», debidos a estos movimientos imperceptibles e incontrolables a voluntad, se puede y de hecho se producen esos golpes secos o «raps», con la mayor facilidad en mesas u otros muebles de «madera». Hay muchos mediums o personas que creen serlo, que producen semejante «fenómeno» con extrañeza no sólo de los presentes, sino aun de ellas mismas, pues queremos considerarlas por un momento «honradas».

«Ahora bien, desafiamos a cualquier medio «honrado», a que produzca por *contacto* dichos «raps», con una mesa de madera, «QUE HAYA SIDO SUMERGIDA EN AGUA POR DOS O TRES HORAS», de suerte que la madera esté «perfectamente hinchada». No producen NADA. Y ya hemos hecho esta experiencia quedando siempre los adversarios vencidos. Si, pues, un medium, es incapaz de producir dichos «raps» en una mesa de madera HINCHADA, se ve claramente que no son los espíritus (desencarnados o no), los que la producen, sino una fuerza, en este caso puramente MECANICA.

«Pero veamos ahora si, «admitiendo como reales» los «raps» producidos sin *contacto* y a *distancia* del medium, podemos explicarlos como debidos a una fuerza *natural*. Si el medium puede controlar a VOLUNTAD esos golpes y producirlos, aunque con grandísimo esfuerzo, será esto una prueba de que «esa fuerza» es controlable y por consiguiente natural... Varios psíquicos están haciendo esfuerzos para «controlar» los «raps». El Dr. Maswel, en su obra «Metapsichical Phenomena» en la página 287 [y en otras] trata de los diversos experimentos que ha verificado y cómo ha podido hacer que el medio produzca «raps» a alguna distancia del objeto, y por supuesto sin contacto.

«Estos experimentos nos indican que no vamos tan fuera de

razón al pretender que, si bien, la fuerza que produce los «RAPS» SIN CONTACTO, nos es aún desconocida, desde el momento en que se le puede controlar, tiene toda la apariencia de ser puramente natural.

«El tercero y último de los fenómenos «físicos», con relación a los mal llamados Espíritas, es conocido con el nombre de «Materializaciones», POR SUPONERSE, que los Espíritus «se materializan».

«Las materializaciones pueden dividirse en dos clases. 1.<sup>a</sup> Las solamente luminosas, 2.<sup>a</sup> las que, a más de poderse ver, o fotografiar, son también tangibles.

«Las de la primera consisten en «luces» que aparacen, generalmente, alrededor del cuerpo del medium y en una especie de «neblina luminosa» que parece tomar formas más o menos vagas, de manos, caras, cuerpos, etc. De estas clases de materializaciones dice la Enciclopedia Británica:» «Existe una evidencia respetable en favor de las luces»

«Las materializaciones de la segunda clase, aunque actualmente más en boga, por los famosos experimentos Dr. Von Schrenck-Notzing, las consideramos muchísimo menos auténticas que las primeras, «desde el punto de vista psíquico», pues desde el *fisiológico*, nada nos interesan, ya que, siendo tales, pertenecen de lleno al mundo físico, sin tener la más remota filiación con el preternatural.»

Analiza el P. Heredia la fosforescencia existente en los reinos mineral, vegetal y animal, y advierte cómo el sabio W. J. Kilner, en recientes estudios, ha demostrado no sólo «la existencia de una «aura luminosa» alrededor del cuerpo humano», sino que la ha hecho perfectamente visible. Y que en determinadas personas además de la doble aura que es en todos común se nota una especie de rayos luminosos que salen en distintas direcciones a manera de brazos.

«Esto supuesto, dice, mi argumento procede así. Desde el momento en que ciertos animales producen emanaciones luminosas, no solamente muy tenues sino de una intensidad asombrosa; tales emanaciones son de origen fisiológico. Existiendo estas emanaciones en el hombre en la forma de aura y prolongación que hemos dicho, nada impide creer que ciertas personas, como los mediums, puedan producirlas en mayor abundancia, y que esta nébula tome las formas más fantásticas, como pasa con *las nu-*

bes ordinariamente; y en las que la imaginación del observador supliendo el resto, descubre caras y figuras, donde no hay más que borrones.

«Las materializaciones, que a más de verse son *tangibles*, como las producidas por la famosa Eva C., nada creemos que tengan de preternatural desde el momento que «según dicen, los que tales experiencias han hecho», se pueden pesar y analizar químicamente.» (1)

«Con lo anteriormente indicado nos parece que hay *fundamento suficiente*, para creer que la fuerza que produce semejantes materializaciones, aunque desconocida hasta el presente, es de un origen «puramente natural.» Y con esto queda la «parte física» del tercero de los sorprendentes fenómenos, mal llamados espíritas, reducida a la categoría de la electricidad y otras fuerzas que antiguamente fueron incontrolables y que al presente, vamos poco a poco, dominando hasta poder hacer de ellas uso cotidiano.»

«Si estos, concluye el docto jesuita, son los fenómenos «mejor comprobados del Espiritismo, ¿cómo andarán los menos comprobados?»?

Del mismo sentir son otros muchos escritores, tanto del campo ortodoxo como del heterodoxo.

El P. Agustín Gemelli, C. M., escribe en su obra «Religione e scienza. IV: Spiritismo e spiriti:» «Desde un punto de vista científico se pueden dividir los hechos espiritísticos en dos categorías. En una primera están comprendidos los fenómenos banales que fácilmente y con toda seguridad se explican mediante el hipnotismo, la disgregación de la personalidad, etc. Vienen después los hechos que en parte o en todo deben atribuirse a engaño, ya consciente o inconsciente. Hay después un grupo no grande de fenómenos (2) a los cuales no se ha dado todavía explicación, pero que ciertamente se les podrá dar en un periodo más o menos breve, ya que en ellos hay algunos elementos que indican su carácter natural. Los fenómenos de movimiento, levi-

1 Lo que hay de verdad en estas producciones de Eva C., así como en otras similares, y en las afirmaciones de von. Notzing, ya lo hemos visto. De manera que podemos negar la concesión que, prudencialmente, hace el P. Heredia.

2 Del año 1920 al presente ese grupo queda reducido casi a cero. Cfr. Al mismo P. Heredia «Ibérica» n.º 759. 4-VIII-1928.

taciones de mesas y objetos, aportación de cosas lejanas, las luces misteriosas y los no menos misteriosos sonidos, las mismas materializaciones, tienen siempre un carácter de puerilidad, que está ciertamente en relación con la visión corta y pueril del *medium*; así que parece que tales fenómenos deben atribuirse, *no a una inteligencia extraña y superior, sino a la del medium*. (1)

De la lectura a través de los cuerpos opacos decía el P. Luciano Roure, S. J.: «Se debe decir que este género de fenómeno, si se demuestra su existencia, no tendría mucho de extraordinario, y no tendrían razón los espiritistas para ver en ello la intervención de los espíritus, ni los buenos cristianos para ver en ello la acción del demonio. Es sabido de qué extrañas facultades gozan en estado de sonambulismo natural las personas, las cuales, si no ven los objetos con el uso normal de los ojos, es cierto que los perciben de un modo equivalente a la vista». (2)

Sobre la producción ectoplasmática, cuya existencia ni está probada, ni es fácil probar de modo indubitable, debiendo por tanto admitir sólo hipotéticamente las suposiciones que se hacen para explicarla, dice el P. T. Mainage, un poco crédulo en este como en otros fenómenos: «Con el solo fin de esclarecer este punto [no tan oscuro como estima el sabio dominico], vamos a formular una hipótesis, que tal vez parezca, así de pronto, un poco fantástica. Imaginemos que el sujeto activo sea capaz de sacar de su propio cuerpo una substancia material, y que la pueda

1 p. 168.

2 *Lo spiritismo moderno davanti alla scienza e alla religione*, página 166. Recientemente han hablado los periódicos de las extraordinarias cualidades que posee el aristócrata joven español Joaquín María Argamasilla, Marqués de Santa Clara. Su vista es tan perspicaz y de tal naturaleza que ve a través de cuerpos opacos, lee con bastante facilidad y a los pocos momentos con suma facilidad la escritura de sobres cerrados. Las experiencias de Madrid, New York y otros lugares han alcanzado un gran éxito. Los sabios no encuentran una explicación satisfactoria. Diario de la Mar. 7-9-1923, 8-8-1923, y otros nuos. Heraldo de Cuba, 8 y 9-5-1924, El Camag. 6-5-1924.

El P. Martín del Río, en la obra citada, refiere que en España se conocían de muy antiguo unos hombres llamados *Zahurís* y que estando en Madrid Vairo (de quien toma el relato) por el año 1175 había un niño (al decir de la tradición) que veía las cosas subterráneas, como las corrientes de las aguas, etc., así como los cadáveres que estaban encerrados en los sarcófagos. Lib. 3.º c. III, q. IV. Persona muy autorizada, digna de todo crédito, y que lo ha comprobado personalmente, nos ha hablado, hace muy poco, de un hombre que ve las corrientes subterráneas a simple vista, distinguiendo cuándo son de agua y cuándo de otro líquido.

modelar y plasmar de tal guisa que reproduzca exactamente la imagen proyectada por la onda fluídica. En tal caso habrá, en el sentido estricto del término, una materialización de una forma ideal, distinta, a la vez, del sujeto activo y del sujeto receptor. Este último no tendrá ninguna necesidad de reconstruir la imagen, puesto que la verá ante sus ojos, real y con todas las apariencias de vida, ya que estará en relación con un ser viviente... Esta interpretación podría corroborarse por el hecho comprobado de que el peso de los mediums disminuye en el preciso momento en que aparecen las formas materializadas». (1)

El P. Angel Zachi, O. P. acerca de los fenómenos espiritistas dice: «A excepción de algunos fenómenos más raros, sobre los cuales no es posible decidirse, los que se verifican en las sesiones mediánicas, me parecen ciertamente explicables con las fuerzas psicofísicas que obran en el hombre». (2)

Muy asímil a la hipótesis del P. Maigne, es la opinión que formula Richet al tratar del ectoplasma, con la sola particularidad que toma como fundamento de su teoría hechos que, si él supone ciertos, mucho falta, a decir verdad, para que alcancen ese grado, pues, apenas si han llegado siquiera al de lo verosímil, más ahora no discutimos.

«Gracias, dice, a las experiencias de Crawford, de Ochowicz, de Mme. Bisson y Schrenk-Notzing [ya hemos visto lo que hay acerca de estas experiencias], podemos formarnos alguna idea del génesis de estos fenómenos y esbozar una especie de embriogénesis de las materializaciones. Es posible que esta embriogénesis no sea idéntica en todos los casos; pero en algunos que han sido observados con precisión [los de Eva C.] y que la fotografía ha ilustrado, emana del cuerpo del medium una especie de masa gelatinosa, que poco a poco se organiza en forma viviente, al mismo tiempo que a su alrededor se organizan los velos que sirven para cubrirla y ocultar a nuestros ojos el mecanismo de su condensación en tejido viviente». (3)

«Las materializaciones, dice en otra parte, se producen por una concentración progresiva alrededor de un núcleo central; de la misma manera que los planetas se forman por la concentración

1 *La Religión Espiritista*, c. IV, p. 166-167, 170, trad. de J. Lagúa Lliteras, 1924.

2 *Lo spiritismo e la sopravvivenza dell' anima*, p. XI.

3 L. C. p. 627.

de una nebulosa; de la misma manera que las células se forman por la concentración de materiales protoplasmáticos». (1) \*

A energías naturales atribuye Geley, sirviéndose de la teoría *ideoplástica*, por él inventada, las manifestaciones que se efectúan en las sesiones mediúnicas. (2) Madkenzie opina que todas esas producciones no rebasan los límites del hombre. (3) Y en general, todos los científicos consideran las producciones mediúnicas (suponiéndolas reales) como efecto de la naturaleza; ninguno reconoce la necesidad de virtud ultrahumana. No son los espíritus quienes sirviéndose del medium, como de instrumento, hacen pasar un rato más o menos alegre a los curiosos que acuden a las sesiones espiritistas; es la persona del que pudiéramos llamar *bufón* de salón, o *payaso* de comedia, la que realiza los hechos *sorprendentes*. (4)

Podemos, sí, admitir una objetividad real, verdadera en los fenómenos espíritas; pero podemos y debemos decir; que es una realidad fraudulenta, que es un verdadero truco; porque los espiritistas y los mediums pretenden hacer creer que todas esas manifestaciones son otras tantas objetivaciones de los espíritus o de su virtud, y esto, vemos que es falso, tanto, que el ilustre Grasset no ha dudado en escribir: «Si el hecho de las materializaciones llega a ser demostrado un día, no probará en manera alguna,

1 L. C. p. 598.

2 L. C. p. 67 y sig.

3 Cfr. *La mécanique psychique*, p. 163 y sig.

4 «Dos famosos médicos alemanes, el oftalmólogo doctor Tischner, y el doctor Schrenck Notzing, que desde hace varios años vienen dedicados a investigaciones «parapsíquicas», o espíritas desde el punto de vista científico, han anunciado que han arribado a sensacionales conclusiones en la investigación del más allá utilizando como mediums a los famosos Willi Schneider, Hans-Krall—el gran mutilado de la guerra—y el profesor de Zoología de la Universidad de Munich doctor Ernesto Gruber. Los experimentos hechos por los doctores Tischner y Schrenck Notzing, a presencia de los más famosos biólogos de Alemania en la sala de «Física» de la Universidad han aportado pruebas concluyentes para la afirmación de nuevas hipótesis en el campo del Espiritismo científico, o de la «Parapsicología» como ellos apellidan a la nueva ciencia.

«La terminología que emplea el doctor Tischner, para explicar ciertos fenómenos neuróticos utilizando los conocimientos adquiridos en los «medium», o, «media» en su plural latino, se refiere a la «Teleskinosis», a los fenómenos de «misticismo neurótico» que caracterizan el estado conocido por «Trance» entre los profesionales del espiritismo. El sabio oftalmólogo alemán ha desvirtuado totalmente las teorías clásicas de los charlatanes y de los «espiritistas» que pretenden obtener comunicaciones de ultratumba y recomendaciones de los muertos para resolver nuestros problemas terrenales» (Heraldo de Cuba, 29-3-1926).

la reencarnación de los espíritus, *sino única y exclusivamente una objetivación poderosa del pensamiento del medium*, llegando a un objeto capaz de impresionar nuestros sentidos y la placa fotográfica».

«Con esta teoría, agrega, que era, o es, la de Mac Nab, de Lombroso, Carlos Richet, Ségard, Maswel... no puede objetarse ya a los fantasmas el corte y las formas de sus vestidos, el idioma que hablan, la mentalidad que revelan. Todo esto no es más que la expresión del psiquismo del medium. Vese al fantasma como el medium lo piensa». (1)

Es decir, que lo que generalmente acontece en las sesiones espiritistas, con relación a los espectadores y prescindiendo ahora de cualquiera realidad en la persona del medium, es puro engaño, fraude.

Ahora bien; si las materializaciones y demás objetivaciones espiritistas son, no ya inciertas, sino, como luego diremos, palmariamente ilusorias en el 95 %, o 98 %, o 99 %; si aun en la hipótesis de su realidad ninguna referencia inmediata dicen a las reencarnaciones o a cuanto a los espíritus se subalterne, sino que todo es obra simplemente humana; ¿cómo toda esta incertidumbre, fraudulencia y oquedad podrá ser base sólida sobre la que se levante incommovible el edificio doctrinal del espiritismo?

«La destrucción del espiritismo (*teoría*), dice el citado Grasset, en nada prejuzga la cuestión de las materializaciones (*hecho*)» (2) Las materializaciones podemos decir consiguientemente, en nada prejuzgan tampoco la existencia o no existencia de las teorías espíritas.

Intentar, pues, esgrimir semejante arma para defender la verdad de los postulados es infringirse a sí propios la primera y mortal herida.

Antes sólo habían de probar una cosa: la verdad de sus afirmaciones. Ahora vense obligados a probar la misma verdad, y, al propio tiempo, los hechos que presentan con tan poca veracidad como los principios.

---

1 L. C. n.º 82.

2 L. C.

## ARTICULO II

### LA VERDADERA CAUSA DE ALGUNOS FENÓMENOS ESPIRITISTAS

USTED CREE, YO NO.—HAY ALGO VERDADERO.—EN ALGO ESTAMOS CONFORMES.—EMILIO FAGUET ESTÁ EN EL ERROR.—NO BASTA CONOCER LA CAUSA MEDIATA.—VARIEDAD DE INTELIGENCIAS, SÍNTESIS DE LA DOCTRINA CATÓLICA.—EL PROPIO ESPIRITISMO LO ADMITE.—¿Y LA CAUSA INMEDIATA?

El docto médico Jerónimo Estrany, en la citada carta al señor Comas y Solá, le decía acerca de los fenómenos espíritas: «Usted, excelente amigo Comas, cree todavía que algo positivo puede esconderse entre tal cúmulo de farsas; yo no; cuantos escritos leo y más examino los hechos, con mayor claridad percibo el sello de la mentira. ¿A qué dudar aún? ¿Tan difícil es la comprobación? No seamos esclavos de las tendencias e interesadas exigencias del medium. Si se sujetaran los mediums al rigor de este método experimental, ¿cuáles de estos fenómenos tan portentosos del mediumnismo resistirían un análisis hecho a conciencia?

«Sinceramente creo que ninguno». (1)

Muchos son, en verdad, los que se adhieren al docto parecer del sabio médico de Barcelona, especialmente «en nuestros días los hombres de saber», como hace notar el P. Ugarte. (2) Ya dejamos copiado el sentir de Flourny, el cual no sólo dice que tiene la convicción de que los fenómenos del espiritismo no son en realidad espiritísticos, sino que añade con gran decisión: «Y mucho se engañaría quien así los considerase. Y esto debo decir aun de aquellos que aparentemente no parecen dejar lugar a du-

1 L. C. p. 143-144.

2 L. C. 1, 3.º c. 1.

da ni en cuanto a su realidad, ni en cuanto a su fuerza probativa. (1)

«Sin embargo, todos estos sentires de tan autorizadas personas y de los innumerables hechos fraudulentos, nosotros repetiremos con el citado P. Ugarte, sería muy aventurado llevar la negación hasta el extremo de dar todos los fenómenos por falsos» (2). Cuando otras razones faltaran sería buena la que aduce el P. Antonio Cidra en su obra *Gli spiriti*, y a la cual nos adherimos por haberla experimentado en nosotros y oído a otros compañeros de ministerio. «Séame permitido, dice, añadir aquí un testimonio casi personal y más delicado que a mí y a otros colegas de estudio y de ministerio sacerdotal nos hace casi evidente la verdad de los hechos, por lo menos de muchos de ellos, y casi imposible la duda en contra; es la experiencia de las almas que nosotros los sacerdotes tratamos todos los días. Yo no sé lo que les habrá sucedido a otros; pero en cuanto a mí puedo testificaros bajo mi honor de sacerdote católico que en el ejercicio de mi ministerio he tenido puebas indudables y ciertísimas de la realidad de los hechos espiritísticos». (3)

«Tenemos el doble carácter sacerdotal y religioso, dice a su vez el P. Tomás Mainage, y a nosotros mismos nos ha ocurrido—perdónesenos que aportemos una sencilla deposición—entrar en contacto con algunas de estas personas que merecen crédito. Hemos de confesar, simplemente, sin esperar el fallo definitivo de la ciencia, que creemos en la objetividad de los fenómenos espiritistas.» (4)

Creemos, sí, que si la inmensa mayoría de los fenómenos espiritistas se ocultan bajo el velo del fraude (5), como bajo la pe-

1 L. C.

2 L. C.

3 p. 109.

4 L. C. p. 96-97. Sin embargo en algunas de las cosas que cree anda equivocado, como son entre otras las de Geley. *Dice España y América*: «En lo que me ha sorprendido, es en lo de tomar en serio las materializaciones del Dr. Geley, de ese grandísimo faroero científico que formaba un gran duo con el no menos farolero Flamarión», año XXII, n.º 20, p. 142.

5 «El espiritismo es farsa. Ni al decir esto se nos crea que nosotros negamos la REALIDAD de los hechos, no. Los admitimos; lo que no admitimos ni reconocemos es la VERACIDAD de esos hechos, esto es, no admitimos en modo alguno el que la causa de ellos sea la que los espiritistas proclaman. Ni jamás los espiritistas lo probarán. Lo repetimos: o es FARSA o es DIABOLICO». Rev. Cato. año 48. n.º 52.

numbra del mal llamado *medium* se esconden los *espíritus*; hay no obstante, algunos hechos ciertos, reales que se desenvuelven en el misterio indescifrable. La Física, la Psicología, la Medicina, la Fisiología y sin excluir la propia Metapsíquica, nada nos dicen, ni nada nos pueden decir, es un coto vedado a ellas totalmente; sale del radio de la energética humana y del radio de su comprensión. Los *mediums* obran entonces como verdaderos medios, son ejecutores de inteligencias superiores. Cuando esto llega sólo la teología es la capacitada para penetrar en el dédalo que ante nosotros aparece.

El citado P. Heredia dice a este propósito: «Estudiando de cerca estos casos encontramos una cosa, más de 90 % son embustes, alucinaciones, fraudes conscientes o inconscientes. Quedan 10 % de los cuales unos cinco pueden explicarse de una manera natural; pero los cinco restantes no se explican claramente». (1)

Otros escritores, admitiendo igualmente la realidad de algunos fenómenos, son, empero, más rigurosos que el sabio jesuita. Es tal el cúmulo de fraudes en que se hallan envueltos, dicen, que a duras penas si podrán considerarse verdaderamente mediúmnicos el 3 %. (2)

Admitimos, pues, la realidad objetiva de algunos hechos espiritistas siquiera sea el que a nosotros nos parece más probable, o el uno o el tres, o el cinco por ciento, cosa que es imposible precisar, pero al fin y al cabo algo admitimos de lo que aseveran los discípulos de la *nueva ciencia*, en algo estamos conformes; los hechos existen. Descartado todo el truco y ciñéndonos a lo real, ¿habráse conseguido, al menos parcialmente, el intento de los espiritistas? ¿Los hechos demostrarán la veracidad y la verdad de sus afirmaciones?

Emilio Faguet decía: «El comprobar el hecho es ya hacerle relativamente científico» (3) Esto equivale a decir; que el comprobar el hecho es ya hacerlo relativamente demostrado, pues, científico y demostrado, son términos que aquí vienen a confundirse. Y como demostrar una cosa, aunque sea de un modo relativo, es presentar no desnuda y aislada su existencia, sino esmal-

1 Cfr. Razón y Fe, L. C. p. 200. Acerca de los *raps* dice: «La causa ordinaria y constante que produce los *raps* por contacto es una fuerza de origen puramente natural» Ibérica, n.º 759, 4, VIII, 1928.

2 Cfr. Willems, L. C. V. II, p. 229.

3 Cfr. Grasset, L. C. Prefacio.

tada con los antecedentes y consiguientes, es decir, con todas las causas y adyacentes que la acompañan, comprobar un hecho, equivaldría a esto mismo. Y el primero que no admite semejante consecuencia es el propio Faguet, tenida presente la definición que él da de lo científico, y también la facilidad con que se le pueden comprobar hechos pertenecientes a órdenes de los que Mr. Faguet excluye la ciencia, como son la Metafísica y lo milagroso. No, comprobar que un hecho existe realmente, no es evidenciar de dónde, cómo y cuándo ha sido producido. La existencia del hecho no nos da otra certidumbre que la de una afección dotada de realidad, y con reales atributos fuera del orden ideal.

Por eso no es suficiente que tengamos conocimiento del fenómeno mediúmnico; necesitamos algo más, si de su existencia queremos deducir las conclusiones espiritistas. Esto lo propugna el mismo espiritismo. Hudson Tuttle, el célebre médium americano, escribía en sus «Arcanos del Espiritismo»: «Si después de la formación de un grupo, uno de los individuos que lo componen se siente afectado de espasmos nerviosos, no se ha de deducir de esto necesariamente que se halla bajo la influencia de un espíritu; se podría afirmarlo de una manera positiva solamente cuando el espíritu haya demostrado que él tan solo está en acción. No es posible adquirir conocimientos precisos de las leyes del espiritismo si no sometiendo todos sus fenómenos a una crítica rigurosa». (1)

Es preciso, pues, conocer cierta y positivamente además del hecho la causa eficiente del mismo; sin esto nada se habrá adelantado, porque un efecto puede provenir de múltiples causas. Ni es dado tampoco mantenernos en el conocimiento de la causa genérica, mediata, y por tanto ambigua, es necesario profundizar más, hase de llegar a la visión de la causa propia, del agente inmediato. Entonces y sólo entonces es cuando podrá emitirse un juicio acertado sobre la fuerza probativa de los hechos.

Reconocemos que algunos fenómenos espiritistas son efecto de la virtud de un agente intelectual; que esta inteligencia existe fuera del radio de los vivientes humanos; que excede la capacidad del hombre y es a él superior, hasta el punto que inútilmen-

te se acumularían todas las obras de ciencia y potencialidad humanas con el fin de suplantar a la inteligencia que en aquellos momentos actúa. Empero ¿qué inteligencia es la que actúa? Porque es sabido, y los espiritistas lo reconocen, y si no lo reconocieran fácil sería hacérselo reconocer, que existen numerosas inteligencias, diferentes en las perfecciones físicas, así como también en las intelectuales y morales, y diferentes por ende en la garantía de su testimonio.

Se nos ofrece en primer lugar, la Inteligencia divina, infinita, perfecta en toda su latitud; su palabra ha de ser infalible, ni ha de poder sufrir error en sí misma, ni ha de poder cometerlo al relacionarse con las demás, que ella misma ha formado. Inferiores a esta Inteligencia, ¿cuántas son las que se nos presentan, cerniéndose sobre la pequeñez del hombre?

Sin detenernos a demostrar aquí, pues no es su propio lugar, la doctrina de la teología católica, acerca de las inteligencias cuya naturaleza es totalmente espiritual, y cuya perfección supera por consiguiente a la del hombre, séanos permitido hacer una síntesis de la afirmación católica.

Convienen todos los doctores de la Iglesia en afirmar la existencia de perfectísimas naturalezas invisibles, llamadas ángeles, por el oficio que las está cometido, con relación a los seres inferiores. Dejando la revelación divina que evidentemente nos lo enseña, la perfección en los seres es de tal condición, que, así como recusa la identidad absoluta defendida por el panteísmo, también rechaza la discontinuidad llevada hasta el punto de que pudiérase considerar como roto el eslabón que enlaza la sublimidad infinita con la pequeñez atómica, y reclama gradación de naturalezas que representen las cualidades del Infinito. (1)

Como naturalezas las más similares a la divina, de su virtud infinita brotaron con prelación de existencia, y esta prelación que tienen en la perfección y en la existencia consérvanla igualmente en el número; pues convienen los teólogos en afirmar que como cifra mínima centuplican al guarismo total de los hombres que en la serie de los tiempos puedan existir.

Tres son las jerarquías y nueve los coros en que se hallan distribuidas, en conformidad con la perfección de que se encuen-

---

1 Cfr. St. Tomás C. Gent, 1, 2.º, c. 46.

tran dotadas. Esta perfección es de tal condición que caracteriza sus naturalezas, no sólo con la diferencia accidental e individual, sino también específica, de tal modo que tantas sean las naturalezas específicas cuantas las numéricas. Hay, no obstante, alguna divergencia entre los teólogos al opinar sobre este punto, pues que algunos concretan la diferenciación específica al número de los órdenes, sin faltar quién defienda que todos los ángeles pertenecen a una misma especie.

Inteligencias diáfanas, sin el velamen de la materia, y recibiendo la intelección no del confuso objeto, sino de la especie que del mismo proyecta la esplendente luz de lo infinito, es su conocer al par que intuitivo, perfectísimo. No sufren error ni engaño en la aprensión de las cosas. Al nobilísimo acto de la inteligencia sigue la operación de la potencia volitiva, la cual iluminada por tan fúlgida luz marcha sin titubear en dirección a su objeto. Por perfectas, empero, que sean, al fin y al cabo criaturas, prefijado tenían su término; a él habían de llegar libre y voluntariamente. Como que reunían todas las condiciones para la totalidad de la operación en un solo acto, no habrían de invertir múltiples y repetidos en su consecución. Completado el primer acto, los que libremente se abrazaron con su fin, eternamente estarán disfrutando su posesión; los que libremente lo recusaron también eternamente estarán sufriendo su ausencia. Los primeros como fieles a su deber, justamente reciben el nombre de ángeles buenos; los segundos rebeldes a su Dios, con justeza se les llama ángeles malos y por otra nominación demonios.

Las relaciones que estas naturalezas, así las buenas como las malas, hayan de tener con las humanas inteligencias no depende de su arbitrio; el mismo equilibrio del universo no lo consentiría; en un todo están supeditadas y se hallan pendientes de la Providencia divina, a la cual incumbe la gobernación de todo. En virtud de esa Providencia, es el oficio de los ángeles buenos, auxiliar, custodiar y guiar a los hombres por la senda del bien. Cada humano corazón ha recibido de esa amorosa Providencia un ángel custodio. Es la ocupación de los malos sembrar cizaña en el campo de la virtud y poner lazos en la senda del bien, a fin de que una y otros lleven la ruina al corazón del hombre, y al tocar los linderos del tiempo, cuando había de ejecutar el postrer acto que lo uniera a su último fin, entonces repela ese fin, y co-

mo ellos, eternamente esté llorando su ausencia y sufriendo la pena de Tántalo. (1)

Sabemos que para la doctrina que acabamos de exponer el espiritismo no tiene más que una risa sardónica; pero semejante actitud nada nos importa; hemos dicho que no era este el lugar de discutir sino de exponer. Y la risa sardónica no es argumento propio del sabio sino del estulto. Ya hemos visto también en los capítulos anteriores, que aunque el espiritismo no admita de palabra la existencia de las substancias invisibles, la lógica inflexible se la hace admitir de hecho, aun fundándonos en la definición que el propio Allan-Kardec nos da de los espíritus cuando dice: «Puede decirse que los espíritus son los seres inteligentes de la creación. Pueblan el Universo *fuera del mundo material*. Es evidente que los Espíritus son la individualización del principio inteligente». (2)

Además, al presente nada de esto es de imprescindible necesidad; pudiéramos conformarnos con la doctrina espírita, tal cual el espiritismo nos la ofrece. Es él quien nos habla de inteligencias supra terrenas, muy aventajadas en perfección a la de la humana naturaleza; de las tres jerarquías, órdenes o categorías en que están divididas, las cuales, a su vez, las distribuye en clases hasta el número de diez. Entre estos espíritus hay unos que son buenos; pero en cambio gloriáanse otros en la maldad. Aquellos y estos tienen comercio con los hombres, pueden guiarles por la senda del bien y pueden inducirles, más aún, forzarles, a que marchen por el atajo del mal (3) Cualquiera de estos espíritus supraterranos puede producir los fenómenos que tienen lugar en las sesiones espíritas y aun fuera de ellas.

¿Cuál de esas múltiples inteligencias es la causa inmediata del fenómeno espiritístico? ¿Es Dios?; ¿son los ángeles, los espíritus? Y en este caso, ¿es a los buenos o a los malos a quien ha de atribuirse? Aquí es donde se encuentra el punto cardinal de la cuestión.

Como pauta y norma para llegar con más rapidez al esclarecimiento de la duda y a la solución de la dificultad, es necesario el conocimiento previo de otro factor sumamente interesante.

1 Cfr. Fr. Valentinus, L. C. Tract. De Angelis.

2 El lib. de los esp., n.º 76, 79.

3 Cfr. Allan-K., L. C. n.º 96-114.

¿Cuál es la finalidad que en la producción del fenómeno se persigue? Porque si el fin, no inmediato, que puede estar más o menos cubierto con el manto de bondad, sino el fin último, el que ha de caracterizar toda la obra en su conjunto, es un fin reprochable, entonces sin ulterior escrutinio tenemos perfecto derecho a afirmar que la causa eficiente de semejantes fenómenos, es una de las inteligencias que sólo se ocupan de perder a los hombres. La virtud de Dios y de los ángeles buenos está muy lejos de lugares donde lo más santo es profanado. A esclarecer estos puntos vamos a consagrar unas líneas.

## § 1.º

### LA OPINIÓN DEL ESPIRITISMO SOBRE LA VERDADERA CAUSA DE LOS FENÓMENOS ESPÍRITAS

POSTULADO INCONTROVERTIBLE.—LA CRITEREOLOGÍA EXIGE ALGO MÁS.—AKSAKOF Y LA PRUEBA DE IDENTIDAD.—EL EFECTO CIERTO, LA CAUSA DESCONOCIDA.—ARGUMENTACIÓN DE MANTEROLA.—AXIOMAS ESPÍRITAS.—NO PUEDE HABER SUBSTANCIA INTERMEDIA.—ENTIENDE SIN ABSTRACCIÓN DE IMÁGENES.—LA POTENCIA HA DE TENER OBJETO PROPORCIONADO.—EL TERCERO DE LOS POSTULADOS NO ES MENOS FALSO.—¿UNA TERCERA CAUSA?

El postulado o dogma más incontrovertible e inmovible en que descansa toda la doctrina espírita, es el de la comunicación ultraterrena en el variado comercio de la vida humana, sensible o espiritual. Cúya sea la naturaleza de la energía intelectual que actúa en las representaciones fenoménicas, no es difícil conocerlo, según el espiritismo.

Un argumento de exclusión, pronta y suavemente nos lleva a los linderos de la duda y nos pone en el lintel del esplendoroso campo. Descartadas las inteligencias angélicas, porque no tienen más realidad que la otorgada por la fantasía soñadora de ciertos cerebros humanos, quedan sólo las de la Divinidad y los espíritus o almas de los difuntos, que en algún tiempo con nosotros convivieron, y que de nuevo tornan a comunicarse con los humanos, unas veces al ser por estos evocados y otras sin su otorgamiento, obedeciendo ignotas, pero superiores dictaminaciones.

Dicho se está que la intervención de la inteligencia deífica queda excluída, porque la virtud del Omnipotente, una vez se

comunicó a sus criaturas (panteísticamente por supuesto) pres-tólas cuanto prestarlas debiera, agotó su virtud comunicativa, si no con relación a su naturaleza, sí con relación a lo que debía a su obra y a su propia sabiduría, las cuales exigen que Dios se lo comunique todo desde el principio. Su Providencia limitase a la conservación de la naturaleza, siendo ésta, por lo demás, la encargada de ir evolucionando y progresando por sí misma con las energías que en su seno encierra.

No pudiendo ser ni las inteligencias angélicas ni la divina, por necesidad tenemos que afirmar la de los espíritus o almas de los difuntos. Esta es la tesis espiritista, *infallible*, invariable.

Dos partes comprende el aserto espírita. 1.<sup>a</sup> Que los espíritus despojados de la materia, que durante algún tiempo les sirvió de cárcel, son el eficiente de los fenómenos mediúmnicos. Esto, empero, no basta, porque sentado dejamos que siendo múltiples los espíritus y con igual potencialidad para producir los efectos, la razón queda vacilante a cuál de ellos habrá de atribuirse, de ahí la necesidad de la segunda parte. 2.<sup>a</sup> Saber determinadamente cuál de los espíritus es el que ha producido este efecto particular.

Tarea en verdad difícil de llenar cumplidamente. Empecemos por la segunda parte dejando la primera, como más genérica e íntimamente unida con la cuestión de la existencia angélica, cuya dilucidación esbozada queda en pasados capítulos, y de la que luego habremos de ocuparnos con más detención.

Ahora bien; ¿qué fundamento tienen los espiritistas para afirmar que este o aquel espíritu determinado es el generador del fenómeno mediúmnico? Porque no basta que el *medium* afirme ser espíritu de fulano o de zutano, ni basta que el *espíritu* se llame a sí mismo con nombre determinado. La critereología exige algo más que esto; reclama la identificación del locuente. ¿Cómo se verifica?

Varias son las razones que, al decir del espiritismo, pueden aducirse para demostrar la identificación del que se presenta como generador del fenómeno mediúmnico. Es la primera la autoridad del que obra; «cuando se evoca a alguno de nuestros antepasados, la causa que responde a las preguntas asegura que lo es, y lo prueban además con las mil y mil circunstancias que aducen relativas al alma evocada, desconocidas muchas veces de todos los presentes y que un examen detenido demuestra ser ver-

dad, por el timbre de la voz igual en todo, por el carácter de letra, por los conocimientos de cosas muy secretas y por otras razones parecidas.» (1)

El Sr. Denis aduce unas cuantas, tomadas de la voluminosa obra de Aksakof, y como ellas son las que sintetizan toda la argumentación espírita, vamos a copiarlas, a fin de que sean los propios espiritistas quienes tengan la palabra. «Según «Animisme et Spiritisme», de Aksakof, escribe el citado Denis, la identidad póstuma de los espíritus se prueba:

«1.º Por las comunicaciones de la personalidad en su lengua materna, desconocida del medium.

«2.º Por la comprobación de la personalidad de un difunto mediante comunicaciones dadas en el estilo característico de este, o con expresiones que le eran familiares, recibidas en ausencia de personas que le hubiesen conocido.

«3.º Por la identidad de la personalidad de un difunto desconocido del medium comprobadas por comunicaciones escritas con letra idéntica, a la que se le conocía durante la vida.

«4.º Por la identidad de la personalidad de un difunto, comprobada por una comunicación suya, conteniendo un conjunto de detalles relativos a su vida y recibida en ausencia de toda persona que hubiese conocido al difunto.

«5.º Por la identidad de la personalidad de un difunto, comprobada por la comunicación de hechos que sólo de él han podido ser conocidos durante su vida, y que sólo él ha podido revelar.

«6.º Por la identidad de la personalidad comprobada por comunicaciones que no son espontáneas, como las que preceden, sino provocadas por llamamientos directos al difunto, y recibidas en ausencia de personas conocidas de este.

«7.º Por la identidad del difunto comprobada por medio de comunicaciones recibidas en ausencia de toda persona que le hubiese conocido y que revelan ciertos estados psíquicos peculiares del difunto.

«8.º Por la identidad atestiguada por la aparición de su forma terrena». (2)

De la suficiencia de esta argumentación, única que puede

1 Ugarte L. C. Lib. 3.º c. VIII.

2 L. D. Crist. y esp. p. 343-345.

brindarnos el espiritismo, que se encargue de responder el propio Aksakof. El es quien nos cuenta el siguiente caso, en el que la identidad del espíritu era evidente, según sus normas, y de ella estaban convencidos el Pastor, otros muchos, y lo debía estar el mismo Aksakof, si es consecuente. «Un pastor baptista, dice, que vivía en Eghan, cerca de Oxford recibía por la mano de sus hijos comunicaciones emanadas de su mujer; todos estos mensajes contenían frases consoladoras para él y no escaseaban *en pruebas absolutas de su identidad*. Durante algún tiempo el pastor pudo tener la convicción de que se hallaba en comunicación directa con su esposa. Súbitamente, sin motivo alguno que lo explicase, cambió el carácter de las comunicaciones, los textos bíblicos y las palabras de simpatía y de consuelo dejaron libre el campo a las horribles blasfemias, y el desdichado marido hubo de sacar de esto la conclusión de que todo el tiempo que las comunicaciones duraron, fué el triste juguete de la malevolencia de un enemigo invisible». (1)

Del mismo Aksakof es el relato del siguiente suceso: «Otro hecho de la misma naturaleza me ha sido contado por la persona misma a quien sucedió: Dice que poco tiempo después de la muerte de su mujer, uno de sus próximos parientes, una joven de apenas doce años, empezó a hacer psicografía. Las comunicaciones tenían muchos puntos de semejanza con las del caso anterior, esto es, aparentaban emanar de su esposa difunta y contenían gran número de pruebas en apoyo de ello, entre otras, bastantes alusiones a cosas y sucesos que solamente su mujer y él podían saber, y a conversaciones que se habían pasado entre ambos tan sólo; pero deseando mi amigo obtener pruebas aún más decisivas, hizo preguntas cada vez más minuciosas, entonces con gran extrañeza suya, descubrió que la memoria y el saber de su interlocutor no iban más allá de las seis semanas que precedieron al fallecimiento de su esposa y que ignoraba por completo todo lo anterior a esa época. Cuando se quejó a su interlocutor invisible de que le hubiese inducido a error, éste le contestó con tales imprecaciones e invectivas que el pobre hombre quedó aterrorizado. No olvidemos que todo esto fué escrito por mano de una niña, quien no había jamás conocido semejantes pa-

---

1 L. C. T. I. c. II, n.º 5.º

labras y cuyo sentido o valor no podía de ningún modo comprender». (1)

En estos, como en otros muchos casos que pudieran referirse, nada faltaba para comprobar la identidad del locuente; el espíritu se revelaba como una personalidad determinada, aportaba pruebas convincentes; convencidos estaban los interesados que recibían las comunicaciones, y, no obstante, ellos mismos llegaron a la conclusión de que fueron víctimas del engaño. ¡¡No eran las personas queridas las que habían intervenido, sino «un enemigo invisible a cuya malevolencia sirvieron de juguete!!

Para que la argumentación espírita pudiera probar lo que el espiritismo pretende, sería necesario:

1.º Que los fenómenos atribuidos a un particular espíritu, o que el mismo espíritu se atribuye, como corroborativos de identidad personal, no fueran causados por otro espíritu simulador.

2.º Que no sólo no fueran engendrados por otro espíritu, sino que de ninguna manera pudieran serlo; que todos los espíritus se hallaran incapacitados de realizarlos, a excepción del que se estima como actor del drama.

3.º Como en esta clase de hechos, aun en aquellos que realmente sean mediúmnicos, no es la evidencia la consecuencia inmediata de la realización, tampoco es aplicable el conocido axioma: De la existencia del acto legítimamente se deduce la de la potencia. Por consiguiente los espiritistas han de probar que esta o aquella alma tiene la virtud de producir el efecto de que ellos hablan.

4.º Ni tampoco basta probar la suficiencia de la virtud en determinado sujeto; es de toda precisión demostrar igualmente que la economía providencial permite y exige la producción de aquel fenómeno.

5.º Además (y aunque esto sea adelantar un tanto la doctrina que luego examinaremos) para que el efecto pueda atribuirse a determinado espíritu, se necesita conocer la finalidad que lleva el fenómeno.

Ahora bien; ¿los espiritistas han demostrado, ni aun la probabilidad siquiera, de ninguna de las precedentes condiciones? Muy lejos de hacerlo, sus ejemplos y doctrinas anteriormente

expuestos, acerca de las cualidades de los espíritus, son los primeros que nos enseñan lo contrario.

Aksakof escribe: «En las simples manifestaciones de escritura automática o de efectos físicos sucede con frecuencia que las comunicaciones son burléscas y hasta groseras, siendo los propios mediums sus primeras víctimas. Comunicaciones que seguían un curso regular y satisfactorio, procedentes de personas conocidas cuando vivas o conocidas solamente por su comunicación espiritual, pueden verse súbitamente interrumpidas por la intromisión de un espíritu que dice únicamente vulgaridades, que hace declaraciones de amor, etc.» (1)

De modo que un espíritu puede suplantar a otro súbitamente, o como más lógicamente deducía el pastor de Egham, puede hacer sus veces y esto en las materias más difíciles e íntimas; todo lo cual nada tiene de particular admitida la doctrina espírita sobre la amistosa relación de todos los espíritus, los encarnados y los desencarnados, y siendo cierto lo que se respondía Allan-K. al preguntarse: «¿Pueden los espíritus disimularse mutuamente sus pensamientos y ocultarse los unos a los otros? No, para ellos todo está manifiesto, especialmente cuando son perfectos. Pueden alejarse, pero siempre se ven». No es óbice lo que agrega: «Esta no es, empero, una regla absoluta; porque ciertos espíritus pueden hacerse perfectamente invisibles a otros, si consideran útil hacerlo así» (2) Decimos que no es óbice la excepción que pretende introducir el corifeo espiritista, como previendo el abismo a donde iba, porque, en primer lugar, desconocen Allan-K. y todos los espiritistas, en qué circunstancias y ocasiones harían uso de esa virtud; y en segundo lugar, es una aserción gratuita e improbadada.

Y si los espiritistas ni prueban ni jamás habrán de probar, pues es materia que no cae bajo la experimentación, que la relación existente entre el fenómeno determinado y la causa particular, a la cual se lo atribuyen, sea tan íntima que no puede provenir de otra; y si lo que es más, y como consecuencia de esto, ni aun siquiera demuestran que pueda provenir de ella, y que en ella se encuentre la virtud suficiente para producir el fenómeno; ¿cómo podrá conocerse ciertamente que es la esposa del Pastor,

1 L. C. n.º 2.º Let. m.

2 L. C. n.º 285.

o el espíritu de Dikens, o el de Agustín, o el de Pablo, el que da tal o cuál respuesta, firma un papel, golpea una mesa, dicta una novela o unos versos, o hace múltiples y variadas manifestaciones de su personalidad?

Tendremos, pues, un efecto, cierto sí, cuya existencia es innegable, y en la hipótesis de que es mediúmnicó, también la certeza de una causa productora extrahumana, empero la confusión, la vaguedad, nos impedirá el que podamos precisarla; o lo que es lo mismo, desconoceremos la causa inmediata de aquel efecto. Y sin inconveniente se puede afirmar; que nos veremos imposibilitados para conocer esa causa inmediata.

En efecto; según las doctrinas ocultistas, los espíritus están sometidos a indefinidas encarnaciones, que tienen lugar con más o menos frecuencia, algunas veces antes de transcurrir muchos años. Pues bien, admitiendo este postulado, con tanta razón como elocuencia arguye el sabio Manterola: «Estos espíritus que abandonaron la grosera envoltura del cuerpo, son los que se supone contestan a las evocaciones de los espiritistas.

«Pero hay una cuestión previa que resolver. Yo quiero ponerme en comunicación con San Agustín; voy a evocar su espíritu. ¿Pero sé yo por ventura si el espíritu de San Agustín está animando en estos momentos mi propio cuerpo? Podríais vosotros convencerme de que no soy víctima de una decepción horrible, cuando creyendo evocar al gran doctor de la Iglesia me estoy evocando a mí mismo? ¡Y por qué no! El espíritu de San Agustín, según los espiritistas, ha podido perfectamente reencarnar en otro cuerpo y en otros cuerpos humanos, de los que alguno exista en la actualidad en este globo: ¿qué sé yo si el espíritu de San Agustín es mi misma alma, el alma que, conforme a las enseñanzas del espiritismo, no pierde su personalidad en esa serie de reencarnaciones que dan principio a otras tantas existencias. Os parece que la escuela espiritista podría satisfactoriamente desvanecer esta dificultad, la primera que se me ocurre ya antes de proceder al acto de la evocación?

«Después de todo, queda en pie el argumento en verdad contundente contra las pretensiones del espiritismo; queda en pie el argumento de comprobar la identidad de los espíritus, porque sus respuestas son, no anónimas, sino, lo que es peor, pseudónimas: el espíritu A, por ejemplo, contesta usurpando el nombre del espíritu B. Esto no lo decimos nosotros. Lo confiesa Allan-

Kardec. Y esa usurpación de nombre, y el engaño manifiesto que es su consecuencia inmediata, tendrá lugar en todos aquellos casos, cuya posibilidad hemos demostrado, de que el evocador evoque su propio espíritu, creyendo ser distinto del espíritu evocado, y obtenga contestación. ¿Y qué pensar del caso, también posible dentro de la escuela espiritista, de que al evocar yo el espíritu de mi abuelo, evocase mi propio espíritu? ¿Qué podría oponerse a esta hipótesis? (1)

Frecuentemente en las sesiones espiritistas se evoca el espíritu del Maestro, de Allan-Kardec. Concedamos que a nombre suyo se han realizado fenómenos verdaderamente mediúmnicos, y que estos fenómenos presentaban todos los caracteres que reclaman los cánones espíritas. Ahora preguntamos; ¿Puede ser el espíritu de Allan-K. quien haya producido semejantes fenómenos? Cualquiera que haya asistido a la sesión se atreverá a jurar que él y no otro es el generador, pues las pruebas han sido convincentes. Mas a pesar de todas las demostraciones y convicciones, esto es sencillamente imposible, por la *sencilla* razón de que el espíritu de Allan-K., desde la última década del pasado siglo, se halla, al decir de los mismos espiritistas, animando otro cuerpo; el de una gentil mujer. ¡En esta ocasión cambió de sexo! (2)

Con semejantes hechos y tales postulados, la confusión y el laberinto en que la pobre razón se ve encerrada la conducen a un estado tal de dubitación e incertidumbre, que no puede menos de interrogarse: Si el espíritu de mi abuelo puede ser el mío; si igualmente pueden serlo el de Pablo o Agustín, o el de cualquiera otro que me ponga a discurrir; si al mismo tiempo no puedo tener la certeza de que este fenómeno sea engendrado por el espíritu a quien se le atribuye, entonces; ¿quién puede ser la verdadera causa de este efecto? El método de exclusión me obliga a excluir todos los espíritus que se hallan en el mismo plano y en plano idéntico se encuentran todos los desencarnados; el méto-

1 El Satanismo, Conf. 2.<sup>a</sup>, p. 57-62.

2 Veamos lo que relacionado con esto, decían los asambleístas del Congreso Nacional Espiritista de Cuba celebrado el 1920: Todos los años se conmemorará el aniversario de León Hipólito Rivail, consistente, ser Día Espírita cada 31 de marzo, para los espiritistas de Cuba. Con este motivo los espiritistas de Cuba pretenden celebrar en toda la Isla solemnemente la citada fecha, para «rememorar a Kardec con el Día Espírita». *Hoy*. 27-12-1922. ¡¡Para rememorar a Kardec desencarnado, cuando se halla vivo en la tierra!!

do de exclusión también me obliga a excluir la inmediata intervención divina.

Y he aquí llegados al punto capital donde la tesis espiritista resulta totalmente falsa; porque o nos vemos obligados a negar todos los fenómenos mediúmnicos, como un solemne truco, lo que no admiten los espiritistas; o nos vemos precisados a admitir la intervención de un tercer factor. Las almas de los difuntos o espíritus desencarnados, no sólo no intervienen, sino que no pueden intervenir.

En efecto, además de las dificultades insolubles que se acaban de insinuar y que por sí tienen la virtud de dar al traste con el ocultismo, existen razones tan apodícticas que lo demuestran palmariamente.

La tesis del espiritismo supone como inegables axiomas: 1.º Que las almas de los difuntos guardan íntima relación comunicativa con las de los vivos, de tal modo que exista lo que pudiéramos llamar intercambio de ideas. «Las leyes de simpatía de las almas, decía Davis, son las mismas en esta tierra que en el mundo de los espíritus». (1) Libre y voluntariamente pueden, al menos con ciertos individuos, participarse sus conocimientos, instruirse y hablar familiarmente.

2.º Que con la misma libertad las almas de los difuntos pueden poner en movimiento los objetos materiales, haciéndolos maleables para cualquier forma.

3.º Que la Providencia, establecido el orden natural, ya no interviene con acción inmediata, en la marcha de los acontecimientos.

Pues bien; todos estos postulados amén de ser completamente gratuitos, son absolutamente falsos.

En anteriores capítulos dejamos demostrado que el espíritu o alma (aquí tienen el mismo significado) del hombre es real y verdaderamente espiritual, sin mezcla de materialidad más o menos diáfana; que entre la substancia espiritual del alma y la material del cuerpo no hay ni puede haber intermedio alguno semimaterial; porque ya lo dijimos y lo repetiremos con Manterola: «O esta substancia intermedia es material o no: porque aquí no se puede admitir término medio: es material aunque poco densa, aunque sutil, aunque vaporosa; ¿pero es materia? Debe

1 *Los tiempos presentes, y la vida interior*, p. 202.

ser materia para que sirva de comunicación entre el espíritu y el mundo corpóreo: Pues entonces preparaos a admitir una serie infinita de sustancias poco materiales, pero al cabo materiales que sirvan para la comunicación entre el espíritu y el mundo corpóreo, sin lograr jamás su objeto». (1)

Ahora bien, levantándonos de la teoría del ser a la del conocimiento, ¿cómo pueden penetrar los objetos materiales en la cámara de la inteligencia? En tanto vivimos aquí bajo nos lo explicamos fácilmente, porque espíritu y materia sin perder su naturaleza, constituyen un solo ser, una persona, unidos maravillosamente por la virtud del que los crió, y de este modo relacionados en el sér, también lo están en la operación. Mas cuando el espíritu se halla separado del cuerpo, ¿cómo se reflejará su imagen intelectual en el objetivo del entendimiento? Y si no se refleja, ¿cómo pueden acudir a la cita, ponerse en comunicación?

A esto responde el adversario diciendo que, así como el periespíritu es al espíritu lo que el *corión* y la placenta al feto, mientras vivimos en el cuerpo, del mismo modo el periespíritu continúa ejerciendo idénticas condiciones luego de desencarnarse el espíritu. El es, pues, quien hace reflejar las imágenes materiales en el objetivo del entendimiento, él quien las introduce en la cámara de la inteligencia, y hace que existan las relaciones cognoscitivas, como en la vida hacía que existieran éstas, y las de unión de naturaleza.

A semejante respuesta (conocida ya la falsedad del periespíritu en cuanto al sér), diremos con el mismo ilustre Manterola: «El periespíritu es o espíritu o materia: en el primer caso tampoco el periespíritu puede ponerse en comunicación con el mundo corpóreo: en el segundo caso, debéis admitir un nuevo periespíritu, un nuevo lazo de unión entre el periespíritu y el espíritu y así sucesivamente hasta el infinito». (2) Mas, esto es imposible; luego tendremos que admitir la incomunicación del mundo espiritual con el corpóreo, en fuerza de que la materia no puede proyectar su imagen inteligible hasta la facultad intelectual, ni tampoco ésta puede adaptarse al material objeto, por falta de proporción y de medios.

«Pero vengamos a la cuestión capital; el alma humana des.

1 L. C. conf. 6.<sup>a</sup> p. 262 263.

2 L. C. p. 263.

prendida de los lazos de la mortalidad, no puede comunicar si no en virtud de ideas individualizadas que la determinen al acto: el alma separada del cuerpo, concibe sus ideas sin imágenes sensibles, y comunica directamente con otros espíritus. Sólo indirectamente podría comunicar con el mundo corpóreo por el recuerdo de las ideas que en otro tiempo adquirió por la impresión de los sentidos, o por las afecciones que su voluntad contrajo durante su vida corpórea. Fuera de esto el alma humana no puede obrar sobre el mundo corpóreo, porque la falta el único medio que la naturaleza le daba para comunicar con él, a saber, su propio cuerpo.» (1)

Tan cierta es esta doctrina y tan inmune se halla de los golpes que los espiritistas, en su inmeditado modo de hablar, la dirigen, que en todas sus partes damos por verdaderas las afirmaciones que el docto Manterola hace en las siguientes palabras: «Tan averiguado está entre los filósofos que el alma del difunto no puede por virtud propia comunicar con el mundo corpóreo, que es cuestionable si el alma, separada del mundo, conserva en el otro mundo la facultad imaginativa, es decir, si todavía hace uso de la imaginación; aunque tengo para mí que es muy defendible la tesis (y la considero muy probable) de que el alma que conserva su inteligencia muy expedita para comunicar con los espíritus, no ha perdido la fuerza imaginativa por la cual puede recordar y representarse todo aquello que en su vida corpórea percibió por lo que técnicamente se llama fantasmas (2), es decir, representaciones espirituales de cosas materiales grabadas en la imaginación» (3)

Ahora bien; si las almas de los difuntos naturalmente están incapacitadas para recibir las impresiones de los objetos materiales por falta del medio cognoscitivo, a excepción de los que en su unión con el cuerpo hubieren conocido; ¿cómo será posible admitir ni que guarden íntima comunicación con los vivos, ni que por ende las almas puedan acudir y de hecho acudan a las sesiones espiritistas cuando son evocadas por los mediums? Lo

1 Manter. L. C. p. 264-265. Marcellus a P. J. L. C. Vol. II. Psico. Disp. VI, q. II, a. VII, §. 2.º, Urráburu, L. C. lib. 2.º Disp. XI, c. II, a. I, §. 4.º

2 Nos parece, y en esto discrepamos, que no es en virtud de ningún fantasma, ni fuerza imaginativa, las cuales no pueden existir sin la imaginación, sino en virtud de la especie inteligible que en el alma se conserva.

3 L. C. p. 274.

uno y lo otro es según esta recta y sana filosofía totalmente falso.

Lo que se ha decir con relación a la segunda parte de la tesis espiritista, viene a ser, por un lado, corolario de lo expuesto. Si las almas de los difuntos no tienen conocimiento de los sucesos humanos, si no intervienen en las cosas de los vivos, como ya decía San Agustín (1); ¿en virtud de qué habrán de alterar y mover los objetos en las sesiones espiritistas y fuera de ellas?; ¿cómo ejercerán las acciones que los espiritistas les atribuyen? Mas, concediendo, hipotéticamente, que tuvieran algún conocimiento de las cosas humanas; ¿podrían en este caso producir los fenómenos que alteración y movimiento de cuerpos significa? La respuesta no es tan viable como al espiritismo le parece. Cuestión sumamente agitada es en filosofía, la de si las almas de los difuntos pueden por su virtud natural mover y ejercer acción inmediata en los cuerpos, alterando, cambiando, aportándolos de uno a otro lugar.

Las razones del Angélico y de los que defienden la negativa, son en verdad muy atendibles, aunque no sean plenamente convincentes. Si el alma no mueve al cuerpo si no en cuanto vivificado, dice el Aquinense, como se demuestra con la inacción del miembro paralizado; como quiera que después de muerto el hombre a ningún cuerpo vivifica, tampoco a ninguno puede imprimir movimiento. (2) Y es que la potencia motriz como la volitiva y cognoscitiva han de tener un objeto proporcionado; precisamente por falta de este requisito es por lo que afirmamos la imposibilidad del conocimiento de la materia. Ahora bien, la misma improporción que existe entre la facultad intelectual y la imagen de los objetos materiales que no fué recibida durante el tiempo que al cuerpo estuvo unida, es la que existe con relación a la moción corporal. Y si el objeto no es proporcionado, ¿cómo el alma lo pondrá en movimiento?; ¿cómo lo trasportará de uno a otro lugar? ¿y cómo ha de ser causa de los fenómenos mediúmnicos? (3)

Tan falso como los dos primeros es el tercero de los postulados espiritistas. Dando por buenas las simpatías y relaciones

1 *De Cura pro mortuis agenda*, c. XIII.

2 l. p. q. CXVII, a. IV.

3 Urráburu, L. C. §. 2.º

entre los dos órdenes; ¿es lícito afirmar lo que afirman los espiritistas? Para que a eso pudiéramos llegar habríamos de saber ciertamente que la economía de las almas en su destino eterno consiste en vagar sin rumbo fijo, expuestas al flujo y reflujo de la materia. Así, y sólo así es como concebiríamos el que las almas de los difuntos pudieran estar siempre a disposición de las veleidosas evocaciones de mediums poco escrupulosos, y harto importunos, a trueque de satisfacer su capricho o el de personas un tanto descontentadizas con lo que la Omnipotencia les ha proporcionado en el estado ordinario de naturaleza. Mas esto, no sólo no lo demuestran los espiritistas, sino que basta el sentido común para comprender que su admisión, siquiera fuera hipotética, significaría un gran desequilibrio en la obra de la Infinita Sabiduría, significaría la negación de la Providencia, y con ella la del Dios Providente.

Podemos, por tanto, aseverar muy confiados, que los espíritus de los difuntos, ni intervienen en los fenómenos mediúmnicos ni pueden intervenir. Porque «puesto que el alma, diremos con el citado Manterola, no puede por virtud natural comunicar de esta manera con el mundo corpóreo, ni ejercer esta influencia sobre las fuerzas de la naturaleza, ¿podría hacerlo de una manera milagrosa?» Santo Tomás dejó escrito: «Si los muertos se aparecen alguna vez a los vivos, lo hacen por una permisión especial de Dios, que les concede intervengan en los asuntos de los vivos, y es un verdadero milagro» (1) «Pero creo que en esta hipótesis; añade el sabio Magistral, no podemos detenernos, porque los espiritistas rechazan en absoluto los milagros. Pues si no puede por virtud natural, y dicen ellos que tampoco por virtud milagrosa, debemos inferir que el alma del difunto es absoluta y radicalmente incapaz, es en todo sentido impotente para producir los efectos del espiritismo» (2).

La tesis espiritista resulta, pues, evidentemente falsa.

¿Quién será por tanto el factor de semejantes productos?

1 I. p. q. LXXXIX, a. VIII, ad. 2<sup>um</sup>.

2 L. C. p. 278.

## § 2.º

### LA VERDADERA CAUSA DE LOS FENÓMENOS MEDIÚMNICOS

LOS ÁNGELES Y EL ESPIRITISMO.—ALLAN-K. MODIFICA SU PENSAMIENTO.—AFIRMA LA EXISTENCIA ANGÉLICA.—LA HISTORIA HABLA.—CONSULTANDO A LOS PUEBLOS.—SÍNTESIS INEXACTA.—LA IGLESIA CONOCE LOS FINES DE LA DIVINIDAD.—ALLAN Y EL TIEMPO ETERNO.—CLASIFICACIÓN DE LOS SERES ANGÉLICOS.—NUNCA SE CREE NI SE HABLA MÁS DEL DIABLO.—EL HIMNO DE CARDUCI.—CUMPLIÉNDOSE UNA LEY HISTÓRICA.—LA CULPABILIDAD ANGÉLICA.—FUÉ EL ERROR MANIQUEO.—DIOS NO HA CREADO UN SER MALÉFICO.—EL TERCER ERROR TRANSCENDENTE.—TODO LO RELATIVO ES DEFICIENTE.—LOS ÁNGELES PUEDEN MOVER LOS OBJETOS.—PUEDEN PRODUCIR LOS EFECTOS MEDIÚMNICOS.—NI DIOS NI LOS ÁNGELES BUENOS.—CONFESIÓN INGENUA.—LA FINALIDAD DE LAS COMUNICACIONES ESPÍRITAS.

Para resolver la cuestión empecemos desde el principio. (1)

¿Es admisible la existencia de una substancia intelectiva fuera de Dios y de las almas? El espiritismo dice: No. Nosotros decimos: Si. Solucionada esta parte lo demás puede decirse que viene a ser a manera de corolario. Veamos, pues, lo que hay sobre la materia.

«Según el Espiritismo, dice Allan-K., ni los ángeles ni los demonios son seres excepcionales; la creación de los seres inteligentes es una. Unidos a cuerpos materiales, constituyen la humanidad que puebla la tierra y las otras esferas habitadas; sepa-

---

1. No se olvide que el espiritismo es panteísta y monista; admitimos, pues, la controversia hipotéticamente.

rados de este cuerpo constituyen el mundo espiritual o de los espíritus que pueblan los espacios». (1)

«Mientras no se han tenido sobre el mundo espiritual sino nociones inciertas o sistemáticas, ha podido haber equivocaciones, pero hoy día que las observaciones rigurosas y los estudios experimentales han hecho luz sobre la naturaleza de los espíritus, su origen y su destino, su papel en el universo y su modo de acción, la cuestión está resuelta por los hechos. Se sabe ahora que son las almas de los que han vivido en la tierra. Se sabe también que las diversas categorías de espíritus buenos y malos no constituyen seres de diferentes especies, sino que marcan *grados diversos de adelantamiento*. Según el puesto que ocupan, en razón de su adelantamiento intelectual y moral, los que se manifiestan se presentan bajo dos aspectos muy opuestos, lo que no les impide haber salido de la gran familia humana, de la misma manera que el salvaje, el bárbaro y el hombre civilizado». (2)

Esto escribía el porta-estandarte del espiritismo, de cuya doctrina claramente se deduce que la materia y el espíritu son dos partes integrales y aun pudiéramos decir substanciales, tan necesarias entre sí que no se pueden concebir la una sin la otra; son, al decir de Kardec, «dos términos correlativos», al menos hasta que el espíritu alcance su total perfección, y podemos añadir que siempre, no sólo recordando la definición que de la espiritualidad nos da el ocultismo, sino también teniendo presente la doctrina teósofo-espiritista que acerca del ciclo de encarnaciones y reencarnaciones hemos ofrecido en otro lugar.

En su obra «El Génesis», Allan-K., olvidando, o sin olvidarse, de lo que acabamos de copiar, modifica un poco su pensamiento y escribe: «Al mismo tiempo que Dios ha creado mundos materiales de toda eternidad, ha creado también de toda eternidad seres espirituales, sin lo cual los mundos materiales no hubiesen tenido objeto. *Se concebirán mejor los seres espirituales sin los mundos materiales, que estos sin aquellos*». (3) Luego ya no repugna que los seres espirituales puedan existir independientemente de los materiales, y si independientemente pueden existir, independientemente pueden obrar. Y existiendo y obran-

1 El Cie. y el Inf. 1.<sup>a</sup> part. c. IX, n.º 20.

2 L. C. c. X. n.º 2.

3 c. XI, n.º 8.

do independientemente de la materia; ¿qué nombre habremos de dar a esas naturalezas? ¿Y no serían entonces algo específicamente distinto de las almas, las cuales, si es verdad que pueden existir sin la parte corporal, no obstante, como ya se dijo, son substancia incompleta que dice una relación constante a la parte física, orgánica aún después de separada del cuerpo? Allan-K., admite, pues, la posibilidad de los espíritus puros, «vulgarmente, dice él, llamados ángeles».

Bastaríanos esta confesión que acabamos de oír para que pudiéramos afirmar la existencia angélica como algo cierto, real. Porque si no hay repugnancia por parte del objeto ni de la potencia divina; y por el contrario, sería un esmalte más engarzado en la corona de Dios; luego el Omnipotente ha creado los ángeles.

Empero, Allan-Kardec no admite sólo la posibilidad de la existencia; pensando o no lo que decía, en su obra filosófica, donde expone la doctrina espiritista en su parte teórica, ha afirmado clara y terminantemente la existencia real de los espíritus como algo específicamente distinto de las almas.

En «El libro de los espíritus» resuelve las cuestiones siguientes: 1.<sup>a</sup> ¿Los espíritus constituyen un mundo separado y distinto del que vemos? Si, el de los espíritus o inteligencias espirituales. 2.<sup>a</sup> ¿Cuál es el principal, en el orden de las cosas, el mundo espiritista o el corporal? El espiritista que preexiste y sobrevive a todo. 3.<sup>a</sup> ¿Podría dejar de existir o no haber existido nunca el mundo corporal, sin que se alterase la esencia del mundo espírita? Sí, pues son independientes» (1) Lo que añade: «aunque su correlación es, empero incesante; porque el uno reacciona perennemente en el otro» (2), en nada prejuzga la cuestión; sólo demuestra la poca lógica de Kardec, pues si los espíritus *preexisten*, mal pueden recibir la *perenne* reacción del mundo corporal.

«Tenemos, pues, diremos con el docto Manterola; una doctrina dada por los mismos espiritistas, según la cual: 1.<sup>o</sup> Existe el

1 Para comprender mejor la fuerza de estas palabras, téngase presente que los espíritus—almas—empiezan su vida, según el espiritismo, por la instintiva, por cuya razón en manera alguna pueden independizarse de la materia. Luego esos espíritus que preexisten, formando ya mundo independiente, no pueden ser los destinados a animar la materia, o sea los espíritus—almas.

2 nos. 84-87.

mundo de los espíritus. 2.º Los espíritus son anteriores a la creación del mundo corpóreo [preexisten dice Kardec]. 3.º El mundo de los espíritus podría perfectamente existir aunque no existiera el mundo corpóreo. Y yo pregunto a los espíritus, con permiso de su profeta Allan-Kardec: Vosotros espíritus, que habéis preexistido al mundo corpóreo, ¿qué nombre merecéis?, ¿qué os faltó para ser ángeles? No, no es lógico que los espiritistas, después de haber admitido las tres proposiciones que dejamos anunciadas, nieguen la existencia de la naturaleza angélica; porque, ¿qué es el ángel si no creatura de Dios, no corpórea sino puramente espiritual?» (1)

¿Por qué Allan-Kardec se ha hecho traición a sí mismo, y a todo el espiritismo, precisamente en la cuestión fundamental, sobre la que descansa todo el sistema espírita, con lo que derruido ha la inmensa pirámide de humo con tanto esfuerzo levantada? Es que si difícil es libertarse de las impresiones de naturaleza, aunque contra ella se conjuren los sistemas, difícil es exonerarse de la fuerza de la razón y de la historia. Y Allan-Kardec que había leído algo sabía muy bien que el testimonio histórico era irrefragable en esta materia.

En verdad; empezando por la historia más antigua y más verídica, el Génesis, en él encontramos alegatos convincentes. En su capítulo tercero, verso vigésimo cuarto, se dice que el Señor arrojó a Adán del paraíso de delicias y ante las puertas del edén colocó Querubines con flamígera y movediza espada. (2) De ángeles se habla en el cap. XIX, ver. 1, al describir la tragedia de las ciudades de Pentápolis; al ángel hace referencia y de él se trata, en los momentos angustiosos por que hubo de pasar la sierva de Abrahan, Agar (3); los ángeles son los que ocupan la atención de Jacob en la sublime visión (4); el ángel del Señor, se dice en el Exodo, es el que precedía a los

1 L. C. p. 116.

2 No se nos oculta lo que de este pasaje dice Allan-K.: «El ángel armado con una espada flamígera que prohíbe la entrada del paraíso, simboliza la imposibilidad en que están los espíritus de los mundos inferiores de penetrar en los superiores antes de haberlo merecido por su urificación» El Gén. c. XII, n.º 25. Pero Kardec como exégeta vale menos que como filósofo. En el caso presente empieza por traducir la palabra *Querubín*, en singular, siendo así que es plural.

3 Gen. XXI, 17.

4 Gen. XXVIII, 12.

ejércitos de Israel. (1) De los ángeles se habla en los relatos de Josué, de Gedeón, Balaán, de Sansón, de Tobías; en todos los libros históricos del pueblo judío describiendo los sucesos precautívos o prebabilónicos es frecuente la mención de los ángeles, y frecuente es así mismo en las narraciones postbabilónicas, con lo que evidenciado queda que los judíos no recibieron de los babilonios el conocimiento angélico. Los libros proféticos y de los salmos se nos presentan como abundoso manantial de doctrina angélica; y si de los primeros videntes pasamos a los postreros, las locuciones son más frecuentes y más precisas. El Nuevo Testamento es una cantera de donde se pueden aportar valiosos testimonios, tanto leyendo a los signópticos como al evangelista San Juan. (2)

Saldráse fácilmente del apremio en que nos ponen estos datos históricos, ¿o negando la historicidad de las fuentes, o diciendo que es un lenguaje puramente metafórico, simbólico, alusivo a las diferentes manifestaciones de la virtud deífica, o distintas evoluciones de las almas desencarnadas, como pretenden los espiritistas? Esto es hacerse muy poco honor a sí mismos. Pase, que Allan negara la autenticidad histórica de los libros sagrados; viviendo en lo que pudiéramos llamar periodo de transición, cuando todas las hipótesis naturalistas erróneamente se tomaban como conclusiones demostradas, fácilmente pudo creer o pretestar la creencia, de que las ciencias naturales derrumbaban todo el edificio mosaico y cuanto en los libros bíblicos se narra; pero los que han vivido y continúan viviendo después de las impugnaciones de la escuela de Tubinga y de las intentonas modernistas, no tienen excusa al emitir un juicio tan equivocado sobre un punto en el que la crítica, aun la racionalista, ha pronunciado su última palabra, y ha sido a favor de los libros sagrados, así del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Decir que sea lenguaje metafórico, es un evidente error desde el momento en que a los espíritus bíblicos se les considera con personalidad propia y acciones exclusivas realizadas por ellos mismos, con peculiares caracteres, y hacia personas verdaderamente históricas.

---

1 XIV, 19.

2 Luc. I, 11, XXIV 25.; Math. I, 20, IV, 11, II, 15, XXVIII, 2; Joan, XX, 12

¿Que pudieran ser los espíritus superiores, según la doctrina espiritista, pero de la misma especie que los que en la tierra vivimos? Esto nos enfrascaría de lleno en las cuestiones ya resueltas, y no hemos de repetir lo que suficientemente quedó probado.

Pues bien; de los ángeles se nos habla como de algo existente antes de que apareciera algún viviente; cuando los primeros genitores no habían tenido el fruto primogénito; ¿qué espíritu o alma difunta hubiera podido aparecerse en aquellas circunstancias? Y admitido que entonces fueran los espíritus angélicos, la analogía nos obliga a decir que también pudieron ser y lo fueron después. La creencia del pueblo hebreo en los ángeles, como seres espirituales, nos es atestiguada no sólo en las páginas inspiradas, sino también en las de los libros llamados *apócrifos*, sin carácter divino. (1)

La opinión de los diferentes pueblos más o menos cultos, que integraron el mundo antiguo, es bien conocida del todo el que se haya dedicado un poco a desempolvar pergaminos, desenterrar ladrillos, o a leer lo que otros desenterraron. De la existencia de los ángeles nos hablaron; los egipcios, los indios, los griegos, los romanos, los persas; nos hablaron los asirio-caldeos con evidencia tanta como puede comprobarse por los fehacientes testimonios que en la escritura cuneiforme nos dejaron. (2) Tan unánime es el sentir del mundo antiguo que no encontraremos pueblo con historia en el que no se hallen vestigios de la angeología. (3)

A esta creencia popular, no porque fuera del vulgo, sino por la universalidad que disfrutaba, responde el espiritismo con un argumento muy *especioso* en verdad, y que se le ocurre sólo a quien desconozca la marcha de la humanidad. El conocimiento que de la angeología, nos ofrecen los pueblos lejos de probar la tesis es un alegato irrecusable en favor de la no existencia. Pues, ¿qué otra cosa eran las concepciones de los pueblos, que concepciones puramente mitológicas?, personificaciones de actos más que de sujetos?, estereotipaciones de las creencias de aquellos pueblos ignorantes, con las que habían formado como

1 Cfr. Lib. Enoch, IX, 1, VIII, 1, IX, 6.

2 Cfr. F. Valbue. Egipto y Asiria, resuc. T. 1, p. 149 y sig.

3 Cfr. Fr. Valenti, L. C. De Deo Creato, q. XXXIX, a. 1.

la corte del Gran Supremo? «Como todo Soberano debe tener ministros, dice Allan-Kardec, todas las religiones admiten potencias secundarias o genios buenos o malos. Los paganos les personificaron en multitud innumerable de individualidades, teniendo cada uno atribuciones especiales para el bien y para el mal, para los vicios y para las virtudes, y a las cuales dieron el nombre genérico de Dioses. Los cristianos y los musulmanes heredaron de los hebreos los ángeles y los demonios». (1)

Ni es cierto lo último, a saber, que los cristianos y musulmanes recibieron de los hebreos la doctrina angélica, ni es, no ya cierto, pero ni aun verosímil siquiera, lo que dice en la primera parte; que los ángeles sean personificación de nadie sabe qué atributos; cuestión puramente mitológica. Al recoger el unánime sentir de los pueblos, hemos de pensar y decir en este punto, lo que ya se dijo al tratar de la doctrina del pecado original y del estado de inocencia. Con esto suficientemente queda desvanecida la objeción.

Inútil es demorarnos en mencionar siquiera la doctrina angélica desde los primeros días del cristianismo hasta nuestros tiempos. Allan-Kardec admite el sentir de la Iglesia, empero se opone a él tenazmente, tratando de patentizar su falsedad. Brevemente veamos la razón de la sin razón de Allan-Kardec.

«El principio general que descuella en esta doctrina, dice, es que los ángeles son seres puramente espirituales, anteriores y superiores a la humanidad, *criaturas privilegiadas destinadas a la dicha suprema y eterna, desde su formación*, adornada por su misma naturaleza de todas las virtudes y de todos los conocimientos, sin haber hecho nada para adquirirlos. Están en el primer rango en la obra de la creación; en el último está la vida puramente material, y entre las dos, la humanidad formada de las almas, seres espirituales inferiores a los ángeles, unidos a cuerpos materiales» (2)

Empecemos por hacer notar que es inexacta y errónea la síntesis que hace de la doctrina católica. Ni la Iglesia ni los teólogos han dicho nunca que los ángeles estaban adornados «por su misma naturaleza de todas las virtudes y de todos los conocimientos», y menos entendiéndolo como lo entiende Allan-Kardec, en

1 El cie. y el inf. c. IX n.º 5.

2 L. C. c. VIII, n.º 3.

relación al orden en que ahora se encuentran; ni tampoco han dicho que las virtudes y conocimientos que ahora poseen, los tengan «sin haber hecho nada para adquirirlos.» Muy al contrario, siempre han enseñado la necesidad que tuvieron de cooperar, para conseguir la beatitud que disfrutaban. Tampoco han enseñado que «las almas sean *seres espirituales*, unidos a cuerpos materiales» en el sentido que parece entenderlo Kardec y el espiritismo; en cuanto que sean seres subsistentes, unidos al cuerpo con unión accidental. Mas dejemos estas *menudencias*, y veamos la refutación tan filosófica.

«Muchas dificultades, dice, surgen de este sistema. ¿Cuál es, desde luego, esa vida material? ¿Se trata de la materia bruta? Pero la materia bruta es inanimada y no tiene vida por sí misma. Se quiere hablar de las plantas y de los animales?» (1) Así da principio, y bajo esa base continúa la refutación de Kardec, con errores tan palmarios como el que comete al decir: «Este sería entonces un cuarto orden de la creación; porque no se puede negar que hay más inteligencia en el animal que en la planta y en esta que en la piedra».

Bien; podemos responder al protagonista espírita. ¿Y qué nos importa a nosotros ni de la planta, ni del animal, ni aun siquiera del alma? Estas entidades pueden ser lo que se quiera y en nada entorpecer la cuestión de los espíritus angélicos. ¿No es el propio Allan-Kardec quien nos ha dicho que pueden existir, sin que la materia exista, y que pueden ser totalmente de ella independientes? Luego que existan o no los órdenes materiales, y aun el que pudiéramos llamar mixto, el hombre, nada importa para la existencia de los ángeles. Pero Allan-Kardec, procura deslizarse, y en vez de mirar la cuestión principal se detiene en la accidental, y confesando su impotencia e ignorancia se entretiene en poner chinitas en la senda por donde no ha de pasar el adversario. Con esto y con atribuir a la Iglesia lo que no ha dicho se da por satisfecho el filósofo del espiritismo. ¿Cuándo la Iglesia ha enseñado que «si hay uno solo de menos [de los tres órdenes], la obra [de Dios] es incompleta?» Conoce muy bien la Iglesia los fines de la Divinidad, y sabe que toda acción divina

---

1 L. C.

de cualquier modo que proceda, está conforme a la infinita sabiduría. (1)

Otro de los argumentos que opone Kardec, con apariencias de mayor mérito, es el siguiente: «Sin embargo, dice después de las palabras citadas en la nota, el Concilio de Letrán, concilio ecuménico, que hace ley en materia de ortodoxia dice: *Nosotros creemos firmemente* que no hay más que un solo Dios verdadero eterno e infinito, el cual, al principio del tiempo, sacó a la vez de la nada una y otra criatura, la espiritual y la corporal» Y objeta Kardec: «El *principio del tiempo* no puede entenderse si no de la eternidad transcurrida, porque el *tiempo es infinito* como el espacio, no tiene principio ni fin. Esta expresión: el *principio del tiempo*, es una figura que implica la idea de una anterioridad ilimitada.

«El Concilio de Letrán, cree, pues, firmemente, que las criaturas espirituales y las criaturas corporales han sido formadas simultáneamente y sacadas *juntamente* de la nada, en una época indeterminada en lo pasado. ¿Qué viene a ser, pues, el texto bíblico que fija esta creación en seis mil años de nuestros días? Admitiendo que sea este el principio del universo visible, no es seguramente el del tiempo. A quién hemos de creer al Concilio o a la Biblia». (2)

A uno y a otra, pues no hay contradicción entre los dos. Ni el Concilio ni la Biblia dicen lo que afirma el corifeo del espiritismo.

Tenemos, pues, que la existencia de los ángeles se halla atestiguada por las generaciones de todos los siglos y contrariada por ninguna. Los mismos espiritistas, que pretendían levantar una barrera a esa corriente, después de inútiles esfuerzos, son ellos quienes se unen también al sentir unánime para acrecentar la caudalosa corriente. ¿Qué más hemos de anhelar para convencernos de la verdad? ¿Buscar el auxilio de lo sobrenatural? En él es precisamente donde descansa toda la afirmación; pero aquí,

---

1 Para que se vea hasta donde llega la ceguedad del corifeo espiritista oigamos lo que escribe en uno de los párrafos que dedica a la impugnación de los ángeles «La fijación de la edad del universo en seis mil años, es un artículo de fe tan capital como que hace pocos años que la ciencia fué anatematizada porque destruía la cronología bíblica, probando la alta antigüedad de la tierra y de sus habitantes» ¡¡Esto se llama *sabiduría!*!

2 L. C. c. VIII, n.º 4.

además de ser innecesario, huelga, porque los espiritistas no admiten, ni quieren conocer este género de argumento.

Con todo lo dicho, no está, sin embargo, concluída la tesis que venimos desarrollando. Existen substancias superiores espirituales, específicamente distintas de la naturaleza humana; mas, ¿cómo están clasificadas, por razón de sus operaciones?, ¿de su bondad?; ¿son buenos todos los ángeles o hay también algunos malos y perversos, que muy lejos de andar por las vías del Señor, marchan por veredas tortuosas? Interrogar esto equivale a preguntar: Los ángeles, buenos por naturaleza, como toda obra divina, ¿se mantuvieron siempre fieles?; ¿pudieron pecar?; ¿pecaron en realidad?; ¿existen los demonios?

Esta última palabra descomponde de tal manera el sistema nervioso de los espiritistas que les impide raciocinar con serenidad. «Cierto, dice León Denis, después de escribir otras incoherencias que luego citaremos, cierto es, que nuestra época exceptica y burlona no cree ya mucho en el diablo, mas no por eso dejan los sacerdotes de continuar enseñando su existencia y la del infierno. De vez en cuando se puede oír detallar desde lo alto de un púlpito la descripción de los castigos reservados a los condenados. La Iglesia continúa proscribiendo la ciencia y el conocimiento, sigue introduciendo el demonio en todas las cosas, hasta en el dominio de la psicología moderna... Acaso no basta reflexionar y considerar un instante la obra divina para rechazar toda creencia en el demonio? ¿Cómo admitir que el foco supremo de lo Bueno y de lo Bello, que la fuente inagotable de bondad, de misericordia haya podido crear este sér repugnante y maléfico? Cómo creer que Dios haya podido darle, con la ciencia del mal, todo poder sobre el mundo, y que le haya entregado, como una presa fácil, toda la familia humana? No, Dios no ha podido crear la inmensa mayoría de sus hijos para perderlos, para hacer su desgracia eterna. Dios no ha podido dar el poder al que más puede abusar de él, al más perverso, al peor. Esto es inaceptable, indigno de un alma que crea en la justicia, en la bondad del Creador. Creer en satán y en el infierno eterno, es hacer una injuria a la Divinidad» (1)

¡Que nuestra época escéptica y burlona no cree ya en el diablo! ¿Cuándo se ha creído y hablado más del diablo, y no precisamente por los miembros de la Iglesia?; ¿cuándo se ha canta-

1 L. C. p. 84-85.

do y elogiado más al diablo que en la época en que León Denis escribía lo que acabamos de copiar?

El «Fausto» de Goethe había dicho en una de sus obras: «Me di al diablo y le amo. ¡Viva el diablo!» En otros lugares escribía: «Desde hace mucho seguí esta doctrina y no conozco otro señor que Belcebú, a quien me consagro con toda mi alma. No me aterra la palabra condenación. Infierno y Eliseo son lo mismo para mí» Béranger decía acerca del infierno y del diablo: «Los que teméis a Lucifer bajo la fe de vuestra niñera, acercáos y os daré noticias del infierno. Allí no hay calderas ni llamas; y por graves que sus faltas sean, nuestras pobres almas recobran algún cuerpo en los infiernos. ¡Ah! nada hay menos espantoso que el aspecto del demonio; su majestad comía entre Epicuro y Ninón». Baudelaire compuso las horripilantes letanías, seguramente, hace notar A. M. Weiss, para ser cantadas como las de Béranger en una fiesta de logias, en cuyos recintos se tributaba verdadero culto al demonio; decía Baudelaire: «¡Oh tú, el más sabio y el más bello de los ángeles, dios traicionado por la suerte y privado de alabanzas; oh Satanás, ten piedad de mi larga miseria! Oh príncipe del destierro, a quien tanto daño se hizo, y que vencido resurges más fuerte, oh Satanás, ten piedad de mi larga miseria! Tú, que lo sabes todo, gran rey de las cosas subterráneas, médico familiar de las angustias humanas, oh Satanás, ten piedad de mi larga miseria!» Y Carducci compuso aquel himno que le había de hacer el hombre más célebre entre los impíos, no sólo de Italia, sino del mundo entero. «Como el fulgor del relámpago, y el rugido de la tempestad, pasa, oh pueblos, Satanás el Grande. Se le ve distribuyendo beneficios, elevarse en los aires victorioso en un carro de fuego. Salud a tí, Satanás, señor de la vindicación y de la rebeldía del espíritu. Permítenos ofrecerte sacrificios de adoración, porque tú venciste al Dios de los sacerdotes». El mismo Carducci, que en un principio sentía como rubor de haber pronunciado estas palabras, al ser vitoreado por los periódicos incrédulos y fracmasónicos, los cuales estamparon el himno en sus columnas, como demostración de protesta a la celebración del Concilio Vaticano, hubo de exclamar con general aplauso de la sociedad impía a la que se creía representar: «Somos satánicos». (1)

1 Cfr. A. M. Weiss, L. C. part. 2.<sup>a</sup> T. II, conf. XIII, apen. n.º 6.

No, nuestra época, como todas las de la historia, no niega la existencia del diablo; la admite como todas la han admitido; y es hoy precisamente, cuando, en los países civilizados, y en el campo donde se ha perdido la fe católica, más se habla y se cree en el demonio, cumpliéndose en esto una ley histórica: que en tiempos de fe débil o de incredulidad aumenta la creencia en el diablo y en su poder. La existencia del demonio es tan palmaria-mente admitida, que, como advierte el citado P. Weis «casi no es necesario probarla porque nadie la niega».

En efecto, empezando a subir la escala desde nuestros tiempos, pues a ellos nos han traído las palabras espiritistas, fácil cosa nos sería ir ascendiendo por los grados, y no de la Iglesia, sino del racionalismo; continuar por los del protestantismo, seguir la Edad Media hasta los primeros días del Cristianismo, y con citas de autores profanos y eclesiásticos ver cómo en todo el proceso del tiempo se admitió la existencia del demonio, y más que en los países cristianizados, en los que aún seguían dormidos en los errores gentílicos, cosa que la palpamos en nuestros días, según puede verse consultando los «Anales de la Propagación de la Fé. Mas como el espiritismo reconoce esta corriente universal, no nos inmoraremos en patentizarla. Lo que impugna es la causa que la dió origen y el aspecto que reviste. «La doctrina de los demonios, dice Kardec, tiene su origen en la antigua creencia de los principios del bien y del mal» (1)

A esta objeción del espiritismo, bastaría responder con un moderno escritor, que siempre, es verdad, se ha reconocido la existencia del bien y del mal, pero además de esto se ha confesado la de un sujeto causante de males. «En todos los tiempos, dice, y en todos los pueblos han conocido los hombres el mal físico y el mal moral, y, sin embargo, fuera de estos males, han profesado la creencia de un ser malvado más poderoso que el hombre y cruel, causador de espantosos males, y lo que es más, por un trastorno de ideas erróneas juzgaron que debían de adorar como deidad al que les podía causar tan graves males de no hacerlo. Los egipcios, caldeos, asirios, cananeos, griegos, romanos, indios, mejicanos, germanos, todos se postraron ante el funesto enemigo. Los recientes descubrimientos del Egipto y de Babilonia, por la interpretación de los caracteres cuneiformes,

1 L. C. c. IX, n.º 6.

«confirman lo que nos narran sobre esta materia la Sagrada Escritura y la historia» (1)

Existe, pues, según el unánime opinar de los pueblos, un sujeto espiritual, superior al hombre que es causa de innumerables males, y al cual se le denomina demonio. Semejante afirmación, consecuencia del testimonio histórico, cuya verdad es necesariamente aceptable, nos lleva como de la mano a otra cuestión sumamente importante para la solución final que venimos persiguiendo.

De una parte se nos presenta el sujeto espiritual, obra de Dios, y como obra de la Divinidad tiene que estar adornada su naturaleza con los atributos de la bondad. De otra parte se nos presenta el mismo sujeto espiritual, afeado con la mancha de la culpa, con la fealdad del mal. ¿Cómo ha de explicarse esto? Aquí es donde el espiritismo pretende levantar un dique infranqueable. Por parte de Dios no es admisible deficiencia alguna: luego ante el hecho cierto, hemos de confesar que el defecto se encuentra en el sujeto espiritual. Porque un Dios Mal, opuesto al Dios Bien, como querían los maniqueos, es cosa utópica. Si el defecto se encuentra en el sujeto será, pues, porque perdió su prístina bondad, porque faltó, porque pecó.

La caída o pecado de un buen número de los espíritus angélicos además de ser una afirmación de la teología católica y de la Iglesia santa, lo es también de los pueblos gentílicos; en los cuales así como se conservó la tradición de la inocencia y culpabilidad humanas del mismo modo se conservó la inocencia y culpabilidad de los ángeles. (2)

No obstante de ser un hecho tan palmario, como negó la existencia del demonio, también niega la caída de algunos espíritus angélicos. Los ángeles no pecaron, nos dice, porque no podían pecar. La cuestión de hecho subordinada queda a la de derecho. Veamos en qué se funda el aserto espírita. Dos son los argumentos fundamentales que nos ofrece; el primero con relación a Dios, y en relación a los mismos ángeles el segundo.

«Según la Iglesia, escribe Kardec, *Satanás*, el jefe o el rey de los demonios, no es una personificación alegórica del mal,

1 Enc. Eur-Ameri. T. XVIII, Demonio, Demonología.

2 Cfr. Enc. Eur-Ameri. L. C. R. Valbuena, L. C. p. 155 y sig.

sino un ser *real*, que hace exclusivamente el mal, mientras que Dios hace exclusivamente el bien. Tomémosle, pues, tal como nos lo dan.

«¿Satanás es eterno como Dios, o posterior a Dios? Si es eterno es *increado*, y por consecuencia igual a Dios. Dios, entonces, no es único, hay el Dios del bien y el Dios del mal.

«¿Es posterior? Entonces es una criatura de Dios. Puesto que no hace más que el mal, que es incapaz de hacer el bien y arrepentirse. Dios ha criado un ser dedicado al mal perpetuamente. Si el mal no es obra de Dios, sino de una de sus criaturas predestinada a hacerle, Dios es siempre su primer autor, y entonces no es infinitamente bueno. Lo mismo puede decirse de todos los seres malos llamados demonios». (1)

Con relación a los segundos, dice: «Si Satanás y los demonios eran ángeles, eran perfectos: ¿cómo siendo perfectos pudieron faltar y desconocer hasta tal punto la autoridad de Dios, en presencia del cual se encontraban? Se concebiría también que si no hubiesen llegado a este punto eminente más que gradualmente, y después de haber pasado por la escala de la imperfección, hubiesen podido tener un retroceso sensible; pero lo que no se comprende es que nos los representan como habiendo sido creados perfectos.

«La consecuencia de esta teoría es la siguiente: Dios quiso crearles seres perfectos, puesto que los había colmado de todos los dones, y se equivocó; luego según la Iglesia, Dios no es infalible.» (2)

Muchos son los errores que aquí cometen, y muchas las equivocaciones que padecen, Allan-Kardec y los espiritistas. Es el primero, el de suponer que la Iglesia afirma la existencia de un ser espiritual *esencialmente malo*, al afirmar la existencia del demonio. Jamás la Iglesia ha dicho, ni ha podido decir que el demonio es un ser esencialmente malo. Un ser de esta calidad sería un ser en cuya naturaleza no solamente no habría atributo alguno de bondad, sino que su esencia consistiría en el mal, y como el mal es negación; una naturaleza esencialmente mala, sería una naturaleza esencialmente negativa, sería la absoluta carencia, la absoluta nada. Ahora bien; ¿puede esto concebirse? Si la Iglesia

1 L. C. n.º 7.

2 L. C.

afirma la naturaleza y existencia personal; como el bien entitativo y la entidad se convierten, por este mero hecho ya afirmaría la existencia de un sujeto en el que algo bueno pudiera encontrarse, y que por ende, no fuera esencialmente malo. Con esto huelga decir que el dilema de Kardec carece de fundamento. Dios, es Dios único. Luego, ¿entonces, el demonio es posterior a Dios?, pregunta el espiritismo. Sí, respondemos nosotros; es posterior a Dios, no coeterno, como él quisiera; y aquí está el segundo y lamentabilísimo error de los prosélitos de la *nueva ciencia*.

«Entonces, dice, Dios ha creado un ser dedicado al mal perpetuamente etc. Pero Dios soberanamente justo y bueno, no puede haber creado seres arrastrados al mal por naturaleza y eternamente condenados; porque entonces no es infinitamente bueno, lo cual no puede admitirse».

Luego si esto es metafísicamente imposible; invirtiendo los términos del espiritismo sería: Luego Dios no pudiendo dejar de ser Dios, no ha podido crear semejantes seres. Pero es el caso que los seres existen y son creados por Dios; luego ellos no pueden ser esencialmente malos y estar condenados por naturaleza; luego la Iglesia tampoco ha podido afirmar semejante dilate.

La Iglesia y la teología y filosofía católicas siempre han afirmado dos cosas: Que Dios no sólo es el bien esencialmente, sino que siéndolo, repugna metafísicamente el que pueda hacer nada malo; y que, el demonio, por ser criatura de Dios, es bueno por naturaleza. Por tanto, la maldad que en esta exista no puede proceder de la Divinidad.

Replica, el espiritismo: Lo que no dice la teología de la Iglesia, lo dice la lógica, que es «la primera condición de toda doctrina», (1) y esta nos enseña que hay necesidad de admitir las precedentes afirmaciones espiritistas, pues de lo contrario tendríamos que admitir otras que envuelven mayor repugnancia.

Y este es el tercer error transcendente del espiritismo «Si Satanás y los demonios eran ángeles, eran perfectos; ¿cómo pudieron faltar? Admitiendo la culpa como obra de los ángeles resultaría. Que Dios quiso crearles seres perfectos y se equivocó; luego Dios no es infalible, no es la bondad esencial».

---

1 Allan-K. L. C.

Y ¿de dónde supone el espiritismo semejante cosa? ¿De que eran y se llaman seres perfectos?

La perfección angélica por sublime que se la suponga, era una perfección relativa, y todo lo relativo, por su naturaleza, es deficiente en cuanto tal. Si se trata de la impecabilidad o indeficiencia comunicadas por la virtud divina; en primer lugar, hay que demostrarla, lo cual no lo hace el espiritismo, y con decir que eran perfectos nada adelanta, pues una cosa es la perfección y otra muy distinta el don perfectivo de no perder lo que se ha recibido; en segundo lugar, recuérdese la teoría que atrás queda expuesta acerca de los seres que tienen que conseguir un fin y conseguirlo libremente.

Los ángeles fueron creados perfectos, pero no con la perfección final, sino con la relativa perfección vial; el fin tenían que conseguirlo, y conseguirlo mediante el acto voluntario de su libertad. Si tenían que conseguir un fin, y este libremente, y no eran indeficientes, ni por naturaleza, ni por concesión, luego podían apartarse de ese fin, podían faltar. Tendremos, pues, dos cosas como consecuencia final; la una resultante del derecho, la otra del hecho. 1.<sup>a</sup> Que los ángeles pudieron pecar; 2.<sup>a</sup> Que cierto número de ángeles pecó.

Esto es lo fundamental. Todas las cuestiones que el espiritismo aún suscita sobre la naturaleza del pecado, pretendiendo encontrar dificultades tan insolubles que den al traste con las afirmaciones de la Iglesia y de la historia, son cosas puramente accidentales, y que tienen fácil solución, sólo con entender bien la doctrina que llevamos expuesta.

Podemos, pues, afirmar; no sólo que existen naturalezas espirituales, específicamente distintas del hombre y a él superiores, sino que, de esas naturalezas, las unas son buenas, porque supieron llenar su cometido, en tanto que otras son malas y perversas, porque se apartaron del cumplimiento de su deber; perversidad que es eterna, es decir sin fin como lo es la substantialidad del acto realizado, y la existencia del sujeto que lo realizó.

Dos cuestiones, que son a modo de corolario o secuela de todo lo antecedente, quedan aún por resolver. En las relaciones que por mandato o permisión divina, han de tener los espíritus angélicos con el mundo visible; ¿pueden producir los fenómenos mediúmnicos y otros similares? Son los ángeles buenos, o los

empedernidos en la culpa quienes engendran los fenómenos mediúmnicos.

Desde luego hemos de afirmar, con relación a los ángeles, lo que decíamos acerca del conocimiento de las almas separadas de sus respectivos cuerpos: que su conocimiento no se efectúa abstrayendo o recibiendo la imagen inteligible de los objetos exteriores, sino en virtud de la infusión de la especie inteligible; empero su conocimiento no es tan limitado como el de las almas; naturalmente se extiende a cuanto no se encierra en el circuito de las cosas futuras, cuya causa es la libertad, o en el de la pura contingencia.

Por lo que dice referencia a la moción de extraños cuerpos u objetos, no ordenados, como lo está el alma, a ninguno determinado, pueden imprimir en ellos diferentes movimientos, pueden modelarlos de múltiples maneras y servirse de ellos, sin comunicarles vitalidad, para variados y diferentes fines, y esto por medios y modos que excedan todas las energías humanas. «Conservan también los demonios, y con más razón los ángeles buenos, la virtud locomotiva, en virtud de la cual no sólo pueden ellos trasladarse de un lugar a otro, sino trasladar los objetos materiales; pueden también unirse, moralmente a cuerpos, y moverlos como mueve el hombre la figura de un animal cuando la toma como disfraz... Se infiere que pueden influir en los fenómenos de vida vegetativa, sensitiva e indirectamente de la moral. Pueden producir fenómenos sensibles que superan las fuerzas físicas, como levantar al hombre por los aires sin instrumento alguno, etc. Respecto del hombre puede el demonio poner sus fuerzas a disposición del hombre y pactar con él en ciertos casos para fines malignos». (1)

«Los ángeles, espíritus puros, dice Manterola, no están en las condiciones del alma humana: para nada han necesitado del cuerpo y la superioridad de su naturaleza hace que puedan obrar sobre la materia produciendo en ella con fuerza por nosotros no bien conocida, movimientos portentosos que no podremos explicarnos, y cuyo alcance no podríamos calcular. Amítid esa fuerza; y podréis daros cuenta de todos los fenómenos espiritistas, por maravillosos que os parezcan. Sin salir de las luces de la buena filosofía, ¿puede el ángel hacer desaparecer un objeto dado y

---

1 Enc. Eur-Ameri. L. C.

sustituirlo instantáneamente por otro objeto? Sin duda que lo puede. ¿No puede el ángel condensar el aire atmosférico y darle todas las formas corporales que quiera? Sin duda alguna que lo puede: explicadme esa fuerza y os daré la explicación de todos los fenómenos [verdaderos] espiritistas». (1)

Los ángeles están capacitados por consiguiente, para producir fenómenos semejantes a los mediúmnicos. Y los ángeles son quienes los producen. Ahora bien; ¿los ángeles buenos o los malos?

El P. Alejo Lepicier, O. Serv, B. M. V., no duda en decir: «Los varios fenómenos espiritísticos que despiertan la admiración del vulgo, y con los cuales están unidas extrañas y nuevas comunicaciones de orden dogmático y moral, y que exceden las fuerzas de los agentes físicos, se pueden, mejor dicho, se deben atribuir a una clase de substancias espirituales o inteligencias dotadas de poder y ciencia maravillosa, pero de un carácter moral perverso» (2) El P. Antonio Oldra S. J., escribe: «¿Quién puede ser el agente oculto de tan deplorables, impías y desastrosas prácticas, si no un ser malvado y maléfico, enemigo de Dios y del hombre? Si el ingenio y el poder del espíritu malo nos hace *posible* el atribuirle los hechos ciertos verdaderamente inexplicables del espiritismo, su malicia y sus antiguas costumbres nos hacen muy probable, mejor dicho, *lógicamente cierta*, su intervención activa en tales hechos. Esta es la conclusión a que llegan todos aquellos que han examinado a fondo, sin miedo y sin prejuicios, los fenómenos del espiritismo que resultan ciertos, comprobados y verificados, libres de toda superchería y charlatanismo». (3)

Muchos son los testimonios que pudiéramos aducir y muchas las razones probando que los causantes de los fenómenos mediúmnicos son los ángeles perversos o demonios; pero esto es inútil, a las alturas que nos encontramos ya en esta obrita. Todos convienen en la misma afirmación, porque todos al mirar a la finalidad de tales efectos, encuentran que es una finalidad perversa, inmoral, reprochable, finalidad que ni a Dios ni a los ángeles buenos puede reconocer por autores.

1 L. C. p. 274-275.

2 *Il mondo invisibile*, p. 278.

3 L. C. p. 289.

### ARTICULO III

#### JUICIO DEL ESPIRITISMO FUNDADO EN SU AVALORAMIENTO

QUÉ ES EL ESPIRITISMO.—LO QUE ESCRIBE ALLAN KARDEC.—  
LA ANTORCHA DE LEÓN DENIS.—¿ES CIENCIA EL ESPIRITIS-  
MO?—SE HA DEMOSTRADO QUE NO.—LA CIENCIA SUPONE  
TRES ELEMENTOS.—EL ESPIRITISMO CARECE DE TODOS.—EL  
ÚNICO FUNDAMENTO.—NO ES PRINCIPIO CIENTÍFICO.—CA-  
RECE DE LEYES DEDUCTIVAS.—ENSEÑA DOCTRINAS FALSAS  
Y ERRÓNEAS.—UNA EXPLICACIÓN.—REGIÓN DESCONOCI-  
DA.—NO PUEDE SER ELEMENTO CIVILIZADOR.—CON RAZÓN  
LO CONDENA LA IGLESIA.

Desde que Allan-Kardec tuvo la humorada de decir: «El es-  
piritismo es la clave con que todo se explica fácilmente» (1),  
mucho se ha escrito y hablado acerca de la naturaleza de esa  
nueva entidad que en mal hora apareció en el mundo.

¿Qué es el Espiritismo? Empezando por el propio Allan, el  
cual, sin duda basado en las palabras que acabamos de transcri-  
bir, unas veces lo define como «la nueva ciencia que viene a re-  
velar a los hombres, con pruebas *irrecusables* la existencia y la  
naturaleza del mundo espiritual y sus relaciones con el mundo  
corporal» (2); y otras como la religión «que viene a cumplir en  
los tiempos predichos lo que Cristo anunció, y a preparar el  
cumplimiento de las cosas futuras», añadiendo que «es, pues,  
obra de Cristo, que él mismo preside, así como la regeneración

1 El Evang. según el Esp. c. I, n.º 5.

2 L. C.

que se opera, y prepara el reino de Dios en la tierra» (1); y siguiendo por León Denis, el que tan pronto decía: «El nuevo espiritualismo no es una religión, pero aparece en el mundo con una antorcha en la mano, y su luz va a iluminar a lo lejos y a fecundar todas las religiones. El espiritualismo moderno es una creencia basada sobre hechos, una creencia que se desarrolla, progresa con la humanidad, y puede unir a todos los seres, elevándoles a una concepción cada vez más alta de Dios, del destino y del deber» (2); como tan pronto añadía: «El espiritualismo ha constituido una enseñanza nueva, libre de toda forma obscura y simbólica, fácilmente accesible hasta los más humildes, y que, para los eruditos y pensadores abre vastas perspectivas a los altos grados de conocimiento a la concepción de un ideal superior» (3); y terminando por Conan Doyle, para quien «el espiritismo nada tiene que ver con la ciencia, y hasta se encuentra reñido con ella, pues para creer en la vuelta de los espíritus a la tierra, en los ectoplasmas y demás manifestaciones espiritistas de ultratumba, lo que se necesita es fe, por que el espiritismo es sólo una nueva religión» (4); se ha recorrido toda la gama sin que nada se haya dejado por decir. El espiritismo es como la panacea del corazón y de la inteligencia. Nada tiene de extraño que un moderno escritor al observar tal confusión de lenguaje e ideas entre los mismos adeptos haya llegado a escribir: «El espiritismo, ni es ciencia, ni cosa que se le parezca. Es un sistema al aire libre» (5), y que E. S. P. Haynes haya dicho: «Que el espiritismo es la superstición más grande de los modernos tiempos, superstición que hasta carece de fundamento aparente». (6)

Un capítulo pensábamos nosotros consagrar al estudio de este aspecto del espiritismo; considerando, empero, que después de lo hasta aquí escrito, ya puede formarse un juicio bastante exacto de su naturaleza y propiedades, y viendo la extensión que

---

1 L. C. n.º 7. Tanto involucra los conceptos, que en la confusión ha escrito: «Las corporaciones sabias no tienen, no tendrán nunca que decidir esta cuestión; no es de su incumbencia como no lo es determinar si existe Dios. El Espiritismo es una cuestión de creencia personal que no puede depender del voto de una asamblea. *Qué es el Esp.* p. 41.

2 L. C. p. 161.

3 L. C. p. 248.

4 El Camag. 3-5-1922.

5 Rev. Cat. año 48, n.º 45.

6 The English Review, november 1925.

ha alcanzado el trabajo, creemos innecesario insistir mucho sobre el particular. Unas líneas no más trazaremos en este artículo que sirve de final, al ya largo capítulo, al mismo tiempo que cierra la segunda parte de nuestro estudio. El Ilmo. Fr. Valentín Zubizarreta, doctísimo Arzobispo de Santiago de Cuba será quien nos de la labor hecha.

«Es ciencia el espiritismo, se pregunta el sabio Prelado, en su opusculito «Instrucción sobre el Espiritismo». (1) No, señor, contesta el egregio carmelita. Se ha demostrado evidentemente que el espiritismo no es ciencia. Toda ciencia es un conocimiento cierto y evidente de la verdad obtenido por deducción legítima de principios ciertos. Así lo han definido los sabios de todas las edades desde Aristóteles hasta hoy. Un solo conocimiento habitual obtenido de esta manera, puede constituir ciencia, pero con más propiedad se dice ciencia el sistema científico o sea el conjunto de conocimientos verdaderos acerca de un objeto o muchos subordinados entre sí.

«Mercier la define de esta manera: «Un conjunto sistematizado o un sistema de proposiciones objetivamente evidentes y subjetivamente ciertas, deducidas inmediatamente o mediatamente del análisis de la esencia de un sujeto dado, y demostrativas en esta esencia de la razón intrínseca de las propiedades del sujeto y de las leyes esenciales o naturales, necesarias o universales, cuyo fundamento son esta esencia y aquellas propiedades». (2)

«La ciencia supone tres elementos: *principios ciertos*, o sean proposiciones universales y necesarias conocidas por la inteligencia; *deducción legítima* de la verdad contenida en sus principios, como el particular se contiene en el universal y la parte en el todo; y *conocimiento de la verdad* deducida de los principios, con exclusión absoluta del error.

«La certidumbre de los principios de la ciencia; a) descansa algunas veces en la evidencia objetiva de las proposiciones universales; b) se funda otras veces en la demostración de otra ciencia superior, y en este sentido las conclusiones de una ciencia superior pueden ser principios de otra subalternada; y c) es-

1 Un espiritista que tiene como inútil la historia y hasta la filosofía, calificaba el opúsculo «como MANOJO DE CONFUSIONES».

2 Lógica, 4.<sup>a</sup> par. c. I.

triba a veces en hechos empíricos, que por la repetición de actos uniformes y constantes, y por estar al alcance del observador, adquieren una necesidad hipotética y se elevan a razón o estado de principios necesarios y universales, para que por inducción podamos legítimamente deducir de ellos las consecuencias que contienen; y así por una observación general y constante, concedemos un atributo común a algunos seres. Por esta razón decimos que la ciencia es el conocimiento del objeto por sus causas.

«Pero se ha de advertir que en los dos primeros casos formamos la demostración *a priori*, procediendo del conocimiento de las causas ontológicas a la explicación de los efectos; y en el tercer caso procedemos del conocimiento de las causas lógicas que son los principios a las conclusiones, pero en rigor, hablando ontológicamente, llegamos *a posteriori* a la causa por los efectos. El conocimiento *a posteriori* no adquiere el carácter de ciencia tan firme y completa como los conocimientos *a priori*, y aun para ese estado de ciencia menos cierto se requiere, como hemos dicho, que la repetición de actos y fenómenos sea siempre uniforme y constituya el estado necesario de principios ciertos, a fin de que no fallen las consecuencias.

«De aquí se sigue que los fenómenos no repetidos uniformemente, y que no constituyen necesidad al menos hipotética, y las aserciones de personas particulares que no llevan el carácter de infalibilidad, no pueden ser principios de una ciencia, porque la argumentación inductiva que se forma sobre ellos, falla por su base. Tales fenómenos nos autorizan para asegurar que tienen sus causas suficientes, pero no para declarar qué causas son, qué leyes observan, qué actos practican o qué doctrinas enseñan.

«*El espiritismo carece de principios ciertos; no observa las leyes lógicas de legítima deducción; y enseña doctrinas erróneas y falsas.*

1) *Carece de principios ciertos...* Los espiritistas intentan penetrar en la región que Spencer llamó incognoscible, y que ellos dicen ser solamente incognoscido, pero en sus investigaciones parten de principios tan desconocidos como el objeto que tratan de descubrir, y proceden sin base ni fundamento científico.

«No pueden apoyar la certeza de sus principios en la esencia de las cosas, por que las esencias de los elementos que in-

tervienen en el espiritismo son desconocidas a todo el mundo; ni en la intuición de la verdad, porque los espiritistas confiesan ignorar las leyes que rigen los fenómenos indeterminados, y se contentan con llegar a la duda o, a lo sumo a la penumbra de la luz; ni en la experiencia, porque los mensajes que se reciben de los espíritus y los fenómenos que se presencian en los centros espiritistas, no pueden someterse a experimentos humanos.

«Los únicos principios de los espiritistas en la investigación de la verdad son los mencionados fenómenos que se dicen obrar en los centros espiritistas y los mensajes de los espíritus. Ambos son fundamentos harto débiles e inciertos para guiarnos a la certeza de las consecuencias.

«Ya hemos dicho anteriormente que para que los hechos empíricos constituyan principio científico y sirvan de base para la argumentación inductiva, deben ser constante y uniformemente repetidos y puestos al alcance del observador, y aun entonces no nos pueden conducir más que a conocer la existencia y alguna que otra propiedad de la causa, nunca a penetrar todas las relaciones que ella pueda tener.

«Los fenómenos que presencian los espiritistas no son suficientemente constantes y uniformes, para que sirvan de base a la argumentación inductiva; ni se ponen al alcance del observador, puesto que nadie sabe el significado que tienen y el fin a que se ordenan, [los espiritistas se glorían de saberlo, mas ya hemos visto con cuánta razón]; y sobre todo no revelan más que la existencia de la causa, no la esencia ni las propiedades, ni las relaciones de ella con el mundo invisible.

«Menos aún pueden servir de principios científicos los mensajes de los espíritus. Aun suponiendo que las comunicaciones de los espíritus con los *mediums* o con cualquiera otra persona sean reales, las aserciones de los espíritus y las interpretaciones de los *mediums* que les siguen, no ofrecen ninguna garantía de verdad, porque los espíritus, a veces traviesos y mentirosos, y los *mediums* propensos al histerismo y a la enajenación mental pueden engañar a sus clientes».

«En suma, dicen S. Valentín Camp, y E. Messaguer, todo cuanto no es objeto de examen directo, teniendo este valor crítico, debe desecharse, porque en el espiritismo intervienen los ataques histeroides e hipnóticos, catalépticos, y sonambúlicos. En el espiritismo se ha pasado, sin salto alguno, de la anormali-

dad a la supernormalidad, y de esta última, por un salto mortal, a la metafísica, a la más elevada filosofía, y a la más complicada y abstrusa cosmología.

«Es evidente que en determinadas sesiones mediánicas hay una sucesión no interrumpida durante algunas horas de crisis histéricas, y los mediums están frecuentemente fatigados, jadeantes, agotados, sufriendo temblores generales, etc». (1)

2) Continúa el sabio Arzobispo: «*El espiritismo no observa las leyes de legítima deducción.* Y realmente no puede hacer otra cosa. Se pueden sacar lágrimas de fango y oro de la escoria, como dijo oportunamente el Sr. Menéndez y Pelayo, pero no se puede sacar la verdad de principios inciertos.

«Conociendo las causas conocemos los efectos; y conociendo las esencias llegamos al conocimiento de las propiedades; pero la noticia de una porción de hechos o fenómenos aislados, cuyo significado se ignora, y que necesitan ser interpretados por los *mediums* al capricho, no nos pueden llevar al conocimiento de problemas difíciles que no se contienen en los mismos hechos.

«Pretenden los espiritistas investigar los fenómenos biológicos y psíquicos indeterminados, penetrar lo incognoscible, determinar las leyes que rigen a los espíritus y a la materia, descubrir las relaciones que existen entre el mundo visible e invisible; y para esto parten de las afirmaciones de seres desconocidos, y de los fenómenos particulares, obrados no saben por quién, ni para qué, contra las reglas de lógica, que enseñan que las consecuencias no pueden ser más universales que los principios de donde emanan.

3) «*El espiritismo enseña doctrinas falsas o erróneas.* Los espiritistas no sólo sostienen los errores dogmáticos y filosóficos que hemos enumerado arriba [son en substancia los que nosotros hemos analizado en este trabajo], sino que anuncian frecuentemente cosas futuras que no se cumplen; recomiendan la compra de acciones de compañías que no existen; y aseguran la existencia de cosas ausentes que no corresponden a la realidad, como el paradero del «Valbanera», que anunciaron (2), incurriendo en

1 L. C. § 6.º

2 Igualmente les ha acontecido en casos similares; entre otros, aducimos el siguiente: De Cienfuegos salieron en humilde y pobre lancha unos cuantos pescadores u hombres de mar. El tiempo necesario del regreso pasó, pasaron los días, y la marina gente no aparecía, ni de ella

la chacota de todas las personas sensatas. Por los consejos de los espiritistas ¡Cuántos se han visto chasqueados en el resultado de sus negocios, en la cura de sus enfermedades, en el éxito de sus amoríos!

«¿Cómo explican los espiritistas el proceso científico de su sistema? Confesamos que realmente es difícil explicar la mente de los espiritistas en este punto. Defienden el ocultismo de su ciencia, pero la ciencia, que es conocimiento cierto de uno o más objetos, nunca es ni puede ser oculta; despidе siempre rayos de luz y produce claridad.

«Estudiando el proceso de este sistema deducimos que los espiritistas ponen la razón de su ciencia en lo siguiente: «Admiten una región desconocida de ultra-tumba, con relaciones entre los espíritus y el universo y con innumerables categorías de fenómenos ocultos e indeterminados, que se escapan a los preceptos de la lógica, y que no pueden ser descubiertos en sus causas ni en su esencia.

«Cuando se verifican algunos fenómenos aislados, y se reciben mensajes de los espíritus, lo incognoscible se asoma a la penumbra de la luz, pero no se deja definir. Sólo produce la duda. Entonces el investigador, no pudiendo discernir la obscuridad de lo incognoscible, deja la región de las categorías de fenómenos indeterminados como inaccesible, observa los hechos o fenómenos particulares, y saca de ellos efluvios de ciencia y verdades científicas, creyendo pasar de lo ignorado a lo conocido, de lo dudoso a lo cierto, y de lo oculto a lo manifiesto.

«Los espiritistas padecen aquí una grave equivocación. Para pasar de las categorías de fenómenos indeterminados a la claridad de la ciencia, de lo ignorado a lo conocido, y de lo incognoscible a la investigación de las leyes que rigen el mundo de los espíritus, no bastan las afirmaciones y mensajes de seres que

---

se podían obtener noticias. Los familiares experimentaron la zozobra consiguiente... desesperanzados acudieron a un centro espiritista en busca de agradables o desagradables noticias. Pronto hubieron de dárseles. En el caso del Valbanera opinaban que no había sucumbido; en éste, por el contrario, las noticias fueron poco halagüeñas, los espíritus contestaron: Que cuantos de Cienfuegos salieron en la lancha habían naufragado. Mas, he ahí que, cuando tristes a sus casas regresaban los consultantes, se encuentran con que los naufragos no sólo estaban vivos, sino que acababan de llegar a sus hogares, en los que reinaba la alegría consiguiente.

hablan entre bastidores, ni los fenómenos aislados, que nada dicen. Para esto es menester un fundamento científico, que nos muestre que los mensajes no pueden engañar y que los fenómenos tienen un significado cierto, ordenado a confirmar las doctrinas contenidas en el sistema que se trata de defender. Nada de esto sucede en el espiritismo.

«Los dos únicos medios con que cuentan los espiritistas para penetrar la región de lo incognoscible, son, como hemos dicho, los mensajes de los espíritus y de los fenómenos que presencian en sus centros. Y ninguno de ellos es adecuado para determinar las leyes que rigen la vida y las acciones psíquicas de los seres en ultra-tumba, ni para conocer las relaciones que existen entre los espíritus y el universo.»

Después de lo dicho y de haber demostrado que así como el espiritismo carece de todo lo que exige la ciencia, para contarse entre sus categorías, igualmente carece de cuanto la religión reclama para que se le pueda aplicar el significado de este nombre, muy sabiamente concluye el agregio hijo de la gran Teresa, afirmando que el espiritismo no puede ser elemento civilizador en los pueblos. «Los pueblos bárbaros y salvajes que han practicado y practican el espiritismo, nunca han salido de su lamentable estado por medio del espiritismo. Sin doctrinas que instruyan a los hombres, sin preceptos que los moralicen, y sin reglas que los perfeccionen, no se concibe acción civilizadora.» (1)

Tenidas en cuenta la doctrina y exposición que anteceden, no sólo en este articulito, sino en todo lo que llevamos escrito, fácilmente se puede comprender, cómo y por qué la Iglesia siempre ha prohibido y siempre ha condenado las prácticas espiritistas; desde los primeros siglos, cuando, si diferente en el nombre, era idéntico en el significado al espiritismo moderno, hasta los más recientes días, en los que el Santo Oficio, decía en sentencia confirmada por el papa Benedicto XV: «Que no era lícito asistir, con intervención de mediums o sin mediums, con o sin prácticas del hipnotismo, a ninguna de las manifestaciones espiritistas, ni aun a las que revisten carácter de honestidad o piedad, sea preguntando a las almas o espíritus, sea oyendo respuestas, o tan sólo como simple espectador, aunque se proteste tácita o expli-

citamente que no se quiere tener ninguna participación con los espíritus malignos». (1)

Igualmente se comprende con suma facilidad cómo es imposible abrazar las utopías espiritistas y al propio tiempo considerarse seguidor de las doctrinas de Jesucristo y perteneciente a la Iglesia católica. Se comprende el por qué de la exclusión de los dos términos antitéticos: católico, espiritista. (2)

Y estamos también capacitados para estimar con cuánta razón y verdad, decía el Sr. Coris: «Estas sensaciones nada tienen que ver con la religión, ni con la santidad: se puede ser santo y medium...»

«Peor para ellos que así estiman conceptos que en realidad no atacan a base fundamental alguna de principio moral ni mucho menos a la religión en que la Santa figura».

1 Ac. Apos. Sed. vol. IX, p. 268

2 Cfr. P. A. Morán, S. J., *Algo claro sobre el espiritismo*. Habana.

## ÍNDICE DE LAS PERSONAS Y COSAS MAS NOTABLES

Los números de letra cursiva indican estudio particular  
de la materia o cita más notable

- Abel. — 292, 300, 302.  
Abraham. — 296, 435.  
Actividad de Dios. — 89, 140 y sig.  
Act. Apst. — 65.  
Act. Apst. S. — 27, 295, 666.  
Actos humanos. — 499.  
Adán. — 290 sig. 310, 357, 359 sig.  
365.  
    > personalidad de 295 sig. 298.  
Aecio. — 45.  
Agassiz. — 291, 299, 308.  
Agnosticismo. — 26, 45.  
Agustín (S.). — 48, 128, 200, 206,  
246, 293, 301, 304, 312, 457, 460,  
462, 485.  
Aksakof. — 8, 552, sig. 562, 567, sig.  
572, 622, 29, 30, 32.  
Aladro (I. Als). — 36, 41, sig. 145,  
397.  
Alejandro (L.). — 657.  
Alejandrino (S. P.). — 248.  
Alma. — 152, 154, sig. 250.  
    & qué es. — 154, 164, sig. 448.  
    > su origen. — 159, 167, sig.  
    > y el cuerpo. — 194, 246 sig.  
    250, sig. 375, sig.  
    > material. — 159, sig. 173, 190  
    sig.  
    > su preexistencia — 156, sig.  
    164, sig. 172, 190, sig.  
    > son desiguales. — 197, 214,  
    sig.  
    > es inmortal. — 448, 460.  
    > evolución de. — 157, 167, 174,  
    sig. 190.  
    > su condenación y Dios. — 460  
    sig.  
Alma. su unión a la materia. — 219,  
sig. 246, sig. 375, sig.  
    > necesita de los sentidos. —  
    221, sig.  
    > de los difuntos. — 628.  
    > cómo entienden. — 697 sigs.  
    > si mueven los cuerpos. — 638.  
    > de los brutos. — 69, 175 sig.  
Alfonso el Sabio. — 329.  
Alonso Eguilaz. — 165.  
Aluvión. — 378  
Allan-Kardec. — casi en todas.  
Amarico. — 55, 65, 71, 76.  
Ambrosio (S.). — 309.  
Amicis (De). — 550 sig.  
Amor Ruibal. — 23, 338 sig. 341  
sig. 353.  
Anaximandro. — 266.  
Andreas. — 137.  
Angeles. — 623, sigs. 642 sigs.  
    > sus jerarquías. — 624, sig.  
    > su caída. — 626 sig.  
Antítesis del Catolicismo y Espi-  
ritismo. — 13.  
Antonelli. — 7, 250, 444, 542.  
Antonio (Oldra). — 656  
Apariciones. — 228, sig.  
Apolonio. — 199.  
Apóstoles y el espi. — 481, sig. 488.  
Aramburu (J.). — 525, 529.  
Arcelín. — 325, sig.  
Arintero. — 285.  
Aristóteles. — 121 sig. 266, 552, 660.  
Arqueología. — 323, sig.  
Arrio. — 485.  
Atenágoras. — 111.

- Atomismo.—625.  
 Atributos de Dios.—69, sig. 365, 458.  
 Augusto (N).—93, 97, 209, 368, sig. 448, 454, sig. 464.  
 Autoridad y clases de.—227, sig.  
 Avatar.—172, 175.  
 Averroes.—74, 179.  
 Avicibrón.—74.  
 Bailey.—555.  
 Balmes.—53, 99, sig. 76, sig. 78, 81, 125, 155, 165, 181, 188, 211, 249, sig. 440, 453, 465, 475, 499, 515.  
 Ballerini.—332.  
 Barbado.—543.  
 Bart.—549.  
 Bastian.—572, sig.  
 Bathybius.—264.  
 Baudelaire.—650.  
 Bayo.—353.  
 Bazán (Monterde) 11, 38, sig. 80, sig. 146, sig.  
 Beaumont.—312.  
 Begardos y Begüinos.—45.  
 Belarmino.—209, 245.  
 Benedicto XII.—245.  
 Benedicto XV.—665.  
 Beranger.—650.  
 Beraud.—Vid. Carriere.  
 Bergson.—62.  
 Beroso.—308, 328.  
 Bessant.—37, 79, 146, 380, 397, sig. 428.  
 Beza.—469.  
 Bienes de naturaleza.—209, sigs.  
 > de gracia.—209, sigs.  
 Billot.—24, 28, 361.  
 Bird.—583, sig. 585, sig.  
 Bissont.—557, 579, sigs. 582, 616, sig.  
 Blanco (vid. Coris).—  
 Blanchart.—271.  
 Blavaskki.—380, 399.  
 Blázquez (Alf.).—266, 274.  
 Boas.—317.  
 Böheme.—54, 61.  
 Boileau.—22.  
 Bossuet.—464.  
 Bougoud.—456, 464.  
 Bourgeois.—316.  
 Branley.—606.  
 Brass.—273.  
 Broussais.—209.  
 Brunetiere.—155.  
 Buchner.—154.  
 Buenaventura.—245.  
 Buffónn.—263, 270, 310.  
 Burneister.—269, sig.  
 Cafn.—292, 300, sig. 302.  
 Cajal.—276.  
 Calvino.—469, 482.  
 Camagüeyano (El).—520, 530, 558, 611, 615.  
 Cámara.—285, 312, 324, sigs.  
 Camper.—506.  
 Camus (Le).—340.  
 Cano (Melchor).—245.  
 Cantú (C.).—297, 328.  
 Capellini.—316.  
 Carduci.—640, 650.  
 Carmen.—566, 673.  
 Carriere.—554, 557, 572, 578 sig. 582, 589, 616.  
 Carrington.—610.  
 Casajoana.—458.  
 Casiodoro.—322.  
 Catolicismo y espiritismo, antítesis.—13 sigs.  
 Causas (de los fenómenos espíts).—609 sigs. 624, 629 sig. 633 sigs. 638, 657.  
 Cesar (Julio).—321, 326.  
 Cerinto.—485.  
 Cervantes.—200.  
 Cicerón.—43, 321.  
 Cidra.—620.  
 Ciencia (tomista).—543, 556 sig.  
 Cigarral (Luc. del).—507.  
 Cirilo (S.).—481.  
 Clara (Marqués de).—615.  
 Clasius.—123.  
 Clemente (Alej.).—461.  
 Clemente (Papa).—110, 460, > IV.—385.

- Coadamismo.—290 sig., 310.  
 Código espiritista.—503 sig., 513.  
 Comas y Solá.—8, 232 sig. 235, 542, 567, 563, sig. 574, 597, 619.  
 Complutenses.—450.  
 Comunicación de Dios y el hombre.—338, 342 sigs.  
 Conciencia.—250 sig.  
 Concilio (Amercno.).—7.  
   > B. acareno.—100, 156, 246, 284.  
   > de Calcedonia.—245.  
   > Costantipl.—19, 245.  
   > Florentino.—385.  
   > Lateranense IV.—45, 50, 65, 129, 245, 284, 385, 648.  
   > > V.—124  
   > Tolet.—I.—64 sig. 99, 129.  
   > > XI.—381.  
   > Tridino.—297, 304, 366, 469.  
   > Vat.—19, 20 sig. 44, 46, sig. 50, 66, 69, 71, 114, 118, 123 sig. 132, 135, 245, 247, 284, 297, 304.  
   > Vien.—45, 374.  
 Condénación y Dios.—467 sigs. 472.  
   > de las almas, engrandece a Dios.—467 sig.  
 Concupiscencia (lucha de).—209 sigs. 252, 344, 362.  
 Congregación (S. del Sto. Of.).—231.  
 Congreso espiritista.—31, 500, 524, 558.  
   > metapsíquico.—540.  
 Conocimiento de Dios.—20, 44, sigs.  
 Cook (F.) 546, 548, 568.  
 Coris (Blanco).—10 sig. 37 sig. 80, 214, 553, 666.  
 Cornely.—295.  
 Cortés (Donoso).—12, 33, 101, 126, 128, 130, 133, 258, 352, 357 sigs. 364 sig. 461, 470, 472.  
 Coussin.—88, 117.  
 Crawford.—555, 609, 611, 616.  
 Creación.—117, 125, 483.  
   > del hombre.—246.  
 Creación finalidad.—132, 133.  
 Credo, su formación.—19.  
 Crímenes del espiritismo.—578 sig. 529, 536.  
 Criminal (nato).—419 sig.  
 Criptestesia.—558, 567.  
 Crisóstomo (S. J.) 128, 240, 309, 460, 472.  
 Criterio de comprobación.—228 sigs.  
 Criticismo.—25.  
 Crookes (W.).—187, 235, 546 sig. 562 sig.  
 Cuvier.—310, 313, 329, 368.  
 Cuerpo y alma.—252 sigs. 375 sigs. (V. alma).  
 Cyón.—275.  
 Chaia.—548, 550 sig.  
 Chavas.—325.  
 Dacque.—276.  
 Damasceno (S. J.) 48, 200, 460, 472.  
 Dante.—29.  
 Dantec.—51, 277.  
 Darwín.—34, 124, 161, 174, 267 sigs. 563.  
 Darwinismo.—161 sig. 266 sig. 288.  
 Dastre.—270.  
 Davey.—570.  
 Davenport.—8 544.  
 Davis (A. Jakson).—34, 75 sig. 137, 160, sig. 314, 599, 635.  
 Defiora.—549.  
 Degenhart.—89, 285, 307, 322.  
 Delage.—275.  
 Delanne (G.).—33 sig. 76, 174 sig. 181 sig, 187, 218, 225 sig.  
 Demócrito.—265.  
 Demonios, existencia.—550 sig. 653 sigs.  
   > su caída.—625 sig. 655.  
   > su inteligencia.—624.  
   > producen los fenómenos.—566, 657.  
 Demóstenes.—129.  
 Denis, (León) con mucha frecuencia.  
 Denz-Bann.—124, 129, 156, 243 sig.  
 Dependencia.—125, 130.

- Descartes.—250.  
 Desmoyers.—316, 319.  
 Desprez.—494, 512, 522.  
 Destino (fatalismo).—38  
 Determinismo.—516.  
 Devachant.—399 sigs.  
 Dídache.—99, III.  
 Dinant (David. de).—54.  
 Diodoro Sículo.—308, 321.  
 Dionisio (S.).—48.  
 Dios.—18 sigs. 90, 119 sig. 240, 490.  
   > su esencia.—43 sigs. 71, 469, 490.  
   > su existencia.—16, 18 sigs. 28, 29, 42.  
   > es cognoscible.—20 sig. 44.  
   > es conservador.—134.  
   > es incomprensible.—41 sig.  
   > sus propiedades.—20, 66 sigs. 71, 469.  
   > es sustancia espítl.—49 sigs. 64 sigs. 71, 125.  
   > acto purísimo.—69 sig.  
   > sus atributos.—69 sigs. 365, sigs. 458 sig.  
   > es activo.—89 sig. 140.  
   > Creador.—117 sigs. 136 sigs. 149, 218 sig.  
   > fin de la creación.—132, 135.  
   > ser necesario.—69.  
   > infinito, eterno.—70  
   > simplicísimo.—70, 119.  
   > uno.—70, 119.  
   > personal.—59, 70, 78, 85.  
   > (vide Trinidad).  
   > y el hombre (su comunicación).—338, 342 sigs.  
   > y la salvación.—460 sigs.  
   > y el pecado.—446 sigs.  
   > y el mal.—19 sigs.  
   > su justicia.—215 sigs.  
   > y el infierno.—454 sigs.  
   > y la preexistencia de las almas.—460 sigs.  
   > no es malo creando el demonio.—197 sigs.  
 Dios en los errores.—20 sigs. 42, 44, 50 sigs. 71, 115.  
   > y el estoicismo.—56 sig.  
   > y el monismo.—50, 55.  
   > y el panlogismo.—57.  
   > y el panteísmo.—52, sigs. 117.  
 Dolor.—196, sigs.  
 Douglas.—527.  
 Doyle (C.).—555, 558, 575 sigs. 582, 658.  
 Draper.—211, 212.  
 Driesch.—275.  
 Dualismo.—121.  
 Durkeim.—50.  
 Du-Clot.—298, 302.  
 Ebión.—485.  
 Eclesiastés.—190, 228, 346, 385.  
 Ectoplasma.—556, sig. 567, 575, 578, sig. 586, 601.  
 Ebsteim.—571.  
 Eckart (J.) 65.  
 Edad de oro.—198, sigs. 202, 344.  
 Edad de piedra.—325, sigs.  
 Edda.—308.  
 Edissón.—190.  
 Eglintón.—546, 553, 566, 572.  
 Elgero (P.) 234, 569.  
 Emanatismo.—61, sig. 71, 120, 125.  
 Empédocles.—266.  
 Enciclopedia.—65.  
 Energía.—123, sig. 202, sig.  
 Eoceno.—316.  
 Epicuro.—265.  
 Escoto (Erig.).—65, 76, 156.  
 España y Amer (rev.).—545, 620.  
 Espasa (Enclp.).—19, 34, 50, 52, 55, 61, sig. 160, 246, 288, 297, 327, 329, 356, 361, 442, sigs. 496.  
 E. Esperanza.—546, 553.  
 Espinosa.—53, 55, 71, 76.  
 Espiritismo y Dios.—29, sigs. y frecuentemente.  
   > su origen.—5, 544, sig. 588, sig. 591.  
   > todo mentira.—588 sig. 593.  
   > y la teosofía.—51, 57, 397 sigs.  
   > y la moral.—490 sigs.

- Espiritismo y la libertad.**—499 sigs.  
 > y determinismo.—516.  
 > y fatalismo.—502.  
 > y el materialismo.—500.  
 > no es ciencia.—10, 559, 565, 660 sigs.  
 > es antimoral.—496, sig. 557.  
 > y Jesucristo.—480 sigs. 489.  
 > y las penas eternas.—415, 461.  
 > y la creación.—136, 149, 485.  
 > y las sectas mcas.—86.  
 > y los sabios.—255.  
 > y la locura. 524 sigs. 527, 555.  
 > y el suicidio.—521, 536.
- Espíritus, qué son.**—166 sigs. 219.  
 > desligados.—218 sigs.  
 > su variedad.—30, 229, 288 sig. 418, 487 sigs.  
 > su unión al cuerpo.—219, 277, 387 sigs.  
 > reencarnados.—386 sigs. 400, 444.  
 > su perfeccionamiento.—386 sig. 444.  
 > su progresión.—408 sig. 444.  
 > su obsesión.—501 sig.  
 > y los fenómenos espíts.—561 sigs. 618, 619 sig.
- Espíritu Santo.**—297.
- Estalactita.**—319.
- Estanislao (Fr.)**—481.
- Estóicos.**—55.
- Estrany**—232 sig. 565 sig. 575, 619.
- Eternidad de las penas.**—445 sigs. 474.  
 > del mundo.—123 sig.
- Eunomio.**—45.
- Eurípides.**—207, 210.
- Eusapia, (V. Paladino).**
- Eusebio**—297.
- Eva.**—500 sigs.  
 > (C. (V. Carriere).
- Evangelio y la reencarnación.**—451 sigs.
- Evolución, sus leyes.**—185 sigs. 72.
- Evolucionismo.**—174 sigs. 190, 262 sigs. 288.
- Existencia de Dios.**—16, 18, sig. 28 29, 42.  
 > del mundo.—124 sigs.
- Existencias, pluralidad de.**—202, 208, 586 sigs.
- Evangelios, su divinidad.**—478 sigs.  
 > y el espiritismo.—410 sigs. 488.
- Ezequiel.**—287 sigs.  
 > (C. D.).—310
- Fábregas.**—124.
- Faguet**—621 sigs.
- Falconier.**—315.
- Falsedad de los fenómenos espíts.**—561 sigs.
- Fascinación de los espíritus.**—501.
- Fatalismo.**—38, 516.
- Felicidad**—454, 496.
- Fenómenos espíritas.**—561 sigs. 618.  
 > de los mediums.—546 sig. 576 sig. 618.  
 > sus causas.—564 sig. 618.  
 > clases de.—542 sigs. 558, 565 sigs. 618.  
 > explicación del agente.—566 sigs. 630 sigs.  
 > de Huertas (L.)—597 sigs  
 > del P. Heredia (C.)—599 sigs. 618.  
 > su explicación.—600 sigs. 618, 619 sig.  
 > realidad.—560 sig. 618, 620.
- Felipe de la SSma. T.**—499.
- Fichte.**—56.
- Figuier.**—396.
- Filón.**—108.
- Filson-Young.**—575 sigs.
- Fin último eterno.**—449 sigs. 475, 507 sigs.  
 > su necesidad.—452 sig. 474, 499.  
 > y el libre albedrío.—449 sigs. 470, 499.
- Flamarion.**—8 sigs. 124, 151, 154, 150, 183, 235, 296, 566 sig. 620.
- Flourni.**—542, 570, 596, 619.
- Fosforescencia en el cuerpo humano.**—613 sig.

- Foster.—306.  
 Fourier.—65.  
 Fox.—8, 544 sig. 547, 555, 566, 589 sig. 595, 596.  
 Fouard.—481.  
 Fraas.—324, 329.  
 Franco (J. José)—421.  
 Fraudes de los mediums.—566, 569 sigs. 576, 608.  
 Fraudes (el espiritismo, todo es).—588, 593.  
 Frumbeyer.—275.  
 Fühlsóf.—312.  
 Gallerini.—465, 476.  
 Gaudry.—177.  
 Geikie.—124.  
 Geley.—556, 558, 579, 616, 620.  
 Gemelli.—614.  
 Génesis.—108, 126, 198, 210, 221, 245, 284 sigs. 345, 346 sig. 356, 454, 516.  
 > su autenticidad.—285, 295 sigs.  
 > verdad del Cap.—114, 285, 293 sigs. 297.  
 Generación.—485.  
 > espontánea.—262 sigs. 288.  
 Genovillan.—155.  
 Geología.—149, 315 sig. 319.  
 Geoffroy.—270, 291.  
 Gibier.—253, 538, 553, 566.  
 Gilbert.—587 sig.  
 Gimeno Eyto.—493 sigs. 504, 507.  
 Gtordano Bruno.—65, 290.  
 Gladstone.—554.  
 Glacial (periodo) 327, sig.  
 Göete.—200, 650.  
 González.—(M.).—35.  
 González Vélez.—251, 265.  
 González (Cef.).—165, 225, 317.  
 Granes.—380.  
 Grasset.—255, 566, 570, 584, 607, 617, 621, sig.  
 Graty.—22.  
 Gregorio XIII.—385.  
 Gruber.—617.  
 Guizot.—331, 335.  
 Günter.—250.  
 Gutberlet.—152.  
 Haeckel.—52, 117, 160, 174, 264, 268, sig. 275, sigs. 312.  
 Hamard.—322.  
 Harduin.—584.  
 Harnak.—99.  
 Harris.—517.  
 Hartmann Edvon.—262.  
 Hartmann.—54, 74.  
 Hatch.—526.  
 Haynes (E. S. P.).—659.  
 Hegel.—25, 46, 55, 57, 357.  
 Hennequin.—536.  
 Heráclito.—54.  
 Heraldo de Cuba (periódico) 585, sig. 588, 611, 616.  
 Heredia.—521, 524, 544, sig. 599, sig. 614.  
 Hermann Vosen.—22, 122, 139, 145, 202, 205, 306, 455, 456, 468.  
 Hermas.—127.  
 Herodoto.—321, 442, sig.  
 Herranz.—22.  
 Herrera.—474.  
 Hesiodo.—199, 309, 345.  
 Hettinger.—126, 129, 257, 260, sig. 344, 355, 397, sigs.  
 Hetzenauer.—109, 245, 284, 296, 302, sig. 346, 356.  
 Hijo de Dios.—484.  
 Hilario (Saint).—270, 457.  
 Heutze.—580.  
 Hipólito (S.).—54, 154.  
 Hirscher.—157, His.—274.  
 Hodgson.—252, 569, 570.  
 Hombre sus componentes.—375, sigs.  
 > su origen.—282, sig. 288.  
 > su antigüedad.—292, sigs. 311, sig.  
 > y el mal.—201, sigs. 208, sigs.  
 > en el sueño.—377, 379.  
 Home.—233, 546, sigs. 566, 569, 599.  
 Homero.—199.  
 Honorio.—111, 65.

- Hope.—582.  
 Horacio.—201, 509.  
 Houduni.—575, sig. 587.  
 Huertas (L.).—597, sigs.  
 Hume.—8.  
 Hudson Tuttle.—622.  
 Huggins.—562.  
 Hüllman.—351.  
 Humboldt.—263, 291.  
 Hunt.—512  
 Hurter.—458.  
 Husley.—264, 271, 562.  
 Ibeas (P.).—542.  
 Iberreta.—294.  
 Iglesia (La) obra de Dios.—16, 477  
   *sigs.*  
   > enseñanzas de Dios.—18,  
   *sigs.* 28.  
   > su grandeza.—418.  
   > y el espismo.—665  
 Ignacio (S. M.) 110.—  
 Inercia.—89, 205.  
 Infierno.—384, 388, 437, sigs. 479.  
   > su existencia.—445, sigs.  
   > qué es.—453, sigs. 475.  
   > es eterno.—454, sigs. 475.  
   > objeciones contra.—458 sigs.  
   475.  
   > y Dios.—454, sigs. 475.  
   > y el Evangelio.—458 sigs. 462  
 Infinito.—115, 122, 336.  
 Infinito y lo finito.—338, sigs.  
 Ingenieros (J).—251, 265.  
 Inmanencia.—26, 56.  
 Inmoralidad del espimo.—499, sigs.  
   537.  
 Inocencio III.—65.  
 Instinto.—175, sig. 183, 218, sigs.  
 Inteligencia.—167, sigs.—169, sigs.  
   179, sigs. 318, sigs. 624.  
   > del universo.—169, sigs.  
   > de Dios.—625.  
   > de los ángeles.—624.  
 Invulnerabilidad (mediúmnica).—  
   602, sigs.  
 Ireneo.—460.  
 Isaias.—109, 236.  
 Jacob.—296, 135.  
 Jacobi.—58.  
 Jacquemin.—89.  
 James (C.).—291.  
 James (W.).—20.  
 Janet.—595, 606.  
 Jaujey.—45, 63, 127, sig. 287, 320,  
   323, 336, 443.  
 Jerarquías angélicas.—624.  
 Jeremías.—236.  
 Jerónimo (S.) 156, 206, 245, 309,  
   458, sig. 481.  
 Jesucristo.—16, 103, 105, 148, sig.  
   241, sig. 312, 453, sigs. 456, 463,  
   476, sigs. 489, 491, 498, 505, 539.  
 Job.—355.  
 Joel.—109.  
 Johnston.—380, 399, sig. 428.  
 Juan de la Cruz (S.)—525.  
 Juan (S.).—98, 103, 109, 110, 237,  
   sig. 435 436 sig. 460, 462, 482,  
   sigs. 531.  
 Juicio.—353, 388.  
 Justicia y sus divisiones.—215 sigs.  
   > de Dios y el infierno.—464,  
   *sigs.*  
   > en la creación de las almas,  
   214, sigs.  
 Kant.—23, 46, 56, 132, 157, 255, 259,  
   497.  
 Katie-King.—548, 564.  
 Kelwin.—124.  
 Kemnitz.—579.  
 Kilner.—613.  
 Kleutgen.—22.  
 Krause.—62 sig.  
 Lactancio.—127, 309.  
 Laercio.—191.  
 Lagrange.—294, 443.  
 Lamark.—161, 266, 270.  
 Laménais.—447.  
 Lankester.—569.  
 Laponi.—235, 494, 535, 562, sig.  
 Lapparent.—528, sig. 527.  
 Lawrence.—306.  
 Lázaro.—436.  
 Lebont.—584, 595.  
 Leibnitz.—157, 467.

- León (M.).—245, sig. 247.  
 León XIII.—67.  
 Lessing.—58.  
 Leroux.—63.  
 Leucipo.—265.  
 Levitación.—552, 554, 556, 560, 570,  
 84, 603 sigs. 612.  
 Leumarie.—571.  
 Libertad.—204, 205 sigs. 417 sigs.  
 422, 449, 469 sigs. 498 sigs.  
 Litre.—20, 75.  
 Locura en el espítismo.—524 sigs.  
 555 sig.  
 Lombroso.—255, 548 sig. 552, 566,  
 618.  
 López, Novoa.—523.  
 López, del Valle.—526.  
 López, Quintín.—85, 145, 185, 198.  
 245, 265, 280 sig. 284, 292 sigs,  
 334 sig. 357 sig. 409, 417, 525.  
 Lottini.—429.  
 Lubookk.—512, 528, 562.  
 Lucas (S.).—109, 297, 489, 505.  
 Luciano.—199.  
 Lucrecio.—265.  
 Luchas de las partes del hombre.  
 —209 sigs. 212, 344, 362.  
 Lujambio (Mateo).—36, 41, 85, 161,  
 184, 396.  
 Lulio (Raimundo).—91, 97.  
 Lyel.—312, 316, 319 320, 328.  
 Mackenzie.—545.  
 Macroespíritu.—185.  
 Magazine de la Raza.—555.  
 Maignage. (T.).—444, 615, 620.  
 Mal, armonía del.—203 sigs.  
 » su aparición.—201 sigs.  
 » físico.—203 sigs. 207.  
 » moral.—207 sigs.  
 » y Dios.—196 sigs.  
 Mansi.—45, 64 sig. 246.  
 Manston.—328.  
 Manterola.—653, 655, 656, 642 sig.  
 656.  
 Manvantara.—37, 78.  
 Marcelo del N. J.—157, 266 sigs.  
 271, 575, 429, 497, 499.  
 Marcos (S.).—457, 489.  
 María (la Virgen).—479.  
 Marina (Diario de la)—8, 31, 79,  
 317, 440 sig. 524 sig. 529, 531,  
 586, 611, 615.  
 Marta.—436.  
 Martín del Rio.—560, 615.  
 Martínez (Z.).—155, 162, 267, 271.  
 Massaguer.—444, 494, 542, 662.  
 Mateo (S.).—98, 109, 455, 456 sig.  
 459 sig.  
 Materia.—68, 104, 120 sigs. 186  
 sigs.  
 » no es eterna.—117 sig, 134,  
 136, 141.  
 » es mudable.—68.  
 Materialismo.—71, 120.  
 Materializaciones (espíritas).—548.  
 553, 557, 560, 569, 579, 601, 612  
 sig.  
 Maxuel.—596 sig. 612.  
 Mazzella.—19, 127, 245, 310.  
 Mediums, qué son.—230, 563 sigs. 6.  
 » su psicología.—231 sigs. 563  
 sig.  
 » su veracidad.—563 sigs. 618.  
 » principales.—230 sig. 546,  
 564 sigs. 593.  
 » videntes.—535.  
 » fenómenos de los.—540 sigs.  
 618, 619 sigs.  
 » y la libertad.—528.  
 » y la locura.—524 sig. 535 sigs.  
 » y el nerviosismo.—535 sigs.  
 » y el ectoplasma.—578 sigs.  
 606, 612.  
 Mediumnidad, sus causas.—619.  
 Melchor Cano.—245.  
 Mella (V. Vázquez).—  
 Memoria, de la preexistencia.—426  
 sigs.  
 Menéndez y Pelayo.—5, 74, 92, 97,  
 325, 328, 560, 665.  
 Mercier.—105, 170, 181, 187, 249  
 sigs. 375, 405, 660.  
 Mesas giratorias.—600 sigs. 612.  
 Metapsíquica.—539 sigs. 556 sig.  
 594 sig.  
 Metempsicosis.—182, 249, 356 sigs.  
 444.

- Metempsicosis y Pitágoras.—441 sig.  
 > y pueblos antiguos.—442 sig.  
 Microspóritu.—185, 195.  
 Michelet.—21.  
 Milagros de J. y el espismo.—481 sigs.  
 Mioceno.—516.  
 Mirville.—536.  
 Mir (M.)—527.  
 Misericordia de Dios y la condenación.—465 sig.  
 Misterio.—7.  
 Mivart.—266, 270, 285.  
 Modernismo.—26 sig. 46, 355.  
 Moigno.—324, 396.  
 Moisés.—285 sigs. 295, sigs. 300, 315, 368 sig. 487 sig.  
 Moleschot.—154.  
 Monismo.—50 sigs. 71, 84, 115.  
 Monogenismo.—298 sigs. 310.  
 Moral, qué es.—497, 515.  
 > y la Iglesia.—492 sigs.  
 Moralidad.—66, 491.  
 Morán.—666.  
 Moreno.—551.  
 Morgan.—8, 562.  
 Morlot.—325.  
 Morselli.—567.  
 Mortificación y el espismo.—508.  
 Mortillet.—299, 312, 316, 320, 324, 328.  
 Morton.—309.  
 Moulin-Quignon (mandíbula de).—313.  
 Mousseaux.—552.  
 Muñoz. Sáenz.—495.  
 Müller (M.)—510.  
 Mundo y Dios.—117 sigs. 154, 156, 149.  
 Mutabilidad, de la materia.—68.  
 Naturaleza de Dios.—49 sigs.  
 Naudin.—267, 270.  
 Nicodemo.—437 sig.  
 Nielsen.—582.  
 Niño Pecoraro.—585 sig.  
 Noé.—296.  
 Notzing. (Vi. Schrenck).  
 Nufiez de Arce.—161.  
 Obsesión de los espíritus.—507 sig.  
 Ojea Márquez.—77.  
 Ontologismo.—22, 45 sig.  
 Orbigny.—322.  
 Origen del alma.—155 sig. 220 sig.  
 > del espiritismo.—589 sig. 693.  
 > del hombre.—262 sigs. 288.  
 > del mal.—201 sigs. 213.  
 Orígenes.—127, 156, 202, 245.  
 Ortiz (F.)—107, 174, 182, 218, 276, 418 sig.  
 Oswald.—125.  
 Ovidio.—198 sig. 207, 210, 309, 321.  
 Owen.—270, 326.  
 Pablo (S.)—14, 19, 95, 116, 129, 211, 297, 385, 460 sig.  
 País (Frco.).—512, 517, 520.  
 Paladino (E.)—9, 225, 546, 548 sigs. 553, 566, 567 sigs. 570, 610.  
 Paleontología.—124, 149, 322 sigs.  
 Palingenesia.—403 sigs.  
 Palmieri.—158, 374.  
 Panenteísmo.—62, 84.  
 Panteísmo.—37, 46, 52 sigs. 65, 71, 84, 117, 120, 125, 131, 402 sigs.  
 Pantelismo.—59.  
 Papias.—384.  
 Pascal.—257.  
 Pasteur.—276.  
 Paulsen.—50.  
 Pedro (S.)—19, 461.  
 Pedro Lombardo.—240.  
 Pecado (qué es).—555 sigs. 466 sigs.  
 > y Dios.—466 sigs.  
 > original, la razón.—551.  
 Peirere.—290.  
 Penas eternas.—444 sigs.  
 Periespíritu.—177, 194, 202, 225 sigs. 228, 259, 277 sigs. 387 sigs.  
 Periodos (geológicos).—316 sigs.  
 Perrone.—538.  
 Personal (Dios).—59, 70, 78, 85.  
 Personalidad (de Adán).—29 sigs. 298.

- Personas en Dios.—91.  
 Perthes.—177, 319.  
 Perujo.—191, 226, 240, 248, 371, 468, 521, 537.  
 Peters.—294  
 Petrie.—328.  
 Pierre.—611.  
 Pío IX.—21, 66, 135, 374.  
   > X.—27, 66 sig.  
 Pitágoras.—191, 236, 403.  
 Platón.—102, 121, 156, 199, 202, 256, 328, 345, 348, 459, 479.  
 Plioceno.—316, 318.  
 Plutarco.—259.  
 Policarpo (S.).—110.  
 Poligenismo.—291 sigs.  
 Positivismo.—43.  
 Potencias espirituales, en el trance.  
 Pozy.—336.  
 Pralata.—37, 78.  
 Preadamismo.—290 sigs. 305.  
 Preexistencia (de las almas).—156 sigs. 164 sigs. 172 190 sigs. 241, 360 sigs. 444.  
   > la Iglesia y el espismo. 242 sigs. 256. 386 sig. 440.  
   > y el Evangelio.—432 sigs.  
   > y la personalidad.—249.  
 Predeterminación (de Dios).—468.  
 Presciencia (de Dios).—468, 472.  
 Price.—582.  
 Protestantismo.—65.  
 Providencia.—134, 215.  
 Purgación.—415 sig. 524.  
 Purgatorio.—384.  
 Quatrefages.—263, 270, 276, 287, 299, 513.  
 Quenstedt.—329.  
 Ranke.—329.  
 Raps.—54 sig. 592, 600, 611, sig. 621.  
   > su producción.—612.  
 Raúlca.—25.  
 Razas (variedad).—306 sig. 309, 310.  
 Razón y el error.—115.  
 Razón y Fe (rev.).—276, 521, 621.  
 Razón y lo sobrenatural.—115.  
 Redención.—487.  
 Redi.—263.  
 Reencarnación y el Evangelio.—433 sigs.  
   > (Vd. preexistencia y metempsi-  
   cosis).  
   > y resurrección.—435 sigs.  
 Reid.—22.  
 Resurrección.—435 sigs. 487.  
 Revelación.—450 sig.  
   > y el espiritismo.—450 sig.  
 Revista Católica.—527, 537, 573, 581, 620.  
 Ribeiro.—316, 323.  
 Ricciolo.—312.  
 Richart.—326.  
 Richet.—233, 540, 541 sig. 552, 554, 557, 562, 566 sig. 572, 578 sig. 616.  
 Ristche.—351.  
 Rivail (H.) vid. Allan-K.  
 Rochas.—371.  
 Rodríguez (Ildefonso).—36, 78, 89, 123, 124, 148, 161 sig. 225, 268 sig. 296, 313, 315 sigs. 326 sigs. 318, 533.  
 Rosminio.—46, 55, 67, 157.  
 Rossi.—321.  
 Rusiking.—489.  
 Rithem.—11, 351, 566, 570.  
 Roure.—615.  
 Rousseau.—258, 447, 465, 478 sig.  
 Ruthendouf.—124.  
 Saavedra.—265, 269, 275.  
 Saint-Hilaire.—267, 330, 333.  
 Saicedo (Angel).—318, 320, 324.  
 Salmaticensea.—90, 209, 212, 363, 450, 472, sig.  
 Salvación del alma.—467 sigs.  
 Sanchionatón.—308.  
 San Simón (E. de)—63.  
 Saporta.—321.  
 Schanz.—50 sig. 52, 53, 125, 152, 189, 321, 326, 328.  
 Shelling.—57, 61, 157, 410.  
 Schiaparelli.—8, 238, 552 566 sig.  
 Schlieman.—325.  
 Schopenhauer.—493.

- Schrenck-Notzing.—557, 579, 613, sig. 616 sig.
- Seailles.—154.
- Serres y Agasiz.—267, 496.
- Sesiones espíritas.—9 sigs. 532 sig. 544 sig. 558, 561 sig. 566.
- Siecwiciz.—566.
- Silverio de Sta. T.—492.
- Símbolo Apostólico.—19, 99, 111, 129.
- Slade.—8, 233, 546, 553, 566, 567, 569 sig.
- Smith.—11, 570.
- Sobrenatural, existencia, qué es.—  
330 sigs. 348, 352 sigs. 363, 370.  
» ontológico.—339 sigs. 348.  
» histórico.—343 sigs. 348.  
» y la razón.—115.
- Sócrates.—479.
- Solidaridad.—364 sigs.
- Solipsismo.—115.
- Soriano (M).—145, 249, 410, 422, 293.
- Soury.—155.
- Spencer.—20, 43 sig. 45, 73, 275.
- Stael.—207.
- Steenkiste.—481.
- Steffens.—157.
- Stike.—434 sig.
- Strauss.—263 sig. 357.
- Stuard Mill.—122.
- Suarez.—209.
- Subconsciencia.—46.
- Subyugación de los espíritus.—501.
- Suicidio y el espiritismo.—521, 536.
- Sustancia.—61 sigs.  
» su naturaleza.—50 sigs.  
» subsistente (Dios).—49, 70.
- Sustancialidad de Dios.—68 sigs.
- Swedenberg.—5
- Tácito.—326.
- Tamburini.—549.
- Tanqueray.—346, 352.
- Telekinesias.—558.
- Teófilo (S.) 128.
- Teosofía y espsmo. 31, 37, 146, 423.
- Teresa (Sta.) 81, 102.
- Tertuliano.—127, 460.
- Thomson.—264.
- Thuzston.—583.
- Tierra (sus alteraciones).—316 sigs.
- Tisandier.—535.
- Tomás de Aquino (Sto.).—21, 22, sigs. 44, 55, 70, 102, 132, 156, 170, 216, 220 sigs. 237, 243 sig. 247, 262, 332, 353 sigs. 362, 404 sig. 450, 466, 623, 639.
- Tongiorgi.—374.
- Toribio (Sto.) 243.
- Tournemino.—312.
- Tradicionalismo.—22.
- Traducianismo.—155 sig. 177 sig.
- Francz.—418, 601 sigs.
- Transformismo.—265 sigs. 283.  
» sus leyes.—260 sigs.
- Trinidad (Sma.)—96 sigs 100, 102, 106 sig.  
» es necesaria.—98, 106 sig.  
» dignifica.—106 sig.  
» falsa.—101.  
» griega.—101.  
» en el espiritismo.—103 sigs. 113.
- Turbera.—318.
- Turgeón.—523.
- Tyndal.—264, 562.
- Ugarte (Erc.) 192, 256, 407, 428, 447, 456, 521, 525, 533 sigs. 599 sigs. 619 sigs.
- Unicidad (de Dios).—70.
- Unidad personal.—249 sigs.
- Unidad humana —  
» en el panteísmo.—59.
- Urráburu.—45 165 sig, 189, 291, 308 sig. 319 sigs. 424.
- Val (Hon. del).—22, 26, 45 sig. 102, 457, 459.
- Valbuena. (F.)—99, 101, 129, 274, sigs. 286, 297, 422 sig.
- Valentín (Cam.)—282, 444, 662.
- Valentiña.—593 sig.
- Varley.—562.
- Varrón.—345.
- Vázquez Mella (de).—23, 25, 59, 63,

- 93 sigs. 98, 117, 120, 122, 125, 135, 185, 477, sig.
- Verbo.—484.
- Vigil.—257.
- Vigilio (Papa).—246.
- Vignoles.—312.
- Vigorous.—290, 332.
- Virgilio.—199, 200, 322, 462
- Virtud.—209.
- Visión a través de los objetos.—  
602, sigs. 615.
- » mediúmnica.—602 sigs.
- Vogt.—154, 271, 299, 301.
- Voltaire.—201, 298, 345, 466, 447.
- Vossen (vid. Harman).—
- Wagner.—269.
- Walace.—233, 267, 562 sig. 566.
- Weckman.—7
- Weis.—345, 352, 367. 454. 650-651.
- Wiklef.—54.
- Williams.—577.
- Willems (C).—20 sig. 34, 46, 59, 271, 327, 621.
- Winslow.—524, 557.
- Wissemann.—306.
- Wolf.—317
- Wood.—554.
- Woodhrull.—522.
- Wundt.—53, 269, 569.
- Zaccarini.—546, 554, 570 sigs.
- Zachi.—616.
- Zahn.—19.
- Zayas Bazán.—525.
- Zigliara 62, 169, 231.
- Zoellner.—8, 552, 562.
- Zubizarreta (Fr. V.)—5, 21, 33, 45 sig. 79, 99, 107, 109, 126 sig. 157 sigs. 209, 232, 353, 361, 563, 494, 660.
- Zuinglio.—469

# INDICE

---

Pág.

## CAPITULO PRIMERO

### *Algo de historia espírita general y particular*

Cuentos y leyendas.—Tiempos de la magia.—Sabio que no lo parece.—Allan Kardec.—Desarrollo del espiritismo.—Fuerza de lo misterioso.—Mesas giratorias.—W. Crookes.—En lo ignoto.—Lo que dice el señor Coris.—Por qué lo dice.—Afirmaciones católicas y afirmaciones espiritistas.—¿Existe oposición entre unas y otras?—Erróneo parecer del Sr. Pintor.—Luz y penumbra.—El espiritismo.

5

## CAPITULO II

### *La Divinidad*

Piedra angular.—Primer eslabón.—Antes que nada Dios.—Cuestión fundamental que se ha de ventilar.

16

## ARTICULO PRIMERO

### *La existencia de Dios en la Iglesia y en la razón*

¿Qué dice la Iglesia de la presente cuestión?—Creo en Dios.—Símbolo apostólico.—Símbolo niceno.—Concilio vaticano.—La tesis en el orden ontológico y en el lógico.—Positivismo, pragmatismo y tradicionalismo.—Existe un solo Dios verdadero y vivo.—Ontologistas y sentimentalistas.—El vizconde de Bonald.—El criticismo de Kant.—Hablan los PP. del Concilio.—Significado de sus palabras.—Fuerza de la argumentación A POSTERIORI.—Reloj de bolsillo.—¿Certeza o demostración?—Santo Tomás, el Concilio y la Encíclica PASCENDI —Juramento contra el modernismo.—La razón y la revelación afirmadas por la Iglesia.—¿Qué dice el espiritismo?

18

## ARTICULO II

*La existencia de Dios en el espiritismo*

Enojosa tarea.—Espíritus ligeros.—En el laberinto.—¿Dónde está Ariadna?—Infancia del espiritismo.—Eterna vacilación.—Diferentes pareceres.—¿Qué sienten en la cuestión fundamental?—Allan-Kardec afirma y después niega.—Lo infinito e inmaterial.—Jackson Davis.—Sus teorías y las de sus discípulos.—Verdadera afirmación espiritista.—El espiritismo moderno es atea.—Lo que dicen González Soriano y Mateo Lujambio.—Una MANVANTARA.—¿Qué dice el Sr. Coris?—Discípulo aprovechado.—Frente al Sr. Monterde, presbítero.—Niega lo que la Iglesia afirma.—Su dios, el dios hilozoísta.

29

## CAPITULO III

*La esencia divina*

El poeta helénico.—Es de admirar pero no de imitar.—El agnosticismo.—Su falsa posición.—Podemos conocer la naturaleza de Dios.—Conocimiento quidativo y analógico.—Aecio y los begardos.—Ontologistas.—La Iglesia frente a ellos.—Pantefistas y modernistas.—Aparato científico.—¿Qué dice la Iglesia?—Axioma de la antigua escuela.—El Damasceno.

45

## ARTICULO PRIMERO

*La esencia o naturaleza de Dios, según diversos sistemas*

Lo necesario para seguir adelante.—Afirmación unánime de los concilios.—Monismo materialista.—Monismo mecanicista.—Monismo idealista.—Una objeción.—Fácil tránsito.—Aquel asciende y este desciende.—Escuela indiana.—El dios de Heráclito.—Amalrico de bene.—Rosmini y Espinoza.—Pantefismo lógico.—Fichte, Schelling y Hegel.—Pantelismo.—Una buena cita.—El emanatismo.—El pantefismo de Krause.—Fourier y el sacerdocio.

49

## ARTICULO II

*La doctrina de la Iglesia*

La doctrina católica.—El primer concilio toledano y el priscilianismo.—Sentencia del Lateranense IV.—De nada sirve el movi-

miento parabólico.—La voz de Pío IX y la definición vaticana.—La substancialidad divina.—Primero es existir que obrar.—Yo soy el que soy.—Hay que desechar la materia y aceptar el espíritu.—Clave de los misterios.—No hay razón para limitar la divinidad.—unidad y simplicidad de Dios.—Dios es persona.

64

## ARTICULO III

### *La doctrina espiritista*

Qué opina Allan-K. en esta materia.—Constante fluctuación.—Spencer y Littré.—Kardec y Avicibrón.—El principio vital ¿es propiedad de la materia?—Matiz panteísta.—Jakson Davis es más claro.—Su dios el de los Brahamanes.—¿A quién sigue el mundo espiritista?—El autor del «espiritismo ante la ciencia» y el de «en la frontera del otro mundo».—Base del edificio espiritista.—El teosofismo es panteísta.—Lo que dice persona caracterizada.—Pincelada del Sr. Coris.—La teología de Monterde.—Lo que diría Balme de Tomás Bazán.—Monterde es panteísta.—Juzgue el lector.—Quintín López y Lujambio Aladro —Sus afirmaciones panteístas.

72

## CAPITULO IV

### *La Trinidad*

Nuevas investigaciones.—El espiritismo y las sectas masónicas —Siguiendo las huellas de la Iglesia.—El conocimiento analógico.

86

## ARTICULO PRIMERO

### *El misterio de la Trinidad es algo esencial a la naturaleza divina*

Mr. Cousín.—Seres solitarios en perpetuo silencio.—Seres activos y fecundos.—¿Dios no ha de tener lo que estos?—Leyes psíquicas.—Aplicaciones a la substancia infinita.—No puede haber dos infinitos.—Las dos subsistencias.—Una tercera subsistencia.—Doctrina de Lulio.—Raciocinio de A. Nicolás.—Apodéfica argumentación de Mella.—Demostración indirecta de la Trinidad.—Cabo suelto.—Nuestro parecer.—O Trinidad o ateísmo.—Los símbolos y la didaché.—El primer concilio toledano.—El Bracarense.—Sublimidad del augusto misterio.—No puede venir sino del cielo.—La Trinidad en la historia.

88

## ARTICULO II

*La Trinidad y el espiritismo*

Silencio espiritista.—Lo prohíben los espíritus.—El error, su propio sepulturero.—¿Qué dice Allan-Kardec?—Sus condiciones.—León Denis.—Su doctrina antitrinitaria.—Lamentable error.—Sin la Trinidad nada se explica.—O abrazarse con la Trinidad o renunciar a la verdadera noción divina.—Ley matemática que no lo es.—Segunda objeción de Denis.—El Antiguo y Nuevo Testamento.—Farsa mal tejida.—Los padres antiguos.—Original trinidad de L. Denis.—Afirma el ateísmo.

105

## CAPITULO V

*Dios y la creación*

Supuestas antilogías.—Qué dice el C. Vaticano.—Estéril empeño de los espiritistas.—Impotencia de [la razón.—Solipsismo y nihilismo.—Divinidad estática y dinámica.—Infinito positivo e infinito negativo.—Tesis fundamental.—Un poco de fermento.—Huelgan todas las religiones.—Cuatro relaciones diversas.

114

## ARTICULO PRIMERO

*La enseñanza católica*

Distinción entre Dios y el hombre.—Inversión de términos, e identidad de resultancias.—Ley de relatividad.—Serie infinita de alteraciones.—Mr. W. Oswald.—Mr. Flamarión.—Geología y paleontología.—Anatemas del C. Vaticano.—Relación de dependencia.—La unidad más admirable.—La primera página de Moisés.—Los PP. y la creación.—Lactancio y el panteísmo monístico.—San Agustín y el dualismo.—Donoso Cortés.—El Apóstol y la Iglesia.—El último concilio.—Las inmaculadas de Murillo.—Negación que se convierte en afirmación.—Finalidad de la obra de Dios.—Astrónomo francés.—Filosofía kantiana.—El ángel de las escuelas.—El fin más sublime.—¿Qué le importa a Dios?—Breve análisis.—Pío IX.—Síntesis final.

119

## ARTICULO II

*La teoría espiritista*

¿Qué dice el espiritismo?—Núcleo de la cuestión.—Aplicación de postulados.—Jakson Davis y los suyos.—Allan-K.—Su doctrina.

na creacionista.—Parece que no és.—No hay lugar a duda racional.—El presidente de un congreso.—Panteísmo de los espiritistas.—Pruebas que algo valen.—Periodos de actividad y de reposo.—Mrs. Besant.—M. Soriano.—Q. López.—El Sr. Monterde.—Orden providencialista y teológico.—Vestido ajeno.—La formación de nuestro planeta. 136

## CAPITULO VI

### *El alma*

Cortejo fúnebre.—Canilo Flamarión.—Las telarañas de León Denis.—Trasnochadas cantinelas.—Insostenible posición de las doctrinas espíritas.—La clave de lo infinito.—Necesidad del principio cognoscente.—Afirmación de Gutberlet.—Importancia del alma.—La primera caída.—Los valores del espiritismo.—La ciencia oculta garantiza.—Jorge Genovillat y el espiritismo. 150

## ARTICULO PRIMERO

### *¿Qué es el alma? ¿Cuándo empezó a existir?*

Allan-K afirma el alma.—El espiritismo y el materialismo en la presente cuestión.—Brunetiere y Balmes.—No es la afirmación del espiritismo.—Complejidad de la afirmación de Allan-K.—El alma ¿tiene principio o carece de él?—Qué opina el traducianismo.—El sentir de Platón y de los platónicos.—Originistas y priscilianistas.—Teoría de Leibnitz, Kant y Steffens.—Bandera de los espiritistas.—Es una sin razón, dice Paimieri.—¿Es posible la preexistencia en el espiritismo?—Axiomas fundamentales.—¿Es el alma una emanación de la Divinidad?—Absurdos inaceptables.—Unidad monística de la materia.—A dónde nos conduce.—Davis y Haecckel.—El alma éter.—Lamarch.—Hay que abrazarse con las consecuencias.—Lo que pide el accidente.—La preexistencia no se compagina con la abstracción y el accidente. 154

## ARTICULO II

### *La naturaleza del alma y su preexistencia en el espiritismo kardeciano*

Lo que afirma Denizart.—Un dilema espírita.—Afirmar no es probar.—El espíritu encarnado.—¿Ante una substancia completa? Falsos sillares.—Algunas citas de Allan.—Origen de la inteligencia.—Contradicción palmaria.—Dios alma.—Panteísmo o nirvana.—Inteligencia y espíritu.—Dotes peregrinas de éste.—La existen-

cia del espíritu.—No hay categoría.—La teoría de Kardec.—Fácil deducción.—El alma sumida en la abstracción.

164

### ARTICULO III

#### *El alma ¿es materia o espiritual en el espiritismo kardeciano?*

Reverso de la medalla.—Fernando Ortiz y el evolucionismo de los espíritas.—Los espiritistas admiten la hipótesis darwiniana.—Gabriel Delanne y el parentesco del alma con los reinos inferiores.—Identidad del alma y del espíritu zoológico de los kardecianos.—Tamiz del principio inteligente—Estado embrionario del espíritu.—La justicia divina y la zoología.—El instinto y la inteligencia.—Evolución del espíritu.—No se da discontinuidad física en la naturaleza.—El hombre y la planta.—El microespíritu y el macroespíritu.—Del organismo a la vida, de la vida a la inteligencia—Las distintas ramas del árbol.—Ley de la transformación.—El espíritu es materia.—Testimonio de L. Denis.—Siguen citas espiritistas.—La molécula en la máquina neumática y fuera de ella.—El filósofo de Vich.—Allan-K. defiende el espíritu material.—¿Puede hablarse de preexistencianismo?—Espejismo del edificio espírita.

175

### CAPITULO VII

#### *La preexistencia, sus fundamentos filosóficos e históricos*

### ARTICULO PRIMERO

#### *Filosofía del Espiritismo*

El teólogo Perujo.—Aforismo de Laercio.—Pretensión del viejo maestro.—Doctrina recojida por los nuevos discípulos.—Fundamento de la preexistencia.—Género de argumentación.—¿Cómo lo prueba el espiritismo?—Tres puntos de la cuestión.—Aprietos de los ocultistas—No ensalzan, deprimen la justicia divina.—Producen la estridencia en el concepto universal.—También la del divino.—Niega la divinidad—Nuevas especulaciones.

191

#### § 1.º

#### *La raíz del mal y la preexistencia*

Cuadro sombrío.—¿Quién lo ha cincelado?—O Dios o la criatura.—Argumentación deficiente.—Se confunde lo que se debiera distinguir.—El por qué de los males.—No siempre hubo espinas.

—La edad de oro y los SS. Padres.—Göete.—Lo que piensa Voltaire.—Bastaría la doctrina del Karma.—Precipitación de los espiritistas.—Males físicos y morales.—Ley zoológica.—O no se concibe el universo o representa la imagen de Dios.—Génesis de la variedad física.—Males de la humanidad.—¿Por qué ha de sufrir?—Ley de la naturaleza pasible.—La sabiduría de Dios.—La libertad en acción.—Antes de destruirla, existan los males.—Los SS. Padres.—Raíz del mal moral.—No puede estar en Dios.—Analicemos la naturaleza.—Suarez y los Salmaticenses.—Fuerzas contrarias.—Sublimidades que le encantan.—Pequeñeces que le arrastran.—Buena es la naturaleza sensitiva y también la espiritual.—Armonía divina.—El por qué del conflicto.—Horrible lucha.—¿Quién vencerá?—Cita de Balmes.—Reinado de la concupiscencia.—Clave de la solución.

196

## § 2.º

### *Resolviendo una objeción*

Objeción espírita.—Prueba AD HOMINEM.—Tres clases de justicia.—No se falta a ninguna de las tres.—Es blasfematoria.—La Providencia.—Ignorancia e instinto de los espíritus.—Inclinación que degrada.—Argumentación del angélico.—Inutilidad de la réplica.—Necesidad de la variedad.—Perfectiva gradación.—¿Qué dicen los espiritistas?—El espiritismo en tinieblas.—Qué es el periespíritu.—Textos del ocultismo.—Luego niega la preexistencia.

214

## ARTICULO II

### *Pruebas extrínsecas*

Tienen obligación de probar.—Ni vemos ni oímos al espírita.—El sexto sentido.—Los espíritus burlones.—Admitamos la hipótesis.—Los mediums y los instrumentos de que se sirven.—Cualidades de la autoridad.—El Cardenal Zigliara.—Los mediums ¿reunen esas cualidades?—La C del S. Oficio.—Comas y Solá.—Est-rany.—El Dr. Lapponi.—Los espíritus confirman.—Allan-K. y el sentido común.—Ni los espíritus, ni los mediums, ni Kardec.—El veredicto de los sabios.—La autoridad de los sabios nada vale.—Los únicos Doctores.—En contradicción consigo mismos.—Textos escriturísticos.—Inútiles esfuerzos.—Arbitrariedades espíritas.—Interpretación recta.

227

## ARTICULO III

### *La Iglesia, la teología y la filosofía*

Doctrina de la Iglesia.—Lamentable error.—Magisterio solemne y ordinario.—Primera afirmación de la Iglesia.—Los Concilios

lateranense IV y vat.—Los Doctores.—S. León M.—El Papa Vigilio.—El Concilio Bracarense II.—Preexistencianismo mitigado.—Condenación explícita.—Identidad substancial de los errores.—Razonable proceder de la Iglesia.—Importancia del yo humano.—Su constitutivo.—Balmes y Mercier.—Unidad substancial.—Ni el alma ni el cuerpo.—Los dos juntos.—La teoría espiritista destruye el fundamento.—Niega el testimonio de la conciencia.—Monstruosa aberración.

242

## CAPITULO VIII

### *La mácula de la naturaleza y el origen del hombre*

Confesión de la filosofía.—Cuestión importante.—Lo que decía Pascal.—La clave de los errores modernos.—Donoso Cortés.—Los pensadores oculistas reconocen la importancia.—Nadie le creyó.—Palabras de Plutarco y de Kant.—El equilibrio humano.—Observación de Hettinger.—Cuestiones previas.

258

## ARTICULO PRIMERO

### *El origen científico-espírita del hombre*

La generación espontánea.—Quatrefages y Virchow.—Los espiritistas recogiendo DETRITUS.—El hombre producto de la generación espontánea.—El análisis de Pasteur.—El Transformismo.—Base de la doctrina transformista.—Atomismo antiguo.—El transformismo en el pasado siglo.—La teoría de Lamarck.—El Darwin germánico.—Cómo se formó la vida.—Genealogía del hombre.—El autogenismo no es admisible.—Burmeister y A. Dastre se equivocan.—El darwinismo se opone a las ciencias naturales.—La ley biogénica de Haeckel.—Las fototipografías.—El Dr. Bras descubre el fraude.—Humillante confesión.—El espiritismo se abraza con la falsa hipótesis.—Los secuaces de Jackson y los admiradores de Allan-Kardec.—El transformismo de un libro espírita.—Q. López espiritista y transformista.

262

## ARTICULO II

### *El verdadero origen del hombre*

Lamentable equivocación.—Tesis creacionista de la Iglesia.—El Concilio IV. L.—El Vaticano.—Doctrina del Génesis.—Las ciencias humanas confirman el dogma.—El primer libro histórico.—Su autenticidad.—El P. Cámara.—Las antiguas tradiciones.—Las cien-

cias naturales.—Antropología y paleontología.—Conclusión palmaria.—Todo corrobora el dogma y todo reprueba el transformismo. 285

## CAPITULO IX

### *La formación del hombre*

Cuestiones que siguen al génesis humano.—El por qué de la resolución conjunta. 289

## ARTICULO PRIMERO

### *Preadamismo y coadamismo. Existencia adámica*

Preadamismo de la Peyrère.—Los seudosabios aceptan la doctrina.—Poligenismo preadamítico.—J. G. Draper y J. Fabre D'Enviu.—Agassiz.—Poligenismo simultáneo—Eclecticismo espiritista.—Allan-Kardec y Adán.—La aparición según el Espiritismo.—Diversas negaciones espíritas.—La historicidad de los tres primeros capítulos.—¿En qué se funda el espiritismo para negarla?—La hipercrítica.—Lo que dice la Comisión Bíblica.—Personalidad histórica de Adán.—Admirable concatenación.—Adán y la Escritura.—Las tradiciones.—La Edad Media y la Moderna. 290

## ARTICULO II

### *Monogenismo del hombre*

Los espiritistas lo niegan.—La prioridad adámica.—Las ciencias nada saben.—La filosofía es impotente.—La historia tiene la palabra.—Los prosélitos kardecianos acuden a ella.—Los espiritistas a merced de los apriorismos.—Los ocultistas, Vogt y la interpretación del Génesis.—Método mosaico.—Antes de Seth varios hijos.—Ley natural de procreación.—La ciudad henochia.—El alegato de la protohistoria.—Los pueblos y la prioridad adámica.—Análogo procedimiento del coadamismo.—Allan-K. y las razas.—Prichard, Morster y Wiseman.—Un ejemplo vale más que mil.—Sachionatón y los historiadores.—La filología.—La Sinrazón del Espiritismo. 298

## ARTICULO III

### *Cuando apareció el hombre*

Ultimo aspecto de la cuestión.—Libertad de elegir.—Múltiples cronologías.—Fechas fabulosas.—El espiritismo las acepta.—Se-

sión interesante.—El espíritu Yoe.—La ley de la antropología.—Axioma evolucionista.—Afirmación que necesita probarse.—La época terciaria.—Ni en el Mioceno inferior ni en el superior.—La prueba decisiva.—No se encuentra.—Aluviones, turberas y estalagmitas.—Boucher de Perthes.—Se equivoca o comete falacia.—El Mediterráneo, la Atlántida y los Andes.—El cronómetro de Lyell.—La climatología.—Scaporta, Dupont y el período glacial.—El estado zoológico.—La paleontología y la arqueología.—El salvajismo primitivo.—Las Edades prehistóricas.—Angel Salcedo y las pinturas rupestres.—No reconocen orden cronológico.—Los arqueólogos y las Edades de piedra y de metal.—No arguyen tiempos tan remotos.—Hay que aceptar los hechos.—Signo de decadencia no de progreso.—Hay que defender la cronología tradicional.—Sobre la geología, la historia.—La historia contra los espiritistas.—Confirma el aserto tradicional.—El espiritismo no puede aducir razones.—Todas militan por la doctrina eclesiástica.

311

## CAPITULO X

### *El primitivo estado sobrenatural y el pecado original*

Fantasías del Espiritismo.—El hombre niño y el hombre adulto.—El origen sobrenatural.—Lo que opina Mr. Guizot.—Lo perfecto precede a lo imperfecto.—Confiesan su derrota.

350

## ARTICULO PRIMERO

### *Existencia de lo sobrenatural*

Lo sobrenatural.—Doble aspecto de la cuestión.—Substancia única.—Las inconsecuencias son de Q. López.—Lo sobrenatural ontológico.—Sobrenaturalidad relativa.—Sobrenatural operativo.—Amor Ruibal y lo sobrenatural.—Nuevo aspecto del sobrenaturalismo.—Axiomas que hay que admitir.—Contradicción del Espiritismo.—Sobrenaturalismo psicológico.—La libertad y la acción sobrenatural.—Se armonizan sin destruirse.—Los católicos somos los primeros en defenderlo.—Indispensables ambos factores.—Qué dice la historia.—Doctrina filosófica.—Lo sobrenatural en la infancia humana.—Algunos testimonios.—Luego es sobrenatural.—Nada exigía tales condiciones.—Lo sobrenatural en la humanidad.—Su base en lo sobrenatural.—La Iglesia siempre la misma.

353

## ARTICULO II

### *El pecado original*

El pecado original y el espiritismo.—Confesión ingenua de nuestra parte.—Pero al mismo tiempo afirmamos.—Primera cuali-

dad del sobrenaturalismo.—Segunda cualidad.—Accidente en la naturaleza, mas no de naturaleza.—Es contingente.—Causas de la pérdida.—Su equidad reclama la conservación.—Puede decir a Dios, no quiero.—¿Qué sucedería?—Acto correlativo en la criatura.—Mancilla del primer hombre.—Difícil tránsito.—La humanidad se privó de él.—Se engendra un ser semejante.—La naturaleza se transmite como se encuentra.—El pecado original no es personal.—Lo formal en la culpa original.—Toda culpa es voluntaria.—También la original.—Voluntario de naturaleza.—Una objeción espiritista.—Tres clases de males.—No obstante son penales.—¿Es incompatible con la justicia divina?—El atributo de Dios queda en salvo.—Ley de solidaridad.—Subsisten a través de los tiempos.—Engendra el ideal más sublime.—Sabia doctrina del C. de Trento.—El pecado original y la historia.—¿Es un mito?—La naturaleza, huye la degradación.—Y conserva la memoria de su pecado.—¿Cómo se explica uniformidad tanta?—Sin la realidad no hay explicación racional.—Conclusiones finales.

549

## CAPITULO XI

### *Metempsychosis, Palingenesia, Reencarnación*

El Espiritismo y la filosofía.—Excelente químico.—El mundo yacía en la ignorancia.—Punto cardinal del Espiritismo.—¿A dónde voy?—¿Qué soy?

571

## ARTICULO PRIMERO

### *El hombre, sus componentes y las íntimas relaciones*

La Iglesia y la unidad de la forma humana.—Palmieri y Tongiorgi.—Duo-dinamismo y tridynamismo.—Íntimo enlace de las partes.—Paralelismos y ocasionalismos.—Sin la unión falta la vida.—No agrada a los espiritistas.—Vínculo semimaterial.—Los tres componentes del hombre.—El alma durante el sueño.—Dichotomía humana.—Muerte y resurrección del hombre.—Los prosélitos de Allan-K.—Lo que dice el teosofismo.—El alma centro de la vida.—Los tres estados del espíritu.

574

## ARTICULO II

### *La palingenesia y metempsychosis*

Afirmación espírita y católica.—Doctrina escatológica.—Unión final.—El juicio y sus tres efectos.—El milenarismo.—El símbolo atanasiano y los Concilios.

582

## § 1.º

*Doctrina espiritista*

El pensamiento moderno se aparta de estos mitos.—Dogma palingenésico.—Impresión al pisar el lintel del nuevo palacio.—Juicio del alma.—Incomunicación e ignorancia de los espíritus.—Cómo se verifica la reencarnación.—El verdadero purgatorio.—Ascensión del espíritu en las reencarnaciones.—¿Es libre el espíritu para reencarnarse?—El espíritu y su envoltura periespiritual.—Infancia en las reencarnaciones.—Eterna carrera.—Sólo las águilas miran al sol.—Destino del alma.—Afinidad con la teosofía.—La base de estos edificios.

386

## § 2.º

*Valores espiritistas y su apreciación*

Sin valores positivos nada se puede apreciar.—Acertado juicio. Monismo y panteísmo.—La palingenesia espírita es antifilosófica.—El yo permanente.—Conocimiento del alma.—El periespíritu.—La reencarnación espírita es antirrational.—Ante las mesas de un gran festín.—Existe la finalidad.—El hombre carece de fin.—La ley del progreso infinito.—Conclusión férrea, pero lógica.—La argumentación directa.—Colaboradora de Dios.—El uno es relativo, absoluto el otro.—Lamentable consecuencia.—Podríamos discutir con los espiritistas.—El punto final se identifica con la línea.—El fin último razón de plenitud.—¿Quién será tan privilegiado?—Réplica que nada vale.—Fin de la reencarnación.—Principio sin excepción.—O es falsa la ley o no hay purificación.—Puede decir a Dios, no te serviré.—Dios mismo respeta la libertad.—El Espiritismo niega la libertad.—La reencarnación y el determinismo.—El criminal nato.—Sometida a leyes inmutables.—La reencarnación y la pena.—Cada uno es juez de sí mismo.—Podrá o no reencarnarse.—El absurdo no se evita.—La memoria de lo pasado.—La importancia que reviste.—Ridícula explicación.—Idéntica es la situación del alma.—Ni de parte de la materia ni de la substancia fluídica.—Ejemplo que niega en vez de afirmar.—Sin conciencia no hay expiación.—Los absurdos se acrecientan.—Férrea tenaza.—Digna de estigmatización.

401

## ARTICULO III

*Fundamentos de la doctrina palingenésica*

Lactancio.—El método no nos autoriza.—La progresión constante.—Dos clases de revelación.—Cita evangélica.—Lo que dice

Siike es falso.—La resurrección y la reencarnación.—Pasaje de S. Mateo.—Pericope de S. Juan.—Los cánones de la hermenéutica.—El zohar.—¿La justicia divina vulnerada?—Parábola del Evangelio.—Son ellos quienes vulneran la justicia.—No existe mayor injusticia.—La ley del progreso entorpece más.—La evolución y la historia.—El individuo sí, la humanidad no.—El Catolicismo.—Una cita de Balmes.—Civilizaciones que pasan.—Los behiques antiguos y los modernos.—Ultimo argumento espírita.—Llamada a las puertas de la antigüedad.—Los espíritistas equivocados.—La autoridad de Herodoto.—Los monumentos la desmienten.—El libro de los muertos y la metempsicosis.—¿Admitían la resurrección?—Pitágoras.—Los Budistas.—Otros pueblos.—El P. Lagrange y los Asiro-Babilonios.—Nada favorece la hipótesis reencarnacionista.

430

## CAPITULO XII

### *Las penas eternas o el infierno*

El infierno.—Lo que se precisa para negar el infierno.—El letargo del mundo hasta el Espiritismo.—Lo que decía Voltaire.—Si hay cielo hay infierno.—La naturaleza del hombre es inmortal.—El hombre y su fin.—El hombre y la libertad.—El momento decisivo.—¿Qué sucederá?—Doble dilema.—Círculo de hierro.—El espiritismo se equivoca.—El dogma de la Iglesia.—Todo lo demás es secundario.—La sanción divina.—Certeza del infierno.—El Evangelio.—El espiritismo y el valor de lo eterno.—Irreflexión de Allan-K.—Clemente Romano y otros SS. PP.—L. Denis no entiende la escritura.—El hombre que quiera se condenará.—Dios no es autor del infierno.—El culpable es el propio verdugo.—Rousseau adorando los decretos divinos.—Los espiritistas han de resolver la objeción.—Su duración es eterna.—El Angélico y Leibnitz.—Proporción de gravedad.—La presciencia divina y la condenación de las almas.—Ni contradicción ni injusticia.—Calvino y Zuinglio.—La obra maestra de la creación.—El hombre y la gracia.—¿No me valiera más no haber nacido?—Argumento aquiles.—La razón fundamental del infierno.—Los espiritistas defienden el infierno.—No hay felicidad eterna.—La convicción de la eternidad de las penas.

445

## CAPITULO XIII

### *Jesucristo y su obra*

Centro de lo natural.—Punto convergente de lo sobrenatural.—El Dios salvante y redimente.—Basta mirarla como hecho histórico.

No es algo absoluto.—La Divinidad de Jesucristo.—Es suficiente abrir los ojos.—En el libro de la historia humana y divina.—Her-  
mosa confesión de Rousseau.—Malicia o ignorancia.—Los apósto-  
les embaucadores.—La excisión de las rocas.—Singular posición  
espiritista.—Jesús y los curanderos.—Exégesis del espiritismo.—  
El Hijo es igual al Padre.—Arbitrariedad de Allan-Kardec.—San  
Agusín al heresiarca Arrio.—La resurrección de Jesús.—Hipótesis  
kardeciana.—No hay redención.—La resurrección de la carne.—  
La revelación espiritista.—Ascensión a los cielos.—O se admite  
todo, o todo se rechaza.—Palabras de Jesús. . . . . 476

## CAPITULO XIV

### *Aspecto moral del espiritismo*

El espiritismo acusa a la Iglesia.—La inteligencia exige la vo-  
luntad.—Inquisición de la moral espírita.—El mayor bien que el  
mundo debe a la Iglesia.—Con todo, afirma que es altamente inmo-  
ral.—Fuera del espiritismo no hay bondad.—El espiritismo es la  
moral.—La moral de Schopenhauer y de Kant.—El espiritismo es  
antimoral. . . . . 490

## ARTICULO PRIMERO

### *El espiritismo es antimoral en su doctrina*

El espiritismo admite la moral.—Definición de A. Kardec.—Afi-  
nidad con la de Schopenhauer.—Autonomismo de Kant y la defi-  
nición de Kardec.—Sin regla objetiva.—Tipo de perfección moral.—  
Teoría de los actos humanos.—El espiritismo no admite la libertad.  
—Coacción extrínseca.—Parálisis de la voluntad.—El mal moral  
fuente de virtud.—Código espiritista.—Primer mandamiento del de-  
cálogo.—Los contemplativos.—Segundo y tercer precepto.—Mal-  
thus no dijo lo que el espiritismo.—Cuarto mandamiento.—La cas-  
tidad, las mortificaciones.—Siempre adelante.—La inmoralidad re-  
sulta imposible.—No hay Jerarquía ni social ni natural.—Noveno  
mandamiento.—Libertad de inteligencia.—Adulteración substancial.  
—Mr. Desprez.—El dodecálogo espiritista. . . . . 495

## ARTICULO II

### *El espiritismo es antimoral en las consecuencias*

Mal capital.—Sistemas anticuados.—Lo que al presente se nece-  
sita—Es lo que persigue el espiritismo.—La moral en armonía con

la naturaleza.—El cardenal González.—Viva la unión libre.—Manos dóciles e inteligencias perezosas.—El crimen proclamado como virtud.—Propensión al suicidio.—Afirmación de Gauthier.—Rotos los vínculos conyugales.—Sin jerarquía no hay sociedad.—Los desórdenes orgánicos.—Estadística elocuente.—En el Congreso espiritista de la Habana.—La locura y la epilepsia.

514

### ARTICULO III

#### *El espiritismo es antimoral en sus prácticas*

Hechos, no raciocinios.—Inmoralidad digna de reprobación.—Lo ocurrido en Cabañas.—El Sr. Blanco lo confirma.—Un padre y cinco hijos.—Mercados de blancas.—Los espiritistas protestan en alta voz.—Lo que sucede en los grandes centros.—Des Mousseaux.—En la ópera Oberón.—Lo que nos ha dicho quien lo presencié.—Ni son ni pueden ser morales.—Abren las puertas a todo libertinaje.—Mirvile y Elifax Levi.—Ultima cita.

522

### CAPITULO XV

#### *Los extrínsecos valores apoloéticos del espiritismo*

Ni la dinámica humana ni la virtud del Altísimo.—Ecclecticismo y heterógena amalgama.—El dogmatismo no se discute, se acepta.—El análisis psíquico.—¿Qué es lo que hay de cierto?

538

### ARTICULO PRIMERO

#### *El Espiritismo afirma los fenómenos mediúmnicos; los hechos demuestran lo contrario*

Principio incontrovertible.—El Primer Congreso internacional de metapsiquismo.—División y clasificación de los fenómenos.

541

#### § 1.º

#### *Historia de los fenómenos mediúmnicos*

Mr. R. B. Davenport y el Espiritismo moderno.—Margarita y la hipótesis espírita.—Los «raps» en presencia de los vecinos.—Los principales continuadores de las Fox.—W. Crookes y el medium Home.—Florencia Cook, Kaffle-King y el célebre experimentador—E. Paladino y C. Lombroso.—Los dinamómetros de Collin y de Charrier.—Las experiencias de Génova.—El medium Slade.—Los experimentos de Gibier.—Aksakof y la medium E. Esperanza.—La

célebre Eva C. y el Doctor Riches.—Lo que cuenta Conan Doyle.—El ectoplasma.—Su definición.—Las experiencias con Eva C. en París.—Los fenómenos de la telekinesia.—El instituto metapsíquico internacional.—Lo que trasmite el cable. 544

### § 2.º

#### *¿Fraude o realidad?*

Dos clases de autoridad.—El Sr. Comas y Solá dice.—La Sociedad Dialéctica de Londres.—Tyndal y otros sabios.—Los registradores de W. Crookes.—Juicio del Dr. Estrany.—Han sido cogidos en fraude.—Declaración de Sięcwicz.—La hipótesis de Richet.—Impresión de Schiaparelli.—Home digno del presidio.—Slade sorprendido.—Otros mediums en la cárcel o en la celada.—Marte Beraud y Bastián confiesan.—Lo que cuenta Sir Filson Young.—Geley y los fenómenos ectoplasmáticos.—Matilde Von Kemnitz al Baron Von Schrenck Notzing.—Eva C. ante los sabios de la Sorbona.—La Comisión científica de Cristianía.—Los cinco mil dólares.—Gustavo Lebón y su oferta.—Ingeniosa respuesta de Harduin.—Confesión de las hermanas Fox. 560

### § 3.º

#### *El generador de los fenómenos espiritistas, el fraude*

Dos conclusiones.—Albert Janet.—Lo que pedía Flourny.—Maxwel.—El Prestidigitador Mr. Masheny.—Tiene la palabra J. Huerfías.—El P. Heredia y los fenómenos del espiritismo.—Confirmación del testimonio ajeno.—El «The Springfield Republican».—El pensamiento de Grasset.—Al rededor de una mesa de palo.—La respuesta del Dr. Carrington.—Los «raps» no son producidos por los espíritus.—Son de origen físico.—La visión a través de los cuerpos opacos.—El Marqués de Santa Clara.—La producción ectoplasmática y el P. T. Maignage.—Embriogénesis de las materializaciones.—Los científicos lo estiman natural.—La expresión del psi-quismo del medium.—Conclusión final. 595

## ARTICULO II

### *La verdadera causa de algunos fenómenos espiritistas.*

Usted cree, yo no.—Hay algo verdadero.—En algo estamos conformes.—Emilio Faguet está en el error.—No basta conocer la causa mediata.—Variedad de inteligencias.—Síntesis de la doctrina católica.—El propio espiritismo lo admite.—¿Y la causa inmediata? 619

## § 1.º

*La opinión del espiritismo sobre la verdadera causa de los fenómenos espiritistas*

Postulado incontrovertible.—La critereología exige algo más.—Aksakof y la prueba de identidad.—El efecto cierto, la causa desconocida.—Argumentación de Manterola.—Axiomas espiritistas.—No puede haber substancia intermedia.—Entiende sin abstracción de imágenes.—La potencia ha de tener objeto proporcionado.—El tercero de los postulados no es menos falso.—¿Una tercera causa? 627

## § 2.º

*La verdadera causa de los fenómenos mediúnicos*

Los ángeles y el espiritismo.—Allan-K. modifica su pensamiento.—Afirma la existencia angélica.—La historia habla.—Consultando a los pueblos.—Síntesis inexacta.—La Iglesia conoce los fines de la divinidad.—Allan y el tiempo eterno.—Clasificación de los seres angélicos.—Nunca se cree ni se habla más del diablo.—El himno de Carduci.—Cumpliéndose una ley histórica.—La culpabilidad angélica.—Fué el error maniqueo.—Dios no ha creado un ser maléfico.—El tercer error trascendente.—Todo lo relativo es deficiente.—Los ángeles pueden mover los objetos.—Pueden producir los efectos mediúnicos.—Ni Dios ni los ángeles buenos.—Confesión ingenua.—La finalidad de las comunicaciones espiritas 640

## ARTICULO III

*Juicio del espiritismo fundado en su avaloramiento*

Qué es el espiritismo.—Lo que escribe Allan Kardec.—La antorcha de León Denis.—¿Es ciencia el espiritismo?—Se ha demostrado que no.—La ciencia supone tres elementos.—El espiritismo carece de todos.—El único fundamento.—No es principio científico.—Carece de leyes deductivas.—Enseña doctrinas falsas y erróneas.—Una explicación.—Región desconocida.—No puede ser elemento civilizador.—Con razón lo condena la Iglesia 658







# MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN IX

Libros publicados por Carmelitas de la Reforma Teresiana.

Número.....	3215	Precio de la obra.....	Ptas. ....
Estante.....	961	Precio de adquisición. »	.....
Tabla.....		Valoración actual.....	» .....

## Obras del mismo autor

---

La Madre de Jesús gímaculada o no?

Respuesta a un señor Protestánte,

Historia del Niño Jesús de Praga en Camagüey

Compendio Biográfico del Padre Valencia,

Religioso Franciscano.

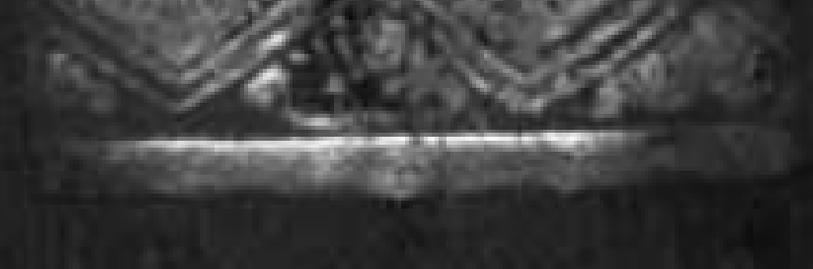
Santa Teresa y el Espiritismo

(1.<sup>a</sup> Parte).

3215.



SANTA TERESA  
Y EL  
Espiritismo



II

